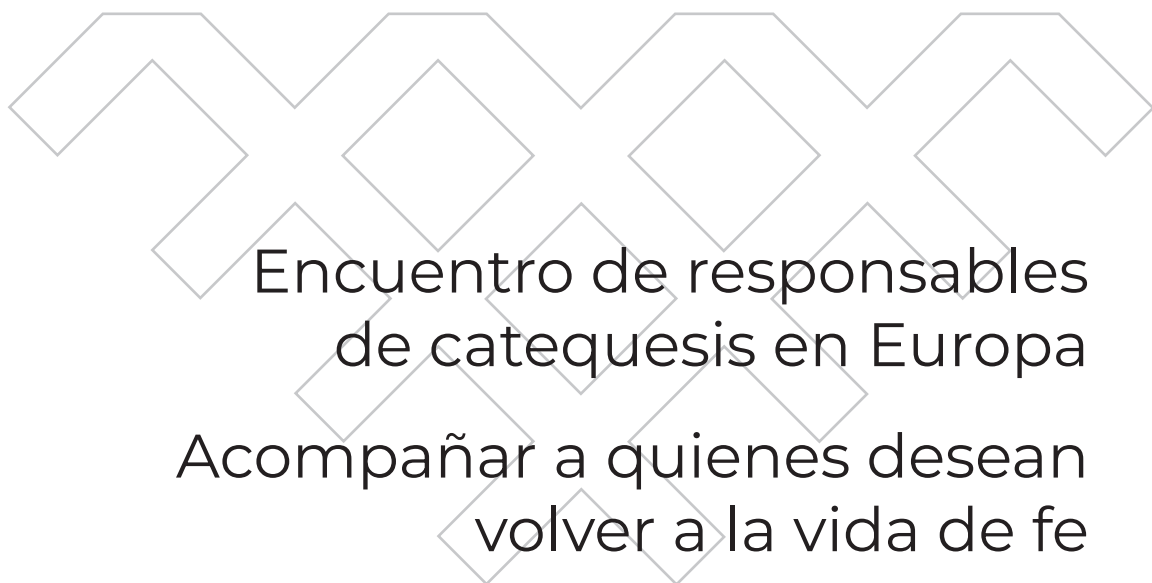
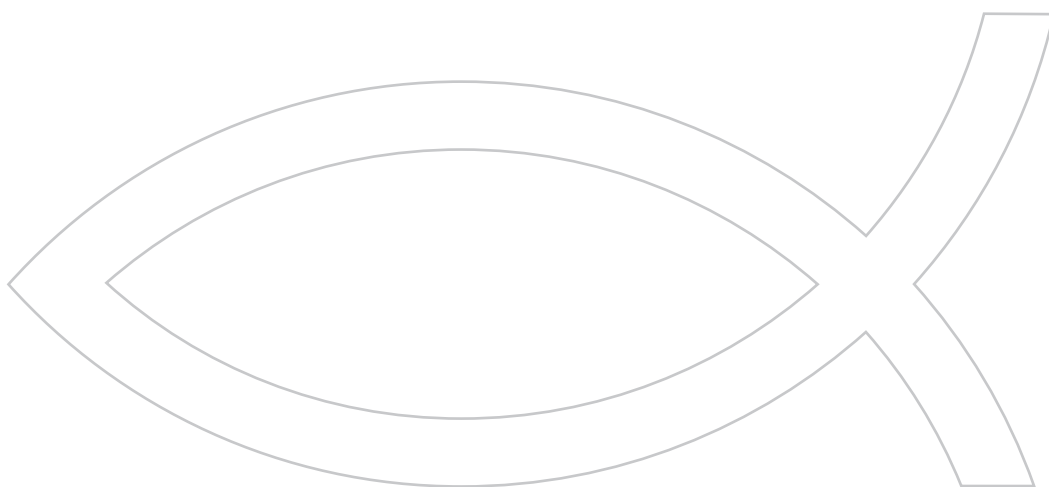


ACTUALIDAD CATEQUÉTICA PARA LA
EVANGELIZACIÓN

N.º 273 | 2023 · 2



Encuentro de responsables
de catequesis en Europa

Acompañar a quienes desean
volver a la vida de fe

Con censura eclesiástica

Imprimatur

Juan Antonio Martínez Camino

Obispo auxiliar de Madrid

20 de octubre de 2023

Director

Francisco Romero Galván

Secretaría de redacción

María Granados Molina

Virginia Wollstein Camacho

Comisión Episcopal para la Evangelización,

Catequesis y Catecumenado

evangelizacion.publicaciones@conferenciaepiscopal.es

Edita

Editorial EDICE

Edificio «SEDES SAPIENTIAE»

C/ Manuel Uribe, 4 - 28033 Madrid

revistas@edicionescee.es

Teléfono: 91 171 73 99

Imprime

Campillo Nevado

C/ Desierto de Tabernas, 8

28320 Pinto (Madrid)

Depósito legal: M-3849-1963

ISSN: 0211-2302



SUMARIO

PRESENTACIÓN	7
EL PAPA HA DICHO	11
Homilía. Vísperas con los obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados, consagradas, seminaristas y agentes pastorales <i>Francisco</i>	13
LA VOZ DE LOS PASTORES	23
El Espíritu Santo, el Espíritu evangelizador <i>Mons. Salvador Cristau Coll</i>	25
Fe y vida de fe <i>Mons. José María Yanguas Sanz</i>	27
La mies es mucha y los obreros son pocos <i>Mons. Gerardo Melgar Viciosa</i>	29
Dale una oportunidad al Espíritu Santo <i>Mons. Julián Ruiz Martorell</i>	33
Firmes en la fe <i>Mons. Joan Planellas i Barnosell</i>	35

ESTUDIOS

	37
Saludo inicial en la reunión de delegados nacionales para la catequesis. La comunidad parroquial como lugar de cultura de encuentro y el encuentro con la cultura <i>Đuro Hranić</i>	39
La parroquia en la cultura contemporánea <i>Rene Camilleri</i>	43
Comunidad parroquial y ministerio laical <i>Valentino Bulgarelli</i>	53
Los que retoman el camino de su seguimiento. La reiniciación cristiana a la luz de la enseñanza del <i>Directorio para la catequesis</i> <i>Adolfo Ariza Ariza</i>	77
La catequesis de adultos, un camino para la conversión pastoral <i>Francisco Julián Romero Galván</i>	111

EXPERIENCIAS

	117
Acción Católica General, un proyecto renovado, al servicio de la reevangelización	119
Effatá/60. Primer anuncio «solo por hoy» <i>Guillermo Buzzo</i>	133
Algunos elementos para comprender la reiniciación cristiana de adultos en Chile <i>Jorge Barros Bascuñan</i>	145
Testimonio de una confirmada de la diócesis de Lleida <i>Carolina Voltes</i>	155

«Ser catequista es serlo todo el día y a todas horas»

Teresa Abad

157

El catequista ante los retos de la evangelización

Viki, catequista de Zaragoza

159

INFORMACIONES

161

Celebración de la entrega de la cruz

163

Yincana de catequesis en Huétor Tájar de la diócesis de Granada

164

Primer anuncio: una tarea que «debe emocionarnos»

165

La diócesis de Asidonia-Jerez vive el primer rito de entrada de catecúmenos

167

Encuentro diocesano de Evangelización en Orihuela-Alicante

169

La Escuela Bíblica Lux Mundi se afianza y ya prepara el nuevo curso en la diócesis de Plasencia

171

Catequesis de familia de Santa Catalina Thomàs en Establiments de la diócesis de Mallorca

173

Los obispos del sur de España publican la carta pastoral *María, Estrella de la Evangelización. La fuerza evangelizadora de la piedad popular*

175

Catequetas de la península ibérica reunidos en Alfragide

180

La diócesis de Albacete pone en marcha un plan de formación para el acceso a los ministerios laicales

182

Encuentro de catequistas del Marquesado para terminar el curso en la diócesis de Guadix

183

LIBROS

	185
El liderazgo en la Iglesia. XLVII Jornadas de Vicarios	187
Orientaciones sobre la institución de los ministerios de lector, acólito y catequista. <i>Ad experimentum</i> por cinco años	192
El catequista narrador 1	194
Catequesis de iniciación. Introducir en el discipulado de Jesús	196
La sabiduría de las parábolas	197
Catequética. Manual de catequética fundamental	198



PRESENTACIÓN

Un nuevo número de *Actualidad Catequética para la Evangelización* llega hasta ustedes y en él compartimos dos temas de singular importancia: la experiencia y el contenido de lo vivido en Liubliana con motivo de un Encuentro de responsables de catequesis a nivel de las conferencias episcopales europeas, y dos estudios sobre uno de los grandes retos que tenemos hoy en España en relación con la acción evangelizadora de la Iglesia, los adultos y su vuelta a la vida de fe.

En este verano también hemos vivido un acontecimiento que para muchos jóvenes marca un antes y un después, la Jornada Mundial de la Juventud. Muchos de ustedes la habrán vivido de modo presencial, otros desde las pantallas, pero ha sido un acontecimiento eclesial muy bello y el papa Francisco ha tenido unas intervenciones llenas de la pasión por evangelizar que lo caracteriza. Rescatamos aquí el encuentro que tiene con obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados y consagradas, seminaristas y agentes de pastoral. En él nos habla de los posibles cansancios en nuestra acción evangelizadora, del temor de bajarnos de la barca con las redes vacías y dejarnos enredar en los desánimos y tristezas. El papa nos invita a tener la certeza de que Jesús está con nosotros, hemos de llevarle a él nuestras fatigas, nuestras «redes vacías»... Y Jesús sube a la barca y nos invita a remar mar adentro, a echar de nuevo las redes y abrazar el mundo con la esperanza del evangelio.

Un texto muy sugerente para marcarnos las actitudes en este comienzo de curso.

Después van a encontrar un nutrido número de cartas pastorales de distintos obispos de España, que desde algún aspecto de la evangelización

nos ayudan a reflexionar e iluminan al pueblo de Dios que peregrina en sus diócesis o en otras diócesis.

En el apartado de Estudios, como decíamos al inicio de esta presentación, compartimos el saludo y las dos ponencias que tuvimos en el Encuentro de Liubliana bajo el lema «La comunidad parroquial como lugar de cultura de encuentro y el encuentro con la cultura»: una primera intervención estuvo a cargo de don Rene Camilleri, director emérito nacional para la catequesis en la archidiócesis de Malta y la segunda a cargo de don Valentino Bulgarelli, director nacional para la catequesis en la CEI.

En otro plano de reflexión y estudio nos situamos con la intervención de don Adolfo Ariza, delegado diocesano de catequesis de Córdoba y profesor en la universidad de San Dámaso, que nos ofrece su reflexión sobre los que vuelven a la fe, según el camino que nos marca el *Directorio para la catequesis*, y un servidor comparte con ustedes su propia reflexión y les confiesa que le genera una gran inquietud y un deseo muy grande de saber responder a la llamada que hoy nos hace el Señor y su Iglesia ante las personas que desean volver a vivir la fe con coherencia.

Junto a esto ofrecemos dos experiencias en relación con la atención pastoral de adultos de nuestros hermanos en la fe de Latinoamérica, una desde Chile y otra desde Uruguay. Y desde España, el itinerario de profundización en la fe que se ofrece desde la Acción Católica General, donde muchos de nuestros adultos están renovando su vida cristiana.

Otras experiencias que compartimos y que consideramos igualmente interesantes, aunque ciertamente desde un ángulo distinto a las anteriores, son el testimonio de una confirmada en Lleida o de dos catequistas, uno, el de Rosa María Abad, catequista instituida por el papa Francisco, y otro, el Viki de Zaragoza, con su testimonio por la escuela de verano para catequistas de Peralta de la Sal.

Después van a disfrutar de muchas informaciones, todas en relación con la acción evangelizadora de las diócesis. Aunque compartimos un buen grupo de ellas, son otras muchas las que se nos quedan sin com-

partir por el espacio de la revista y porque coinciden en la temática, pero de aquí seguro podemos sacar propuestas para nuestras diócesis.

Terminamos informando de varios libros publicados, uno en la editorial de la CEE fruto de las Jornadas Nacionales de Vicarios que trataron el tema del liderazgo, y otros cuatro, de autores conocidos como don Juan Carlos Carvajal, don José Arjona Gil, Luciano Meddi y el Secretariado de Catequesis de Galicia, que nos ofrecen herramientas muy útiles para nuestra propia formación y para la formación de los catequistas.

Con el deseo de que puedan disfrutar del amplio contenido de este número, me despido.

Un saludo fraterno para cada suscriptor de nuestra revista,

D. FRANCISCO JULIÁN ROMERO GALVÁN
Director de la revista



EL PAPA HA DICHO

Homilía. Vísperas con los obispos, sacerdotes, diáconos,
consagrados, consagradas, seminaristas y agentes pastorales
Francisco

13



Homilía

Francisco

Vísperas con los obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados, consagradas, seminaristas y agentes pastorales

Queridos hermanos obispos, queridos sacerdotes, diáconos, consagradas, consagrados, seminaristas, queridos agentes pastorales, hermanos y hermanas:

Boa tarde! Me siento feliz de estar entre ustedes para vivir junto a tantos jóvenes la Jornada Mundial de la Juventud, pero también para compartir su camino eclesial, sus cansancios y esperanzas. Agradezco a monseñor José Ornelas Carvalho las palabras que me ha dirigido; deseo rezar con ustedes para que, como ha dicho, podamos ser, junto con los jóvenes, audaces en abrazar «el sueño de Dios y encontrar caminos para una participación alegre, generosa y transformadora, para la Iglesia y la humanidad». Y esto no es chiste, es un programa.

Me rodea la belleza de este país, tierra de paso entre el pasado y el futuro, lugar de antiguas tradiciones y de grandes cambios, adornado por valles exuberantes, playas doradas que se asoman a la hermosura sin límites del océano que bordea Portugal. Esto me evoca el entorno de la llamada de Jesús a los primeros discípulos, a orillas del mar de Galilea. Quisiera detenerme en esta llamada, que pone de manifiesto lo que acabamos de escuchar en la lectura breve de Vísperas: el Señor nos ha salvado, nos ha llamado no por nuestras obras, sino por su gracia (cf. 2 Tim 1,9). Esto sucedió en la vida de los primeros discípulos cuando Jesús, pasando, «vio dos barcas junto a la orilla del lago;

los pescadores habían bajado y estaban lavando las redes» (Lc 5,2). Entonces Jesús subió a la barca de Simón y, después de haber hablado a la multitud, cambió la vida de aquellos pescadores invitándolos a remar mar adentro y a echar las redes. Vemos inmediatamente un contraste: por una parte, los pescadores bajan de la barca para lavar las redes, es decir, para limpiarlas, conservarlas bien y volver a casa; por otra parte, Jesús sube a la barca e invita a echar de nuevo las redes para la pesca. Resaltan las diferencias: los discípulos bajan, Jesús sube; ellos quieren guardar las redes, él quiere que se echen nuevamente al mar para la pesca.

En primer lugar, están los pescadores que bajan de la barca para lavar las redes. Esta es la escena que se presenta ante los ojos de Jesús y él se detiene precisamente allí. Hacía poco que había comenzado su predicación en la sinagoga de Nazaret, pero sus compatriotas lo habían empujado fuera de la ciudad e incluso habían intentado matarlo (cf. Lc 4,28-30). Entonces él salió del lugar sagrado y comenzó a predicar la Palabra entre la gente, en las calles donde las mujeres y los hombres de su tiempo se afanaban cada día. A Cristo lo que le interesa es llevar la cercanía de Dios, precisamente a los lugares y las situaciones donde las personas viven, luchan, esperan, a veces teniendo entre las manos fracasos y frustraciones, justamente como esos pescadores que durante la noche no habían sacado nada. Jesús mira con ternura a Simón y a sus compañeros que, cansados y amargados, lavan sus redes, realizando un gesto repetitivo, automático, pero también lleno de fatiga y resignación: no quedaba más que volver a casa con las manos vacías.

A veces, en nuestro camino eclesial, podemos experimentar un cansancio similar. Cansancio. Alguien decía: «Temo al cansancio de los buenos». Un cansancio cuando nos parece que entre las manos solo tenemos redes vacías. Es un sentimiento bastante difundido en los países de antigua tradición cristiana, afectados por muchos cambios sociales y culturales, y cada vez más marcados por el secularismo, por la indiferencia hacia Dios y por un creciente distanciamiento de la práctica de la fe. Y aquí está el peligro que entra la mundanidad. Y esto a menudo se acentúa por la desilusión o la rabia que algunos

alimentan en relación con la Iglesia, en algunos casos por nuestro mal testimonio y por los escándalos que han desfigurado su rostro, y que llaman a una purificación humilde, constante, partiendo del grito de dolor de las víctimas, que siempre han de ser acogidas y escuchadas. Pero, cuando uno se siente desanimado —y cada uno de ustedes piense en qué momento han sentido el desánimo—, el riesgo es bajar de la barca y quedar atrapado en las redes de la resignación y del pesimismo. En cambio, confiemos en que Jesús continúa tendiendo la mano, sosteniendo a su amada esposa. Llevemos al Señor nuestras fatigas y nuestras lágrimas, para poder afrontar las situaciones pastorales y espirituales, dialogando entre nosotros con apertura de corazón para experimentar nuevos caminos que seguir. Cuando estamos desanimados, conscientes o no del todo conscientes, nos «jubilamos», nos «jubilamos» del celo apostólico, lo vamos perdiendo, y nos transformamos en «funcionarios de lo sagrado». Es muy triste cuando una persona que ha consagrado su vida a Dios se transforma en «funcionaria», en mera administradora de las cosas. Es muy triste.

En efecto, apenas los apóstoles bajan a lavar los instrumentos utilizados, Jesús sube a la barca y luego los invita a echar nuevamente las redes. En el momento del desánimo, momento de la «jubilación», dejemos que Jesús suba a la barca de nuevo, con la ilusión del primer tiempo, esa ilusión que debe ser revivida, reconquistada, reeditada. Él viene a buscarnos en nuestras soledades, en nuestras crisis, para ayudarnos a recomenzar. La espiritualidad del recomienzo. No le tengan miedo. Así es la vida: caer y recomenzar, aburrirse y recibir de nuevo la alegría. Recibir esa mano de Jesús. También hoy pasa por las orillas de la existencia para reavivar la esperanza y decirnos también a nosotros, como a Simón y a los otros: «Navega mar adentro y echen las redes» (Lc 5,4). Y cuando se pierde la ilusión, nos salen mil justificativos para no echar las redes, pero sobre todo esa resignación amarga, que es como un gusano que corroe el alma. Hermanos y hermanas, lo que vivimos es ciertamente un tiempo difícil, lo sabemos, pero el Señor hoy pregunta a esta Iglesia: «¿Quieres bajar de la barca y hundirte en la desilusión, o dejarme subir y permitir que sea una vez más la novedad de mi Palabra la que lleve el timón? A ti, sacerdote, consagrado, consagrada, obispo:

¿te conformas solo con el pasado que tienes detrás o te atreves a echar nuevamente con entusiasmo las redes para la pesca?». Esto es lo que nos pide el Señor: que reavivemos la inquietud por el evangelio.

Cuando uno se va acostumbrando y se va aburriendo y la misión se transforma en una especie de «empleo», es el momento de dejar lugar a esa segunda llamada de Jesús, que nos llama de nuevo, siempre. Nos llama para hacernos caminar, nos llama para rehacernos. No le tengan miedo a esa segunda llamada de Jesús. No es ilusión, es él que vuelve a golpear la puerta. Y podemos decir que esta es la inquietud «buena», cuando nos dejamos seducir por la segunda llamada de Jesús, esa es la inquietud buena, que la inmensidad del océano les entrega a ustedes portugueses: ir más allá de la orilla, no para conquistar el mundo —ni para pescar bacalaos—, sino para animarlo con la consolación y la alegría del evangelio. En esta óptica se pueden leer las palabras de uno de sus grandes misioneros, el padre António Vieira, llamado «Paiaçu», ‘padre grande’. Él decía que Dios les ha dado una pequeña tierra para nacer; pero, haciéndolos asomarse al océano, les ha dado el mundo entero para morir: «Para nacer, poca tierra; para morir, toda la tierra; para nacer, Portugal; para morir, el mundo»¹. Echar de nuevo las redes y abrazar al mundo con la esperanza del evangelio: ¡a esto estamos llamados! No es tiempo de detenerse, no es tiempo de rendirse, no es tiempo de amarrar la barca en tierra o de mirar atrás; no tenemos que evadir este tiempo porque nos da miedo y refugiarnos en formas y estilos del pasado. No, este es el tiempo de gracia que el Señor nos da para aventurarnos en el mar de la evangelización y de la misión.

Pero, para poder hacerlo, también necesitamos tomar decisiones. Quisiera indicarles tres decisiones, inspiradas en el evangelio.

En primer lugar, navegar mar adentro. Esa magnanimidad. ¡No sean pusilánimes! Navegar mar adentro, para echar nuevamente las redes al mar, es necesario dejar la orilla de las desilusiones y del inmovilismo, tomar distancia de esa tristeza dulzona y de ese cinismo irónico que tantas veces nos asaltan frente a las dificultades. Tristeza dulzona, ci-

¹ A. VIEIRA, *Homilías*, vol. III, tomo VII (Porto 1959), p. 69.

nismo irónico. Examinemos la conciencia sobre esto. Recuperar la ilusión, pero en una segunda edición de la ilusión, la ilusión ya madura, la ilusión que viene de fracaso o aburrimiento. No es fácil recuperar la ilusión adulta. Es necesario hacerlo para pasar del derrotismo a la fe, como Simón que, aun habiendo trabajado en vano toda la noche, afirmó: «Si tú lo dices, echaré las redes» (Lc 5,5). Pero, para confiar cada día en el Señor y en su Palabra, no son suficientes las palabras, se necesita mucha oración. Yo quisiera aquí hacer una pregunta, pero cada uno se la responde adentro: ¿cómo rezo yo?, ¿como un loro, bla, bla, bla, o durmiendo la siesta delante del sagrario porque no sé cómo hablar con el Señor? ¿Rezo? ¿Cómo rezo? Solo en adoración, solo ante el Señor se recuperan el gusto y la pasión por la evangelización. Y curiosamente, la oración de adoración la hemos perdido; y todos, sacerdotes, obispos, consagradas, consagrados, tienen que recuperarla, ese estar en silencio delante del Señor. La madre Teresa, metida en tantas cosas de la vida, nunca dejó la adoración, aun en los momentos en que su fe tambaleaba y se preguntaba si era todo verdad o no. Momento de la oscuridad, que también lo pasó Teresita del Niño Jesús. Entonces, en la oración se supera la tentación de llevar adelante una «pastoral de la nostalgia y de los lamentos». En un convento había una monja —esto es histórico— que se lamentaba de todo, y no sé qué nombre tenía, pero las monjas le cambiaron el nombre y la llamaban «sor Lamentela». ¡Cuántas veces nuestras impotencias, nuestras desilusiones las transformamos en *lamentelas*! Y dejando esas *lamentelas*, se toma otra vez la fuerza para navegar mar adentro, sin ideologías, sin mundanidad. La mundanidad espiritual que se nos mete y de la cual se engendra el clericalismo. Clericalismo no solo de los curas: los laicos clericalizados son peores que los curas. Ese clericalismo que nos arruina. Y como decía un gran maestro espiritual, esa mundanidad espiritual —que provoca el clericalismo— es uno de los males más graves que puede suceder a la Iglesia. Superar esas dificultades sin ideologías, sin mundanidad, animados por un único deseo: que el evangelio llegue a todos. Ustedes tienen muchos ejemplos en este camino y, visto que estamos rodeados de jóvenes, quisiera recordar a un joven de Lisboa, san Juan de Brito, era un muchacho de aquí, que hace siglos, en medio de muchas dificultades,

se fue para la India y empezó a hablar y a vestirse del mismo modo de los que encontraba con tal de anunciar a Jesús. También nosotros estamos llamados a sumergir nuestras redes en el tiempo en que vivimos, a dialogar con todos, a hacer comprensible el evangelio, aun cuando para hacerlo podamos correr el riesgo de alguna tormenta. Como los jóvenes que vienen aquí de todo el mundo para desafiar las olas gigantes, también nosotros vayamos mar adentro sin miedo; no tengamos miedo de afrontar el mar abierto, porque en medio de la tormenta y de los vientos contrarios, Jesús viene y viene a nuestro encuentro y nos dice: «Tranquilícense, soy yo; no teman» (Mt 14,27). ¿Cuántas veces hemos tenido esa experiencia? Cada uno se contesta adentro. Y si no la hemos tenido, es porque algo falló durante la tormenta.

Una segunda decisión: llevar adelante juntos la pastoral, todos juntos. En el texto Jesús confía a Pedro la tarea de navegar mar adentro, pero después habla en plural, diciendo «echen las redes» (Lc 5,4). Pedro guía la barca, pero en la barca están todos y todos están llamados a echar las redes. Todos. Y cuando recogen una gran cantidad de peces, no creen que pudieran hacerlo solos, no administran el don como posesión y propiedad privada, sino que —dice el evangelio— «hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que fueran a ayudarlos» (Lc 5,7). Y así llenaron dos barcas de peces. Uno significa soledad, cerrazón, pretensión de autosuficiencia, dos significa relación. La Iglesia es sinodal, es comunión, ayuda recíproca, camino común. A esto tiene el Sínodo en curso, que tendrá su primer momento asambleario en el próximo mes de octubre. En la barca de la Iglesia tiene que haber lugar para todos: todos los bautizados están llamados a subir en ella y a echar las redes, comprometiéndose personalmente en el anuncio del evangelio. Y no olviden esta palabra: todos, todos, todos. A mí me toca mucho el corazón cuando tengo que decir cómo abrir perspectivas apostólicas, aquel pasaje del evangelio en el que no van a la fiesta de bodas del hijo y está todo preparado. ¿Y qué dice el señor, el señor de la fiesta qué dice? «Vayan a los confines y traigan a todos, todos, todos, todos: sanos, enfermos, chicos y grandes, buenos y pecadores. Todos». Que la Iglesia no sea una aduana para seleccionar quiénes entran y no. Todos, cada uno con su vida a cuestas, con sus pecados, pero como

está, delante de Dios, como está, delante de la vida... Todos. Todos. No pongamos aduanas en la Iglesia. Todos. Y es un gran desafío, especialmente en los contextos en que los sacerdotes y los consagrados están cansados porque, mientras las exigencias pastorales aumentan, ellos son cada vez menos. Sin embargo, en esta situación podemos ver una ocasión para involucrar, con impulso fraterno y sana creatividad pastoral, a los laicos. Las redes de los primeros discípulos, entonces, se convierten en una imagen de la Iglesia, que es una «red de relaciones» humanas, espirituales y pastorales. Si no hay diálogo, si no hay corresponsabilidad, si no hay participación, la Iglesia envejece. Quisiera decirlo así: jamás un obispo sin su presbiterio y el pueblo de Dios; jamás un sacerdote sin sus compañeros; y todos unidos como Iglesia —sacerdotes, religiosas, religiosos y fieles laicos—, nunca sin los otros, nunca sin el mundo. Sin mundanidad, eso sí, pero no sin el mundo. En la Iglesia nos ayudamos, nos sostenemos mutuamente y estamos llamados a difundir también fuera un clima constructivo de fraternidad. Por otra parte, san Pedro escribe que somos las piedras vivas empleadas para la construcción de un edificio espiritual (cf. 1 Pe 2,5). Quisiera agregar: ustedes, fieles portugueses, son también una *calçada*, son las piedras valiosas de ese suelo acogedor y resplandeciente sobre el cual el evangelio necesita caminar; ni una piedra puede faltar, de lo contrario se nota inmediatamente. ¡Esta es la Iglesia que, con la ayuda de Dios, estamos llamados a construir!

Por último, la tercera decisión: ser pescadores de hombres. No tengan miedo. Eso no es hacer proselitismo, es anunciar el evangelio que provoca. En esta imagen tan linda de Jesús, ser pescadores de hombres, Jesús confía a los discípulos la misión de navegar en el mar del mundo. Con frecuencia el mar, en la Escritura, está asociado al lugar del mal y de las fuerzas desfavorables que los hombres no logran dominar. Por eso, pescar personas y sacarlas del agua significa ayudarlas a salir del abismo donde se habían hundido, salvarlas del mal que amenaza con ahogarlas, resucitarlas de toda forma de muerte. Pero esto sin proselitismo, sino con amor. Y una de las señales de algunos movimientos eclesiales que están andando mal es el proselitismo. Cuando un movimiento eclesial o una diócesis o un obispo o un cura o una monja

o un laico hace proselitismo, eso no es cristiano. Cristiano es invitar, acoger, ayudar, pero sin proselitismo. El evangelio, en efecto, es un anuncio de vida en el mar de la muerte, de libertad en los torbellinos de la esclavitud, de luz en el abismo de las tinieblas. Como afirma san Ambrosio, «los instrumentos de la pesca apostólica son como las redes; en efecto, las redes no causan la muerte del que queda atrapado, sino que lo guardan con vida, lo sacan de los abismos a la luz»². Hay muchos abismos en la sociedad de hoy, también aquí en Portugal, en todas partes. Tenemos la sensación de que falta el entusiasmo, la valentía de soñar, la fuerza de afrontar los desafíos, la confianza en el futuro; y, mientras tanto, navegamos en la incertidumbre, en la precariedad, sobre todo económica, en la pobreza de amistad social, en la falta de esperanza. A nosotros, como Iglesia, se nos ha confiado la tarea de sumergirnos en las aguas de este mar echando la red del evangelio, sin señalar con el dedo, sin acusar, sino llevando a las personas de nuestro tiempo una propuesta de vida, la de Jesús: llevar la acogida del evangelio, invitarlos a la fiesta, a una sociedad multicultural; llevar la cercanía del Padre a las situaciones de precariedad, de pobreza que aumentan, sobre todo entre los jóvenes; llevar el amor de Cristo allí donde la familia es frágil y las relaciones están heridas; transmitir la alegría del Espíritu allí donde reinan la desmoralización y el fatalismo. Uno de vuestros poetas escribió: «Para llegar al infinito, y creo que se puede llegar allí, es preciso que tengamos un puerto, uno solo, firme, y partir de él hacia lo Indefinido»³. ¡Soñamos la Iglesia portuguesa como un «puerto seguro» para quienes afrontan las travesías, los naufragios y las tormentas de la vida!

Queridos hermanos y hermanas: a todos, laicos, religiosos, religiosas, sacerdotes, obispos, a todos, a todos: no tengan miedo, echen las redes. No vivan acusando «esto es pecado», esto aquí que no es pecado. Vengan todos, después hablamos, pero que sientan primero la invitación de Jesús y después viene el arrepentimiento, después viene esa cercanía de Jesús. Por favor, no conviertan a la Iglesia en una aduana:

² *Exp. Luc.* IV, 68-79.

³ F. PESSOA, *Livro do desassossego* (Lisboa 1998), 247.

acá se entra, los justos, los que están bien, los que están bien casados y ahí afuera todos los demás. No. La Iglesia no es eso. Justos y pecadores, buenos y malos, todos, todos, todos. Y después, que el Señor nos ayude a arreglar ese asunto. Pero todos. Les agradezco de corazón, hermanos y hermanas, esta escucha —que por ahí fue aburrida—; les agradezco todo lo que hacen, el ejemplo, sobre todo el ejemplo escondido, y la constancia, ese levantarse todos los días para empezar de nuevo o para continuar lo empezado. Como dicen ustedes: *Muito obrigado!* Por lo que hacen... Y los encomiendo a la Virgen de Fátima, a la custodia del ángel de Portugal y a la protección de sus grandes santos; especialmente, aquí en Lisboa, de san Antonio, apóstol incansable —que se lo roban los de Padua—, predicador inspirado, discípulo del evangelio atento a los males de la sociedad y lleno de compasión por los pobres; que san Antonio interceda por ustedes y les alcance la alegría de una nueva pesca milagrosa. Después me cuentan. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí. Gracias.

2 de agosto de 2023

Franciscus



LA VOZ DE LOS PASTORES

El Espíritu Santo, el Espíritu evangelizador

Mons. Salvador Cristau Coll

25

Fe y vida de fe

Mons. José María Yanguas Sanz

27

La mies es mucha y los obreros son pocos

Mons. Gerardo Melgar Viciosa

29

Dale una oportunidad al Espíritu Santo

Mons. Julián Ruiz Martorell

33

Firmes en la fe

Mons. Joan Planellas i Barnosell

35

El Espíritu Santo, el Espíritu evangelizador

✠ *Salvador Cristau Coll*

Obispo de Terrassa

A lo largo de estos últimos dos meses he tenido diversas reuniones, una con presbíteros y diáconos, y otra con el Consejo Pastoral Diocesano, en las que hemos reflexionado sobre la necesidad y la urgencia de la evangelización. Y en todas ellas se ha subrayado la importancia del Espíritu Santo como el agente principal de esta evangelización que también el papa Francisco nos pide hoy, como Iglesia en salida, al encuentro de cada persona, para ofrecerle lo mejor que tenemos, Jesucristo, su amor y su misericordia. Porque esta es la misión que ha encomendado a su Iglesia.

Hoy celebramos Pentecostés y, en la celebración de la eucaristía, leemos en la primera lectura el relato de los Hechos de los Apóstoles, sobre la venida del Espíritu Santo a los apóstoles y a María, la madre de Jesús. Un texto que debe ayudarnos a todos nosotros que somos los continuadores de aquellos primeros discípulos para anunciar al mundo las maravillas de Dios.

El Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús, transforma aquellos primeros discípulos y los capacita para ser verdaderos discípulos misioneros. Ellos abandonan su comodidad dentro del cenáculo, para salir y expresarse ante los demás de forma que todos podían entenderlos en sus propias lenguas. Es el Espíritu que transforma a aquellos hombres, llenos de miedo, en verdaderos anunciadores del evangelio, sin miedo a las consecuencias que les puedan sobrevenir. Y ellos se dejan guiar por el Espíritu Santo, que entonces puede obrar maravillas, puede abrir el corazón de las personas para escuchar las grandezas de Dios y convertirse.

En mi homilía de inicio de ministerio remarcué la prioridad y la urgencia de la evangelización, y os invitaba a todos a trabajar en esta tarea. Pero en primer lugar tenemos que dejarnos convertir y llenar del Espíritu Santo, de su amor, para después anunciarlo y compartirlo con los demás. Es el mismo Espíritu que hemos recibido nosotros en el bautismo en un primer momento, y que, en la confirmación, se nos ha dado en plenitud. Hoy es un día, pues, para pedir especialmente que el Espíritu Santo nos llene con su amor, con su fuego evangelizador, para experimentarlo, vivirlo y anunciarlo a nuestro mundo.

En el libro de los Hechos de los Apóstoles también se recuerda que, junto con los apóstoles, orando y esperando la venida del Espíritu Santo, estaba María, la madre de Jesús. A ella nos encomendamos especialmente para que nos ayude en esta labor misionera de la que participamos desde nuestro bautismo.

El papa Francisco, además, encomienda a la Virgen María, su protección y amparo para el próximo Sínodo de Obispos que tendrá lugar en otoño de este año en Roma, y que tratará sobre la sinodalidad. Precisamente nos convoca a todos el próximo día 31 de mayo, fiesta de la Visitación, a orar como Iglesia suplicante por los frutos de la Asamblea Sinodal. En las parroquias, comunidades y grupos de la diócesis os invito a orar especialmente ese día, como yo mismo también haré. Que la Virgen María, la Estrella de la Evangelización, nos guíe en este apasionante camino de anunciar y vivir el amor de Dios.

25 de mayo de 2023

Fe y vida de fe

✠ José María Yanguas Sanz

Obispo de Cuenca

El domingo 28 de mayo celebramos la solemnidad de Pentecostés, Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar. Este año el lema de la Jornada dice así: *Juntos anunciamos lo que vivimos*. Con estas palabras se ponen de relieve tres dimensiones fundamentales de nuestra fe: la peculiaridad del anuncio cristiano, la íntima relación entre anuncio y vida, la dimensión eclesial o comunitaria del anuncio.

Hablamos, en primer lugar, de la peculiaridad del anuncio cristiano. El *anuncio* es un acto de comunicación; por medio de él damos a conocer algo a otras personas. Por *anuncio* cristiano entendemos así el mensaje con el que damos cuenta a los demás del hecho cristiano y de su contenido. El anuncio o mensaje cristiano parece incluir la idea de una comunicación breve, resumida, apretada, que no entra en los detalles ni se detiene en aspectos que no se consideran esenciales para dar cuenta de lo que se desea comunicar. El anuncio tiene un carácter esencial, refleja el núcleo central de una enseñanza o doctrina, y trata de hacerlo de una manera un tanto impactante, que despierte la atención o el interés. Las palabras de Pedro y Juan ante el Sanedrín son un ejemplo de anuncio cristiano: «Quede bien claro a todos vosotros y a todo Israel que ha sido el nombre de Jesucristo el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos [...]; no hay salvación en ningún otro» (Hch 4,10-12).

El anuncio cristiano, tal como sugiere el lema para ese día, es anuncio de lo que se vive: *anunciamos lo que vivimos*. Para que el anuncio cristiano sea genuinamente tal, debe ser un anuncio que podríamos decir «vital» o «vivo», no tanto por que sea proclamado con especial energía o vibración, sino, sobre todo, por tratarse de un anuncio hecho

vida en quien lo pregona. La eficacia de la Palabra reside en ella misma; es «viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo; penetra hasta el punto donde se dividen alma y espíritu» (Heb 4,12). Pero parte de su eficacia depende también de que el anuncio se vea hecho realidad en quien lo hace. Pocas cosas hacen más daño al anuncio que la falta de verdadero empeño en traducirlo en vida propia, en obras. Cuando no es así el anuncio suena vacío, inauténtico, simple ruido de palabras.

El anuncio cristiano, en fin, es algo que realiza la Iglesia misma, aunque deba realizarlo cada cristiano. Por eso dice el lema que anunciamos *juntos*. No es palabra singular, tarea de individuos desvinculados unos de otros: es anuncio de la Iglesia misma. El cristiano sabe que está realizando una tarea dada a la Iglesia; cumple el mandato de Jesucristo a la Iglesia naciente. El contenido del anuncio no es algo inventado por quien anuncia, que se limita a proclamar el mensaje que es de toda la Iglesia y que anunciaron en primer lugar los apóstoles. *Juntos anunciamos lo que vivimos.*

En esta solemnidad de Pentecostés en que celebramos el Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar, se nos invita a todos los bautizados, especialmente a los laicos, a tomar conciencia de la importancia del anuncio explícito de Jesucristo, «con palabras y obras», como dicen los obispos españoles en su mensaje para esta Jornada.

El primer anuncio, el anuncio esencial de la fe cristiana, fue uno de los itinerarios en los que el Congreso de Laicos celebrado en 2020 nos invitó a profundizar en los años sucesivos. El primer anuncio del evangelio, de su núcleo fundamental, se ve hoy como una prioridad pastoral de las Iglesias particulares de España, una necesidad que se ha puesto de manifiesto también en las conclusiones del proceso sinodal vivido en estos últimos años. El anuncio de Jesucristo, alegre, positivo, optimista, decidido, que queremos que informe nuestras vidas en todos sus ámbitos y aspectos, debe ayudarnos a superar la ruptura entre fe y vida cotidiana, entre fe y simples prácticas religiosas por las que aquella no puede nunca ser sustituida. Deben, por el contrario, alimentarla y avivarla.

28 de mayo de 2023

La mies es mucha y los obreros son pocos

✠ *Gerardo Melgar Viciosa*

Obispo de Ciudad Real

Jesús está instruyendo y formando a los apóstoles y les manifiesta la gran tarea que se les encomienda: «La mies es mucha y los obreros pocos».

Es mucho lo que hay que hacer y son pocos los que quieren comprometerse en la tarea de anunciar a Jesús a tantas personas a las cuales no les ha llegado el anuncio de la persona ni de su mensaje.

Desde esta necesidad de que se les anuncie a Jesús y su mensaje es desde donde él elige a unos discípulos y les encomienda la misión de ir por el mundo entero y predicar el evangelio.

Hoy, esta necesidad sigue siendo perfectamente actual porque es mucho lo que sigue sin hacerse en este campo de la evangelización. Son cada vez menos los que siguen la vocación del apostolado que anuncia con la palabra y la vida a Jesús, para que los seres humanos sigamos su mensaje, nos convirtamos y el Señor nos pueda dar la salvación.

Vivimos en una sociedad en la que no se valora el mensaje de salvación, una sociedad en la que solo se vive el aquí y el ahora, sin proyección de futuro de salvación eterna y, sobre todo, sin esperanza de una vida después de esta.

Hoy, abundan las personas que viven como si Dios no existiese, como si todo terminara con la muerte, sin fe ni esperanza, sin criterios de fe que los ayuden a descubrir la necesidad de Dios en su vida.

Por eso, el Señor, a través de su mensaje, nos dice a cuantos hemos recibido el anuncio de su persona y su mensaje que es mucha la tarea que hemos de llevar adelante para que tantas y tantas personas descubran que necesitan del Señor, de la fe en él, de vivir de acuerdo con lo que el Señor nos ha venido a anunciar. Porque él ha vencido el pecado y la muerte y nosotros no podemos quedarnos solo en nuestros intereses materiales, sino que hemos de abrir el corazón para encontrar esperanza en la vivencia y el compromiso cristiano. Porque solo desde esta esperanza y este compromiso podremos vivir con esperanza ahora en esta vida y esperar con sentido la vida después de la muerte terrena, algo que el Señor nos promete si somos capaces de vivir nuestra vida terrena como quien sabe que esta es una peregrinación hacia la otra, que será una vida más plena y para siempre, que Cristo nos ha ganado con su muerte y resurrección.

«La mies es mucha y los obreros pocos». El Señor nos está llamando a todos los bautizados a estar atentos a su llamada porque el Señor sigue llamando hoy a que seamos verdaderos agentes de evangelización de este mundo que nos ha tocado vivir.

Para ser verdaderos agentes de evangelización todos los cristianos debemos sentirnos llamados a la tarea de anunciarlo a los demás desde nuestra palabra y nuestro testimonio, desde nuestro estilo de vida, desde nuestra valoración personal de Dios, algo que ayude a descubrir esta misma importancia a los demás.

Dice el papa Francisco que «todo cristiano, por el hecho de haber recibido el bautismo, es y debe ser un verdadero y auténtico agente de evangelización» de nuestro mundo y nuestra sociedad, porque todos somos responsables de la fe, no solo de la nuestra, sino también de la fe de los demás.

Cristo nos llama a todos a ser auténticos obreros de su mies, porque «la mies es mucha y los obreros pocos». Por eso, el Señor sigue llamando a personas que entreguen su vida al servicio del anuncio de su persona y de su mensaje, personas que animen a las comunidades cristianas y urjan a la vivencia de la fe, por medio de la cual se con-

viertan ellos y al mismo tiempo sean testigos que iluminen la fe de los demás.

Son los sacerdotes, que entregan generosamente su vida para cumplir la misión a la que sienten que Dios los llama. Hoy, necesitamos que siga habiendo personas que entreguen su vida en totalidad y radicalidad a esta misión.

Que haya personas que entreguen su vida al servicio del evangelio depende, sobre todo, de Dios, pero depende también de las familias que valoren y animen a sus hijos por este camino, depende de la comunidad cristiana que, con la valoración de los sacerdotes y de su tarea, anima a otros a entregar su vida a Dios y a los hermanos. Depende de las familias, que deben ser familias evangelizadas y evangelizadoras y que deben vivir en su seno el mensaje de Jesús y enseñárselo y transmitirlo a sus hijos. Depende de todos los bautizados, que debemos ser testigos de nuestra fe desde la vivencia personal de la misma y desde la transmisión a los demás desde nuestro apostolado.

Respondamos con generosidad al Señor que nos sigue diciendo hoy: «La mies es mucha y los obreros son pocos». Digámosle con el corazón y la vida: «Aquí estoy, Señor, cuenta conmigo».

15 de junio de 2023

Dale una oportunidad al Espíritu Santo

✠ *Julián Ruiz Martorell*

Obispo de Huesca y de Jaca

Permíteme que me dirija directamente a ti, deseándote gracia y paz.

A lo largo de este curso has recibido la confirmación y has podido sentir la presencia y la acción del Espíritu Santo en tu vida, en tus decisiones y criterios.

Tal vez te han repetido que, a tu edad, has confirmado la fe que tus padres profesaron en tu nombre el día de tu bautismo. Pero esto no es correcto. Quien realmente confirma la fe es el Espíritu Santo, que es quien te anima, asiste y fortalece con la plenitud de sus dones.

Con la presencia activa del Espíritu Santo dentro de ti ya nunca podrás decir que te ahogas en soledad, porque eres una persona habitada.

Sin el Espíritu Santo todo se vuelve rutina, fatiga, cansancio, aburrimiento, desánimo, desconfianza, apatía, agresividad. Sin el Espíritu Santo, a tu alrededor no ves más que dificultades, agobios, dudas, sombras. Sin el Espíritu Santo, las personas que conoces son rivales, enemigos, obstáculos. Sin el Espíritu Santo vives una película muda, en blanco y negro. Sin el Espíritu Santo no hay verdad, ni amor, ni libertad. «Mira el vacío del hombre si tú le faltas por dentro», decimos en la secuencia de Pentecostés.

El Espíritu Santo da color, calor y fragancia a tu vida. Surge un nuevo amanecer. Se disipan los nubarrones. El nuevo día se recibe como un regalo de gracia. Los problemas se convierten en posibilidades y los

fracasos se viven como oportunidades. Cada caída se puede superar con un nuevo levantarse. Las heridas, aunque dejen huellas, cicatrizan y su recuerdo estimula para seguir avanzando.

La Palabra de Dios te abre nuevas perspectivas, te ayuda a discernir y te descubre un nuevo horizonte, hasta entonces desconocido. Siempre escuchas algo que te hace pensar, te invita a actuar y te anima a responder con generosidad. Jesucristo te habla personalmente, como un amigo conversa con su amigo. Él no te dice cosas, sino que se da a conocer a sí mismo. Te introduce en la intimidad de su amor.

Los sacramentos, especialmente la reconciliación y la eucaristía, te dan fuerza, una fuerza que procede de lo alto. La vida sacramental es un manantial de gracia. Se trata de un constante recibir que requiere una acogida activa y consciente y una respuesta agradecida y comprometedora.

El Espíritu Santo te sugiere siempre respuestas basadas en el amor, la transparencia de corazón, la verdad y la fraternidad.

La confirmación no es un sacramento de llegada. No es un punto final. Es un punto de partida, el inicio de un itinerario apasionante. Tan apasionante como la vida de la Virgen María, siempre abierta a la acción del Espíritu Santo.

Recibe mi cordial saludo y mi bendición.

22 de junio de 2023

Firmes en la fe

✠ *Joan Planellas i Barnosell*

Arzobispo de Tarragona

Estimadas y estimados, hay toda una serie de locuciones que sirven para moderar la fuerza de las afirmaciones. Son estas: «Me parece», «podría ser», «tal vez», «a mi juicio», etc. O las que formamos con el potencial: «Yo diría», «yo afirmaría», «yo me atrevería a asegurar». Son locuciones que no figuran en el lenguaje de Jesús. No era así, de forma insinuada, atenuada o disminuida, como se introducía su enseñanza. «Jesús les enseñaba con autoridad» (Mt 7,29), con afirmaciones rotundas, convincentes, categóricas, perentorias y terminantes.

Jesús hablaba así porque tenía autoridad propia. Era el Hijo de Dios y enseñaba la verdad del Padre. Era Dios, y la autoridad y la certeza le venían de su misma condición divina. Habría sido absurdo. Habría sido una negación de su divinidad que hubiera expuesto el evangelio como una simple opinión probable y hubiera dicho, por ejemplo: «Se dijo a los antiguos: “No cometerás adulterio”. Pero, si no lo he entendido mal, ahora lo que Dios quiere de vosotros es que ni siquiera miréis a una mujer casada con deseo de poseerla». Jesús conocía plenamente al Padre y su voluntad. Su conocimiento era firme y seguro y lo exponía con seguridad y firmeza. No podía ser de otra forma.

En cuanto a nosotros, los cristianos de la Iglesia de Cristo, algo nos llega de esa autoridad y esa certidumbre. Lo esencial en nuestra fe, lo que Cristo nos ha revelado y nosotros confesamos creer con fidelidad, también debe estar exento de cualquier forma de afirmación atenuada, disminuida o dubitativa. No podemos hacer la confesión de fe así: «Me parece». Yo diría que Jesucristo es el Hijo de Dios y Señor nuestro. Esta firmeza categórica en las afirmaciones de fe no nos viene de nuestra autoridad personal, sino de la autoridad que nos comunica el propio Cristo.

Pero eso no quita que en el diálogo con los demás nuestro anuncio de la fe tenga un tono marcadamente «propositivo». Nuestro pensamiento cristiano no puede edificarse meramente sobre el «no», la negatividad y la prohibición, sino sobre el «sí», sobre la vida y el gozo de ser de Cristo y de su Iglesia. Porque con demasiada frecuencia hemos comunicado mal nuestra fe, es decir, simplemente como «respuesta» a objeciones y críticas concretas, dejando en segundo término la claridad de la «propuesta positiva», específicamente cristiana. El «pensamiento de respuesta» es, por su propia naturaleza, más efímero en su misma validez, menos estructurado y menos armonioso en relación con el contenido global del anuncio evangélico. Además, el «pensamiento de respuesta», la mayoría de las veces, acaba adoptando una actitud polémica, de reacción más o menos puntual, y limitado únicamente a determinadas enseñanzas. Entonces, sin darnos cuenta, acabamos presentando la verdad cristiana a la defensiva, a golpes de controversia, quedando oscurecida la coherencia, la verdad y la belleza de la fe. La firmeza de la fe debe comunicarse con una actitud «propositiva». El evangelio no se «pospone» ni «se impone», sino que se «propone». Nuestro momento cultural, más que nunca, exige acentuar lo que podríamos llamar «un pensamiento de “propuesta positiva”». Los que tenéis jóvenes en casa lo sabéis bien.

23 de junio de 2023



ESTUDIOS

Saludo inicial en la reunión de delegados nacionales
para la catequesis. La comunidad parroquial como lugar
de cultura de encuentro y el encuentro con la cultura
Đuro Hranić

39

La parroquia en la cultura contemporánea
Rene Camilleri

43

Comunidad parroquial y ministerio laical
Valentino Bulgarelli

53

Los que retoman el camino de su seguimiento.
La reiniciación cristiana a la luz de la enseñanza
del *Directorio para la catequesis*
Adolfo Ariza Ariza

77

La catequesis de adultos, un camino para la conversión pastoral
Francisco Julián Romero Galván

111

Saludo inicial en la reunión de delegados nacionales para la catequesis

La comunidad parroquial como lugar de cultura de encuentro y el encuentro con la cultura

✠ Đuro Hranić

Arcivescovo di Đakovo-Osijek (Croazia)

Presidente della Sezione Catechesi

Me alegra y me honra poder saludaros a todos vosotros, queridos hermanos y hermanas, obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas y fieles laicos, reunidos en nuestro encuentro anual de directores y delegados nacionales para la catequesis de varios países europeos.

Doy una cordial bienvenida de parte de la Sección de Catequesis perteneciente a la Comisión de Evangelización y Cultura del Consejo de Conferencias Episcopales de Europa (CCEE), mía y del secretario de nuestra Sección aquí presente, el padre Carl-Mario Sultana.

De manera especial, saludo entre nosotros a:

— Su excelencia monseñor Gintaras Grušas, arzobispo metropolitano de Vilna y presidente del Consejo de Conferencias Episcopales Europeas (CCEE). Estimada excelencia, nos sentimos honrados por su presencia y estamos muy agradecidos por su apoyo al trabajo de nuestra Sección de Catequesis. Estuvo con nosotros en abril del año pasado en Malta, en octubre en el Congreso de la Juventud, y hoy vuelve a estar con nosotros. Gracias por su saludo y por la santa misa y homilía de mañana.

- Me complace saludar a su excelencia monseñor Zbignevs Stankievics, arzobispo de Riga y presidente de la Comisión de Evangelización y Cultura, a su excelencia monseñor Grzegorz Rys, arzobispo y vicepresidente de la Comisión de Evangelización y Cultura, y a otros obispos y miembros de la Comisión misma. Excelencia, gracias por su presencia y por el interés dedicado a nuestra sección.
- Con particular gratitud saludo a quienes nos acogen en estos días: su excelencia monseñor Stanislav Zore, arzobispo de Liubliana y su excelencia monseñor Alojzij Cvikl, arzobispo de Maribor y presidente de la Oficina Nacional de Catequesis de Eslovenia. Estimadas excelencias, gracias a ustedes y a sus colaboradores por su disponibilidad para acogernos y por su hospitalidad durante nuestra estancia en Liubliana. Te agradezco, monseñor Zore, que preside esta noche la santa misa con Vísperas y que luego nos acoge en tu casa.
- Saludo también cordialmente a los obispos y a los responsables de la catequesis en las diversas conferencias episcopales que, con su presencia personal, dan testimonio de la importancia que ellos y sus conferencias episcopales dan a la catequesis.

Estamos muy agradecidos al Pontificio Dicasterio para la Evangelización por el interés mostrado en nuestros encuentros, por la colaboración, así como por la presencia y participación del delegado del Dicasterio en nuestro encuentro, don Eugenio Bruno, oficial del Dicasterio. Le pedimos, don Eugenio, que transmita nuestro cordial saludo y nuestro agradecimiento a monseñor Rino Fisichella y a todos los demás responsables de la Catequesis del Dicasterio.

Con especial gratitud saludo al secretario general del Consejo de las Conferencias Episcopales Europeas, reverendo Martin Mihaliček. Secretario general de los CCEE y exdirector nacional de catequesis de Eslovaquia, que sigue con particular interés y apoyo el trabajo de nuestra Sección de Catequesis y de la Comisión de Evangelización y Cultura. Con la misma gratitud saludo también al padre Antonio Ammirati, vicesecretario y portavoz, y a sus excelentes colaboradores (Martina Re-

pele y David Topping) en la Secretaría del Consejo de las Conferencias Episcopales Europeas. También agradezco a la hermana Magda Burger, que con compromiso y pasión nos ayudó a organizar este encuentro directamente desde aquí, desde Liubliana.

Una calurosa bienvenida y un cordial saludo a todos vosotros, queridos amigos, directores y delegados nacionales para la catequesis, reunidos en nuestro encuentro desde más de veinte países europeos diferentes. Nos complace y agradecemos vuestra participación en nuestros encuentros anuales, en los que tratamos de promover la catequesis y la colaboración en el campo de la catequesis a nivel europeo, estudiar las cuestiones catequísticas, el desarrollo y desafíos de la catequesis en nuestros diferentes entornos y analizar las posibilidades de trabajo de catequesis en el ambiente europeo.

En nombre de todos nosotros, agradezco a nuestros buenos intérpretes que realizan el fatigoso servicio de traducción simultánea durante nuestros discursos.

Este encuentro nuestro se centrará en el tema: «La comunidad parroquial como lugar de cultura de encuentro y encuentro con la cultura». Durante su visita pastoral a la parroquia romana de Santa María de la Evangelización (en 2006), el papa Benedicto XVI dijo: «La parroquia es un faro que hace brillar la luz de la fe y responde así al anhelo más profundo del corazón humano, porque es la que da sentido y esperanza al hombre ya la familia». Con respecto a nuestro tema, sobre el que nos gustaría reflexionar durante estos dos días, el papa Francisco subrayó además en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*:

Si algo debe despertar en nosotros una santa inquietud y ocupar nuestra conciencia es el hecho de que nuestros hermanos viven sin la fuerza, la luz y el consuelo de nuestro amigo Jesús, sin la comunidad religiosa que los acoge, sin sentido y propósito en la vida. Espero que hoy mucho más que el miedo a equivocarnos nos impulse el miedo a quedar encerrados en estructuras que nos dan una falsa sensación de seguridad, en reglas que nos transforman en interfaces inexorables, en hábitos en los que nos sentimos en paz, mientras afuera hay una multitud hambrienta, y Jesús nos sigue repitiendo: «Dadles de comer» (Mc 6,37) (n. 49).

Y la última instrucción de la Congregación para el Clero, titulada *Conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión misionera de la Iglesia* (29 de junio de 2020), hablando de la imagen de la parroquia, dice: «La parroquia es un casa en medio de otras casas y responde a la lógica de la encarnación de Jesucristo que vive y obra entre los hombres» (n. 7). Ella «debe encontrar otras formas de cercanía y vecindad de cara a sus actividades habituales. No se trata de un trabajo duro que soportar, sino de desafíos que hay que aceptar con entusiasmo» (n. 14). Se trata pues del arte de cultivar la cercanía, del arte y testimonio de un encuentro vivo entre parroquia y hombre, entre Iglesia y cultura y del desarrollo de la parroquia, por un lado, *como lugar de cultura de encuentro*, y por otro el otro, *del encuentro con la cultura*.

Nuestra reflexión sobre estos temas será apoyada por nuestros ilustres ponentes: monseñor Valentino Bulgarelli, director nacional de catequesis de la CEI, y don Rene Camilleri, director nacional emérito de catequesis de la archidiócesis de Malta. Queridos ponentes, Os estamos muy agradecidos por vuestro trabajo anterior en la elaboración de vuestros informes y por vuestro incansable compromiso sacerdotal y profesional, que os han dotado de sabiduría y os han convertido en expertos en la materia. ¡Muchas gracias!

Les deseo un encuentro amistoso y fructífero, lleno de enriquecimiento mutuo. Gracias.

Liubliana, 25-27 de abril de 2023

La parroquia en la cultura contemporánea

Rene Camilleri

Director emérito nacional para la catequesis en la archidiócesis de Malta

No es tan sencillo hablar de parroquia en la cultura contemporánea porque las dos entidades ya son bastante complejas. No existe un único tipo o modelo de parroquia, como tampoco existe una cultura homogénea que podamos identificar universalmente como contemporánea. El modelo de parroquia normalmente depende de nuestra eclesiología, y sabemos muy bien que hay diferentes eclesiologías, diferentes mentalidades y visiones de la Iglesia. Cómo hay diferentes formas en las que entendemos nuestro sacerdocio y diferentes formas en las que apreciamos la participación de los laicos o el papel de los ministerios en la vida de la parroquia. Siempre ha habido una evolución de la eclesiología según los cambios de la época y se han sucedido varios modelos de Iglesia. Una vez hablamos de la Iglesia como *Societas perfecta* o *Mater et Magistra* y luego en el Concilio la Iglesia como *Sacramentum mundi* o sacramento de la salvación. Hoy el papa Francisco nos ofrece el modelo de la Iglesia como hospital de campaña.

Siempre hay que ver y discernir qué tipo de parroquia sirve a las necesidades de una cultura emergente. Como dijo hace mucho tiempo Yves Congar, la eclesiología debe definirse no desde el punto de vista de la institución sino del pueblo de Dios, porque si somos servidores del pueblo de Dios, entonces es el pueblo, las personas, las que son «maestros»¹. La comunidad cristiana está hoy más que nunca involucrada en los procesos de cambio que tienen un fuerte impacto en la vida de las

¹ YVES CONGAR, *Power and Poverty in the Church. The Renewal and Understanding of Service* (Paulist Press, New York 1964) (2016).

personas. Luego está también el hecho de que la comunidad cristiana no coincide necesariamente con la comunidad parroquial porque no existe la parroquia simplemente territorial de vez en cuando. La membresía hoy en día es muy fluida. Pero ¿cómo podemos responder hoy a las necesidades de una cultura tan fluida, en proceso, heterogénea y multicultural? El filósofo John Caputo habla de dos tipos de iglesia o parroquia: la organizada, burocrática, eficiente, bien equipada con la última tecnología y la de los suburbios donde la gente llama a todas horas del día para poder pagar la cuenta, para pedir comida, o para pedir ayuda para un hijo o hija que está drogado.

John Caputo es el experto en el filósofo de la deconstrucción, Jacques Derrida. No daré una charla filosófica sobre Derrida aquí. Pero hago esta referencia porque ha sido un lugar común para nosotros desde el advenimiento de la secularización pensar que fue la cultura contemporánea la que tuvo tal impacto en la vida de la Iglesia con el resultado que vemos hoy a nuestro alrededor. La cultura fue la culpable. Pero lo que realmente desmantela nuestras construcciones eclesísticas es el Espíritu mismo. El peligro no viene de fuera. Mucho antes de los posmodernistas, fueron los profetas quienes desmantelaron la institución de la religión y Jesús continúa en la misma línea profética.

No es solo la cultura la que nos provoca al cambio. Es el mismo Espíritu que sopló en el Concilio y que sopla hoy a través de los mismos signos de los tiempos que nos piden reinventar la parroquia. Hace casi treinta años recuerdo el libro del sacerdote Antonio Fallico², donde habla sobre el diagnóstico y la terapia en la parroquia, las prioridades de la acción pastoral y las opciones radicales que hay que hacer. Hemos hecho muchos *diagnósticos*. Hay que ver si tenemos el coraje de aplicar las *terapias*. Volviendo al discurso de la eclesiología, es importante retomar lo que dice la *Lumen gentium* cuando sitúa a la Iglesia en la categoría de «signo» e «instrumento» del amor de Dios por la humanidad. La Iglesia no es el destino. Así que tenemos que preguntarnos: ¿qué Iglesia sirve

² ANTONIO FALLICO, *Le cinque piaghe della parrocchia italiana. Tra diagnosi e terapia* (Edizioni Chiesa-Mondo, Catania 1995).

a la gente hoy? ¿Cómo pueden nuestras parroquias ofrecer ese espacio donde se da el encuentro con Dios en una cultura que muchos definen como *sin Dios*? La cultura puede declarar: «Dios ha muerto», pero no es la cultura la que establece la existencia y presencia de Dios en el mundo. Sí, vivimos en un mundo desencantado, donde se ven muchísimos signos de una época en la que dominaba una cultura cristiana. Pero el nuestro es también un *kairós*, un momento de gracia, el tiempo de Dios. A nosotros nos toca discernir los pasos de Dios que habita en el mundo y sigue mostrando su mirada misericordiosa. En esta cultura y hoy, la Iglesia está más que nunca llamada a ser signo de esta presencia de Dios y de su amor por toda la humanidad.

Todavía estamos en el tiempo de Pascua y uno de los pasajes más icónicos de este tiempo es sin duda la narración de los discípulos de Emaús. Este pasaje podría servir fácilmente como una metáfora para nosotros y para lo que podemos decir sobre la parroquia y la cultura contemporánea. Es una narración donde el mismo Jesús camina con los dos discípulos y mantiene una larga conversación sin imponerse sobre ellos, sin interrumpir su camino, pero quien, con mucha paciencia, entra primero en sus sentimientos de miedo, ansiedad y falta de esperanza. Caminando con ellos, supo iluminarlos, responder a sus inquietudes con la Palabra y luego conducirlos al descubrimiento vital para ellos.

Hemos hecho y rehecho el ejercicio de análisis de la cultura contemporánea y ahora seguimos repitiendo lo que parecen clichés. Sin duda, el análisis es importante. Es necesario leer los signos de los tiempos. Pero después de esta lectura, se necesita un serio discernimiento para luego establecer prioridades. El papa Francisco en su *Evangelii gaudium* dice que no podemos seguir haciendo las cosas como siempre las hemos hecho. Después del Consejo nos reestructuramos. Pero en muchos casos solo quedó una reorganización de las estructuras. En cambio, el Consejo pidió un cambio de rumbo y de mentalidad. Un cambio en la forma en que debemos entender nuestro sacerdocio, nuestros ministerios, un cambio en la forma en que vivimos nuestro servicio que construye la Iglesia, la comunidad de fe.

El papa Francisco escribe en *Evangelii gaudium*:

La parroquia no es una estructura temporal; precisamente porque tiene una gran plasticidad, puede asumir formas muy diversas que exigen la docilidad y la creatividad misionera del párroco y de las comunidades [...]. Pero hay que reconocer que la llamada a la revisión y renovación de las parroquias aún no ha repercutido fruto suficiente para que estén cada vez más cerca de la gente y sean espacios de viva comunión y participación, y estén plenamente orientados a la misión (n. 28).

Tanto se ha dicho y escrito sobre nuestro enfrentamiento con la cultura. Pero esta confrontación no puede ser una confrontación, como lamentablemente ha sido muchas veces. Esto me recuerda la historia que cuenta el libro de Números cuando Moisés y los israelitas estaban cerca de la tierra de Caná y Moisés envió espías o exploradores para informar sobre esa tierra y la gente que vivía allí. Estos exploradores regresaron y los informaron todo a ellos y a toda la comunidad. Les mostraron los frutos del país y les dijeron que realmente era un país «que mana leche y miel». Pero también decían: «No podremos ir contra este pueblo [...]. El país que hemos atravesado para explorarlo es un país que devora a sus habitantes; todas las personas que hemos notado allí son personas altas; vimos allí a los gigantes, hijos de Anac, de la raza de los gigantes, ante los cuales parecíamos langostas y así les debimos parecer a ellos» (Num 13,25-33).

Aquí sembraron miedo. Muchas veces en nuestro acercamiento a la cultura contemporánea tenemos este miedo, casi olvidamos la fuerza que nos da la fe en Dios. A veces incluso nosotros mismos estamos tentados a juzgar incluso irrelevante o ineficaz nuestro propio ministerio. Precisamente por eso digo que nuestra fuerza no está en el choque con la cultura. Nuestra fuerza en relación con la cultura dominante no está ni siquiera en la argumentación, como siempre hemos tratado de hacer sobre todo en cuestiones éticas. Como dice el papa Francisco, el evangelio primero, la ética después. Si juzgamos la cultura contemporánea desde el punto de vista de la ética, casi la conclusión es que hemos fracasado. Pero repito, el evangelio es lo primero. Es la fuerza del evangelio lo que debemos explorar para responder, no con teorías filosófi-

cas, sino con el evangelio mismo. Ya lo había dicho el papa Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi* cuando dijo que esta fidelidad al mensaje del evangelio, del que somos servidores, y al pueblo al que debemos transmitirlo intacto y vivo, es el eje central de la evangelización. Plantea tres cuestiones candentes, que el Sínodo de 1974 tenía constantemente ante sus ojos:

- ¿Qué sucede hoy con esta energía escondida de la buena noticia, capaz de afectar profundamente la conciencia del hombre?
- ¿Hasta qué punto y cómo esta fuerza evangélica es capaz de transformar verdaderamente al hombre de este siglo?
- ¿Qué métodos se deben seguir en el anuncio del evangelio para que su poder alcance sus efectos?

Para afrontar la cultura contemporánea se necesita una nueva pedagogía de la fe. Tal vez sea necesario volver a visitar el *De catechizandis rudibus* de san Agustín. Porque falta la transmisión de la fe cuando no es autobiográfica. Lo que todavía decía Pablo VI, que necesitamos más testigos que maestros. En las *Confesiones*, san Agustín habla de experiencias transformadoras. Si la parroquia no se embarca hoy en esta nueva pedagogía, en la verdadera transmisión de la fe, sigue siendo un andamiaje, una estructura, un espacio de servicio que no ayuda a las personas al encuentro con Dios, hace cristianos, pero no discípulos. Como tantos de nuestros seminarios hoy que fabrican funcionarios, pero no evangelizadores. Y nuestra cultura contemporánea necesita discípulos, no más que cristianos bautizados y sacramentalizados, pero no evangelizados. Dietrich Bonhoeffer, en su *The Cost of Discipleship*, dice: «Cristo no solo hace buenas a las personas; él también las hace fuertes». Tal vez necesitemos volver a una visión más antigua de la vida cristiana más robusta, donde lo central no eran los mandamientos sino las virtudes que forman a la persona y la fortalecen para el camino. Tenemos generaciones enteras de personas que han pasado de la hora religiosa en el colegio, y del catecismo durante años en nuestras parroquias. Pero muchos han seguido siendo cristianos nominales, mientras que muchos otros simplemente se han ido. La cultura contemporánea

necesita de personas que no solo sepan el catecismo, sino que sean fuertes, que experimenten en su vida el encuentro con Dios y la fuerza que da la fe.

Regresamos aquí a las Escrituras. Quizás los dos libros que más nos pueden inspirar hoy son los libros de Esdras y Nehemías. Fue el momento crucial del regreso del exilio cuando generaciones enteras nacieron en el exilio. Ese momento fue un momento de discernimiento y prioridades. Cuando Nehemías preguntó por los judíos, la respuesta fue: «Los supervivientes de la deportación están allí, en la provincia, en gran miseria y abatimiento; los muros de Jerusalén permanecen llenos de brechas y sus puertas consumidas por el fuego». Y Nehemías: «Me senté y lloré». Pero luego se pusieron manos a la obra para edificar de nuevo la asamblea de Dios. Nosotros hoy, exiliados como nos sentimos en una cultura que parece marginar cada vez más la fe, debemos hacer como Esdras y Nehemías: edificar de nuevo la asamblea de Dios. Pero esto no puede ser un retroceso. En el vacío religioso que el exilio había creado en la historia del pueblo de Dios, vacío semejante al nuestro hoy, estos dos profetas supieron discernir lo que realmente hacía falta en el momento para que el pueblo que volvía del exilio pudiera redescubrir al Dios de vida.

Necesitamos ver si nuestras parroquias pueden responder a las necesidades de una sociedad tan cambiada hoy. Andrea Brugnoli en un libro publicado en 2016³ da una imagen muy completa de esta situación. Durante bastante tiempo nos sentimos perdidos en nuestras parroquias, experimentando, probando, intentando crear estructuras, inventando actividades. Y hay que reconocer que hubo comunidades parroquiales vivas y vivaces después del Concilio y aún existen hoy. Pero creo que la evangelización ha quedado un tanto suspendida. Siempre ha permanecido en un segundo plano de nuestras agendas porque estábamos tan ocupados con tantas cosas, también perpetuamos tanta actividad pastoral como siempre se ha hecho. Y la gente, en muchos casos, fue desapareciendo lentamente.

³ ANDREA BRUGNOLI, *Parrocchie da incubo. Manuale per cambiare stile di Chiesa* (Fede & Cultura, Verona 2016).

La evangelización nunca es un adoctrinamiento, sino siempre una inculturación. Fomentar guerras culturales con el mundo que te rodea no te lleva a ninguna parte. Tenemos que reconocer que vivimos en un mundo libre hoy, al menos en Occidente. El fracaso de las instituciones eclesíásticas, las iglesias y seminarios vacíos, el éxodo de tanta gente de la Iglesia puede no ser ni siquiera el resultado de la presión de la cultura desde fuera, sino también de un desencanto desde dentro. No estaría bien que siguiéramos culpando a la cultura. Sería un falso diagnóstico que luego nos lleva a falsas terapias. Ahora debemos reconocer la secularización como un momento de gracia, el *kairós* para la iglesia hoy.

La conversión pastoral de la que habla el papa Francisco en la *Evangelii gaudium* no es ciertamente un ejercicio cosmético, como lamentablemente sucedió con tantas reformas posteriores al Concilio. Un sistema institucional cerrado en un mundo en constante cambio no puede sostenerse. El Espíritu de sabiduría y parresía, que es el vino nuevo, no puede ser reprimido en odres viejos, así como el sepulcro no pudo contener el cuerpo del crucificado.

Uno de los mayores desafíos de hoy es cómo comunicarnos con aquellos, que son muchos, que ya no vienen a la iglesia, sino que buscan a Dios. En 2009, la CEI publicó una *Carta a los buscadores de Dios*. La pregunta que debemos hacernos es precisamente esta: ¿cómo podemos ayudar a las personas a encontrarse con el Dios de Jesucristo? Muchos de los que hoy se creen creyentes no están enraizados en una tradición inspirada en la fe cristiana. El cristianismo es cosa del pasado. Tenemos que reinventarnos como sacerdotes, como laicos, como catequistas, como parroquias, incluso quizás como creyentes. Muchos de los niños, jóvenes y adultos que conocemos hoy son los nacidos en el exilio y que regresaron a Jerusalén en tiempos de Esdras y Nehemías. ¿Y qué estamos proponiendo? ¿Qué es lo esencial hoy para una asamblea de Dios, para crear verdaderamente una comunidad cristiana? ¿Qué les estamos ofreciendo? Como escribió Paul Lakeland en un artículo hace muchos años sobre el futuro de la fe: «La tradición es la fe viva de los muertos; el tradicionalismo es la fe muerta de los vivos».

La tradición que nos comprometemos a transmitir a las generaciones futuras es una tradición viva y nunca debemos transformarla en tradicionalismo.

La lectura que necesitamos hoy de la cultura contemporánea no puede ser solo una lectura sociológica. Necesitamos tener imaginación para dejar que la Biblia también nos haga leer los tiempos de hoy. Por ejemplo, la carta de Jeremías a los exiliados, donde el profeta exhorta al pueblo a «habitar» la tierra a la que «os hice deportar de Jerusalén a Babilonia: Edificad casas y habitadlas, plantad huertos y comed de sus frutos, casaos y poner hijos e hijas del mundo; escoge esposas para tus hijos y casa a tus hijas». Esto contrasta con el sentimiento que se desprende del salmo que es el cántico del destierro: «¿Cómo cantar los cánticos del Señor en tierra ajena?». A la luz de la carta de Jeremías, no debemos tener miedo a la cultura contemporánea sino preguntarnos qué podemos dar y aportar a la humanidad de hoy. El cardenal Avery Dulles había escrito: «El catolicismo tiene una herencia intelectual, cultural, mística y espiritual incomparable. ¿Por qué entonces parece tan estancado, por qué le falta confianza, entusiasmo, propósito? ¿Qué podemos hacer para movilizar el potencial religioso en su tradición?»⁴.

No podemos detenernos en modo de conflicto con la cultura contemporánea. La tarea es entrar en conversación como lo hizo Jesús con los discípulos de Emaús no tanto a nivel intelectual sino en relación con los sentimientos y emociones de la gente para poder acompañarlos y caminar con ellos. Tal vez sea oportuno para nosotros hoy retomar la gran encíclica de 1964 del papa Pablo VI *Ecclesiam suam*. Allí, cuando el Concilio estaba todavía en la mitad, hablaría de la necesidad de la Iglesia, antes de tener conocimiento de sí misma, para poder reformarse, para luego poder entrar en diálogo de salvación con toda la humanidad.

Hoy el Señor nos invita a reconocernos como habitantes de una tierra extranjera como parece ser la cultura contemporánea desde nuestro

⁴ AVERY DULLES, *A Church to Believe In: Discipleship and the Dynamics of Freedom* (Crossroad Books, New York 1992), 3.

punto de vista. En el exilio y desde el exilio, Jeremías da un mensaje de esperanza. Culturalmente hablando, estamos en el exilio y necesitamos la parresía de la que tanto habla san Pablo:

- Saber llevar a la gente a desear una tierra prometida que es la experiencia del Dios vivo.
- Permanecer enfocados en lo esencial, lo que realmente sirve hoy para sostener una fe fuerte que da fuerza y hace testigos auténticos.
- Hacer la transición del callejón sin salida en el que parece que estamos atascados hacia una visión profética de qué Iglesia necesita hoy el mundo que habitamos.

No olvidemos lo que dijo el papa Benedicto XVI de que lo opuesto a la fe no es el ateísmo sino el sentir que en nuestra fe no hay nada nuevo que descubrir.

Dos autores de Canadá, país ciertamente no de la tradición cristiana a la que aquí estamos acostumbrados, publicaron en 2017 un estudio donde, entre otras cosas, dicen: «Todo ha sido dicho desde la Ilustración hasta la fase reciente del nuevo ateísmo sobre lo que está mal con la religión». Esa posición ha sido ampliamente establecida y aceptada por muchos. Habiendo enviado lo sagrado al exilio, ahora es tiempo de revisar lo que significa perder nuestra religión. Charles Taylor fue sin duda el punto de referencia más importante en la cuestión de la secularización. Escribe que somos probablemente la primera sociedad en la historia donde una gran proporción de la población trata de vivir sin ningún concepto de lo trascendente.

Muchas veces pensamos que tenemos todas las respuestas a las preguntas que nos hace la gente. Pero hoy es fácil darse cuenta de que muchas preguntas ni siquiera se hacen. La gente parece tener mapas de vida totalmente diferentes a los nuestros. Muchos han construido un mundo de significados que nada tienen que ver con lo divino. Para muchos, habitar el mundo puede tener sentido sin ninguna referencia a lo trascendente. Quizás nuestra primera tarea en nuestras comunidades

sea precisamente saber crear las condiciones adecuadas para creer. A pesar de la laicidad, la fe se ha mantenido en varios sentidos en la vida cotidiana de las personas y en nuestras sociedades. Vemos manifestaciones de devociones particulares incluso por parte de aquellos que no se reconocen como creyentes. Pero la transición de la fe a la creencia es la tarea más delicada que tenemos.

En conclusión, ¿qué tipo de señal necesita la gente de nosotros hoy? ¿Qué es lo que más llama la atención en la conciencia del hombre de hoy y lo que más caracteriza hoy a toda la humanidad? Quizás nuestros discursos ya no interesen a muchos. Pero ciertos gestos tienen la fuerza de hablar más fuerte al corazón del hombre. Si la palabra no va acompañada de gestos, queda palabra, vacía, como tantas otras palabras que se dicen. El papa Francisco entendió muy profundamente lo que es la cultura contemporánea y en esta cultura lo que más necesita la humanidad. Esto lo hizo en su *Fratelli tutti*. Pero particularmente en el segundo capítulo, donde nos ofrece una meditación sobre el texto del evangelio de Lucas, la parábola del buen samaritano. El hombre que conocemos puede ser ateo o creyente, agnóstico o distante; pero lo que une a todos, y por eso todos somos hermanos, es el hecho de que todos estamos heridos. Por eso, la Iglesia, más que cualquier otra cosa, es un hospital de campaña. La Iglesia, como Jesús, todavía tiene la fuerza de curar a las personas antes de hacerlas creer.

Comunidad parroquial y ministerio laical

Valentino Bulgarelli

Director nacional para la catequesis en la CEI

Premisa

En la Asamblea General de mayo de 2022, los obispos italianos aprobaron una nota *ad experimentum* para los próximos tres años con el objetivo de incorporar las intervenciones del papa Francisco para orientar la práctica concreta de las Iglesias que están en Italia sobre los ministerios instituidos, tanto del lector y del acólito como del catequista. Además, con esta nota, la Conferencia Episcopal Italiana ha incluido el tema de los «ministerios instituidos» dentro del camino sinodal de las Iglesias que están en Italia, para que se convierta también en una oportunidad para renovar la *forma eclesial* en clave más comunitaria. El camino sinodal constituirá así un lugar ideal para comprobar también el impacto efectivo de los nuevos ministerios instituidos del lector, del acólito y del catequista en la práctica eclesial.

Propongo un camino en dos momentos: en primer lugar, una presentación de las elecciones hechas por los obispos italianos sobre los ministerios y luego una reflexión en perspectiva sobre lo que estas elecciones podrían generar.

I. Los ministerios de lector, acólito y catequista: Las orientaciones de los obispos para las iglesias que están en Italia

Y hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. Pero a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común (1 Cor 12,4-7).

El apóstol Pablo, ante la vitalidad de la comunidad de Corinto, articula carismas, ministerios y actividades de manera trinitaria, refiriéndolos respectivamente al Espíritu, a Cristo Señor y al Padre, sin dar una definición y un orden precisos en la siguiente lista de carismas. Sin embargo, indica dos coordenadas para el discernimiento eclesial: por un lado, pone el primado de la acción del único Espíritu, que distribuye sus dones como quiere; por el otro, pone en valor la edificación de toda la comunidad.

LOS DOS *MOTU PROPRIO* DEL PAPA FRANCISCO

Dentro de este horizonte, a la vez histórico-salvífico y eclesial, vocacional y ministerial, deben situarse los documentos relativos a los ministerios de lector, acólito y catequista, recientemente promulgados por el papa.

A raíz del Concilio Vaticano II, Pablo VI ya había querido revisar la práctica de la Iglesia latina en relación con los órdenes sagrados tal como había sido formulada por el Concilio de Trento. El Concilio Vaticano II había ordenado que «el ministerio divinamente instituido se ejerza en otros órdenes distintos de los que en la antigüedad se llamaban obispos, presbíteros y diáconos» (*Lumen gentium*, 28). En línea con esa decisión, el *motu proprio Ministeria quaedam* (15 de agosto de 1972) abolió los «órdenes menores» del ostiario, el exorcista, el lector y el acólito, y el orden mayor del subdiácono, que fueron conferidos en vista de la ordenación sacerdotal, configurando los del lector y del acólito como «ministerios instituidos», ya no considerados como reservados a los candidatos al sacramento del orden sagrado.

Cincuenta años después, el papa Francisco ha promulgado el *motu proprio Spiritus Domini* (10 de enero de 2021), con el que ha superado el constreñimiento de la *Ministeria quaedam* que «reservaba el lectorado y el acolitado solo a los hombres» y la inclusión de mujeres en los ministerios laicales/bautismales con la modificación del can. 230 § 2, acompañando la decisión con la *Carta del santo padre Francisco al prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre el acceso de la mujer a los ministerios de lectora y acólita*. El papa Francisco también promulgó el *motu proprio Antiquum ministerium* (10 de mayo de 2021), sobre el establecimiento del ministerio del catequista para la Iglesia universal. La Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos luego siguió con una *Carta a los presidentes de las Conferencias de Obispos sobre el rito de institución de los catequistas* (13 de diciembre de 2021), con el rito correspondiente adjunto.

Los dos *motu proprio* permiten hacer cada vez más evidente esa indispensable contribución de la mujer, de la que ya había escrito el papa Francisco, invitándonos en consecuencia a «ampliar los espacios para una presencia femenina más incisiva en la Iglesia» (*Evangelii gaudium*, 103).

MINISTERIOS EN LA IGLESIA

En *Ministeria quaedam*, citando el Concilio Vaticano II, Pablo VI señaló que, distinguiendo...

... entre lo propio y reservado a los clérigos y lo que puede ser confiado a los fieles laicos, aparecerá más claramente su relación recíproca, ya que el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico, aunque difieren esencialmente y no solo en el grado, están sin embargo ordenados el uno al otro, ya que ambos, cada uno a su manera, participan del único sacerdocio de Cristo (*Lumen gentium*, 10).

El «ministerio ordenado», conferido con el sacramento del orden sagrado a obispos, presbíteros y diáconos, es sentido por la conciencia de fe como esencial para la vida de la Iglesia. Desde un principio surgieron figuras ministeriales junto a los ministros ordenados que realizaban diversos servicios a favor de la comunidad cristiana. En el curso

de la historia, con el continuo cambio de las situaciones eclesiales, sociales y culturales, el ejercicio de estos servicios en la Iglesia ha tomado diversas formas.

Los ministerios, nacidos como formas de servicio a las necesidades concretas de la comunidad, se enmarcaron progresivamente en un sistema clerical como órdenes menores que, dentro de un camino ascendente, conducían al sacerdocio: de este modo terminamos orientando hacia el sacramento del orden, en lugar de hacia el bautismo. Se trata pues de recuperar hoy la referencia bautismal, indicando en el sacerdocio común la raíz de los «ministerios instituidos» y de los muchos ministerios de hecho que la Iglesia está llamada a discernir para un servicio adecuado al pueblo de Dios.

El *motu proprio Ministeria quaedam* configuró los «ministerios instituidos» como una forma de ejercer el sacerdocio común (aunque no el único) de los fieles, destacándolo entre las múltiples formas posibles de ministerio eclesial. Se trata de quienes, habiendo recibido el bautismo y la confirmación y estando dotados de un carisma particular para el bien común de la Iglesia, habiendo superado un adecuado proceso de discernimiento y preparación, reciben un mandato preciso del obispo con un acto litúrgico. La conformación a Cristo y las raíces bautismales y crismales comunes ponen los ministerios en la Iglesia, cada uno a su manera, al servicio de la configuración de su cuerpo eclesial y de la transmisión del evangelio.

Corresponden a esta descripción los ministerios de lector, acólito y catequista, que los documentos pontificios vinculan expresamente a los sacramentos de la iniciación cristiana. Lectorado y acólito tienen sus raíces en el bautismo y la confirmación y su finalidad en el servicio de la liturgia, en particular en la mesa donde se ofrecen al creyente la Palabra y el pan (cf. *Dei Verbum*, 21) y de la que brota el compromiso mismo de la vida cristiana. El ministerio del catequista encuentra su fuente en los sacramentos del bautismo y la confirmación, que hacen de la persona hija de Dios y responsable en la fe para ser a su vez testigo fiable y creíble para los demás.

Sobre estos fundamentos sacramentales descansa el reconocimiento de la Iglesia y el mandato público para el ejercicio de estos específicos ministerios instituidos. A continuación se recuerdan las indicaciones esenciales sobre la identidad y funciones de estos ministerios.

IDENTIDAD Y TAREAS DE LOS TRES MINISTERIOS

a. Los lectores

Identidad. El ministerio del lector se refiere a la presencia de Cristo, Verbo hecho carne, en la Iglesia y en el mundo. En particular, el lector, a partir de una escucha asidua de las Escrituras, proclama y anuncia la Palabra de Dios, en la que la voz del Espíritu resuena en palabras humanas (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 7; *Verbum Domini*, 53).

Tareas. La tarea del lector se realiza en primera instancia en el contexto de la liturgia de la Palabra dentro de la celebración eucarística, de modo que se hace evidente que el anuncio de la Palabra es fuente y lugar normativo del anuncio. El ministerio del lector tiene encomendada la tarea de preparar a la asamblea y a los lectores para escuchar y proclamar los pasajes escogidos para la liturgia de la Palabra con competencia y sobria dignidad. El lector podrá también desempeñar un papel en las diversas formas litúrgicas de celebración de la Palabra y en las iniciativas de (primer) anuncio hacia los que están lejos. A esto se suma la tarea más amplia de animar momentos de oración y meditación (*lectio divina*) sobre los textos bíblicos, con especial atención también al diálogo ecuménico. En general, está llamado a acompañar a los fieles ya quienes buscan un encuentro vivo con la Palabra, proporcionando claves y métodos de lectura para su correcta interpretación y su fecundidad espiritual y pastoral.

b. El acolitado

Identidad. El ministerio del acólito se refiere a la presencia de Cristo en la eucaristía de la Iglesia para la vida del mundo. En particular, el acólito se dedica al servicio de la eucaristía, sacramento del cuerpo de Cristo que en la última cena significó el ofrecimiento de su vida por la salvación de todos.

Tareas. La tarea del acólito es servir en el altar, signo de la presencia viva de Cristo en medio de la asamblea, donde el pan y el vino se convierten en especies eucarísticas por obra del Espíritu Santo y donde los fieles, nutridos por el único pan y el beber de la única copa, llegan a ser un solo cuerpo en Cristo. También tiene encomendada la tarea de coordinar el servicio de distribuir la comunión dentro y fuera de la celebración de la eucaristía, de animar la adoración y las diversas formas del culto eucarístico, que irradian en el tiempo la acción de gracias de la Iglesia por el don que Jesús hizo con su cuerpo entregado y su sangre derramada. A esto se suma la tarea más amplia de coordinar el servicio de llevar la comunión eucarística a toda persona que se vea impedida de participar físicamente en la celebración por razón de edad, enfermedad o circunstancias singulares de la vida que limiten su libre movimiento. Él es el ministro de la comunión y al servicio de la comunión que actúa como puente entre el único altar y las muchas casas. De manera especial, la inclusión de la mujer en este ministerio hace aún más evidente el cuidado maternal de la Iglesia por sus hijos, sobre todo por aquellos que se encuentran en condiciones difíciles.

c. El catequista

Identidad. El ministerio del catequista se refiere a la presencia en la Iglesia y en el mundo del Señor Jesús, que por obra del Espíritu Santo llama a todo hombre a la salvación, haciéndose hijo de Dios, en particular el catequista, en armónica colaboración con el ministro ordenado, se dedica al servicio de toda la comunidad, en particular a la transmisión de la fe y a la formación de una mentalidad cristiana, testimoniando también con la propia vida el santo misterio de Dios, que nos habla y se entrega a nosotros en Jesús.

Tareas. La tarea del catequista es formar en la vida cristiana, bebiendo de la Sagrada Escritura y de la tradición de la Iglesia. En primer lugar, esta tarea se realiza en la atención de la catequesis de iniciación cristiana, tanto para niños como para adultos. A esto se suma también el oficio más amplio de acompañar a quienes ya han recibido

los sacramentos de iniciación en el crecimiento de la fe en las diversas estaciones de su vida. Es el ministro que acoge y acompaña a dar los primeros pasos en la experiencia del encuentro con la persona de Cristo y en el discipulado de quienes expresan el deseo de una experiencia de fe, convirtiéndose así en misionero hacia las periferias existenciales. Finalmente, se le puede pedir que coordine otras figuras ministeriales laicas dentro de la parroquia, dedicadas a la liturgia, la catequesis y otras formas de evangelización y cuidado pastoral. Entre las posibilidades indicadas por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, la Conferencia Episcopal Italiana opta por conferir el «ministerio establecido» del catequista a una o varias figuras de coordinación de los catequistas de iniciación cristiana de los niños (cf. n. 9) y a los que «realizan de manera más específica el servicio del anuncio» en el catecumenado de adultos (cf. n. 10). El ministerio del catequista, según la prudente decisión del obispo y las opciones pastorales de la diócesis, puede ser también, bajo la moderación del párroco, un referente de las pequeñas comunidades (sin la presencia estable del sacerdote) y puede conducir, en ausencia de los diáconos, las celebraciones dominicales en ausencia del sacerdote y en espera de la eucaristía. De este modo, entre otras cosas, será cada vez más evidente la corresponsabilidad en el ámbito pastoral entre el sacerdote y el catequista.

FORMACIÓN PARA MINISTERIOS

Todo ministerio instituido tiene una fuerte connotación vocacional. El servicio en la Iglesia no tiene forma de profesión, ni de cargo honorífico: se trata más bien de asimilar los rasgos del Maestro, que no vino para ser servido sino para servir (cf. Mc 10,45).

El Señor llama a quien se instituye en uno de estos ministerios a ponerse a disposición de todos para la edificación de los hermanos. Las comunidades con sus presbíteros pueden presentar candidatos a ministerios, que serán confirmados por el obispo después de un tiempo de adecuado acompañamiento de un equipo de expertos. De hecho, el obispo en primer lugar reconoce esta vocación y evalúa su utilidad

para un servicio específico dentro de la realidad eclesial local; luego da la confirmación pública con su propio rito litúrgico, con lo que también confiere el mandato para ese ministerio laical específico.

A los ministerios instituidos de lector, acólito y catequista pueden acceder hombres y mujeres que manifiesten su disponibilidad, según los siguientes criterios de discernimiento: sean personas de fe profunda, formadas en la Palabra de Dios, humanamente maduras, que participen activamente en la vida de la comunidad cristiana, capaz de establecer relaciones fraternas, capaz de comunicar la fe tanto con el ejemplo como con la palabra, y reconocido como tal por la comunidad, en las formas y modos que el obispo estime convenientes.

Al mismo tiempo, los obispos deben establecer cursos de formación adecuados para lograr tres fines esenciales: ayudar en el discernimiento de la idoneidad intelectual, espiritual y relacional de los candidatos; formación perfecta con vistas al servicio específico, con el ejercicio de actividades pastorales adecuadas; permitir la continua actualización bíblica, teológica y pastoral de quienes ya han recibido un mandato para un ministerio. Estos cursos de formación se pueden realizar con la ayuda de instituciones académicas existentes en la zona como los Institutos de Teología y Ciencias Religiosas. El apoyo de estas instituciones facilitaría la tarea de estructurar planes de formación, que incluyen no solo lecciones presenciales, sino también seminarios y becas *in situ*.

Se pide a los pastores que sensibilicen a la comunidad cristiana para dejar emerger esos dones del Espíritu, que pueden convertirse en ministerios laicos eficaces. Atender los nuevos ministerios abre la posibilidad concreta de rediseñar el panorama de las comunidades cristianas. El camino sinodal en marcha en las Iglesias que están en Italia es una ocasión propicia para que la recepción de los ministerios en las distintas Iglesias locales se realice de forma sinodal. De esta forma se podrá crear espacio para nuevas figuras capaces de poner en marcha una percepción más dinámica del anuncio del evangelio, con la riqueza de nuevos rostros y experiencias diferenciadas.

EL MANDATO

Al final de la fase de discernimiento vocacional y formación básica, el candidato es instituido con el rito litúrgico previsto por el *Pontifical Romano*. Como sugiere la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos:

La «estabilidad» del ministerio [...] además de expresar el hecho de que está «permanentemente» presente en la Iglesia, significa también afirmar que los laicos y las calidades determinadas por decreto de la Conferencia Episcopal, pueden ser asumidos de manera estable (como lectores y acólitos) al ministerio de catequista: esto se realiza por el rito de institución que, por tanto, no puede repetirse (n. 3).

El rito litúrgico muestra así no solo que el pastor reconoce en el candidato una vocación al servicio eclesial, sino que toda la comunidad se alegra de acoger y apoyar al nuevo ministro en su misión.

El ministerio de los catequistas se inserta así plenamente en el seno de la Iglesia local, de la que se genera al servicio del pueblo de Dios. En cuanto a la edad de admisión, lo que ya está escrito en el documento de la Conferencia Episcopal Italiana, *I ministeri nella Chiesa*, publicado en 1973, que en el n. 9 estableció el límite de 21 años, luego elevado a 25 años en la resolución n. 21 de 18 de abril de 1985. En cuanto a la duración, el ministerio se confiere por un período inicial de cinco años, seguido de una verificación realizada por el obispo junto con un equipo encargado de ello. A la luz de esta verificación, será posible confirmar el ejercicio del ministerio, teniendo en cuenta el cambio en las condiciones de vida del ministro instituido y las siempre cambiantes necesidades eclesiales. Terminado el tiempo de ejercicio del ministerio instituido, las comunidades están llamadas a no desperdiciar la riqueza pastoral del servicio prestado, sino a valorarla en relación con otros ministerios que son de hecho necesarios para la edificación del cuerpo de Cristo. Finalmente, en cuanto al tiempo de formación, se prevé al menos un año con la orientación de un equipo diocesano, que podrá continuar la formación en las primeras etapas del ejercicio del ministerio.

BALANCE

«La realidad es superior a la idea. [...] El criterio de la realidad, de un Verbo ya encarnado y que busca siempre encarnarse, es esencial a la evangelización» (EG 233). Tomo prestadas estas palabras del papa Francisco para iniciar mi reflexión precisamente a partir de algunos datos de la realidad, que se me permite ver desde el privilegiado observatorio en el que me encuentro.

En los últimos meses ha habido y habrá análisis de lo que viviremos en los próximos meses: se suele reiterar que la nuestra es la era de la posmodernidad, caracterizada por una cierta fluidez de posiciones, por una rica variedad de la comunicación, de las tendencias a la polarización de las ideas, etc.: además, todo ello forma un cuadro en constante evolución. Las hipótesis de solución deben, por tanto, tener en cuenta las transformaciones que se están produciendo y ser flexibles y acordes con los tiempos.

Huyendo por un momento del revoltijo de análisis, quiero partir no tanto de las voces que resuenan en los medios y en las reflexiones de los expertos, sino de las voces más apagadas pero no menos verdaderas. Sobre todo, son las voces de los niños, que impactan con su espontaneidad y eficacia: «No recuerdo lo que era antes del covid»; «Solo tengo un deseo: volver a abrazar a mis abuelos». Hasta las palabras de los adolescentes llegan al corazón: «Estoy perdiendo los mejores años de mi vida»; «Había esperado tanto para poder ir a la universidad, pero ahora siempre me encuentro frente a una computadora». Las voces de los expertos, pues, llaman a confiar en la ciencia, aunque hoy todo el mundo es consciente de lo falible y perfectible que es. Todavía nos alcanza el clamor de médicos y trabajadores de la salud, que piden ser ayudados con un comportamiento social responsable. Y por último, resuenan las palabras de algunos párrocos, junto a sus catequistas y colaboradores pastorales, que ven disminuir el número de actividades y la participación del pueblo en las liturgias, preocupados por no poder volver a los niveles anteriores. Sin embargo, al mismo tiempo está surgiendo la conciencia de que uno no debería simplemente soñar con un retorno a la llamada «normalidad».

De hecho, lo que era normal y obvio en nuestro comportamiento hasta hace unos meses, como un abrazo, de repente descubrimos que ya no lo es. Esto concierne a la sociedad: pero si la pandemia está reconfigurando la vida cotidiana, ciertamente lo está haciendo también dentro de la comunidad cristiana, con sus actividades y rituales. También en el presente año pastoral, todavía marcado por la pandemia del covid-19 y sus efectos, se siente la necesidad de sostener la pasión y el deseo, mezclados con las penalidades y quizás también con las desilusiones, de los catequistas, religiosos y religiosas, párrocos, parroquias, asociaciones y movimientos, para el anuncio del evangelio y la catequesis. Nadie tiene una solución única y segura para lo que está pasando y sobre todo para lo que nos queda por delante. Sin embargo, todos nos vemos obligados a salir de la zona de confort tradicional: desde los párrocos hasta los catequistas, desde los obispos hasta los expertos, desde los más fervientes creyentes hasta los no creyentes. Una petición común y apremiante es que la Iglesia hable a la vida ordinaria y cotidiana de la gente. Impulsada por el advenimiento de un nuevo escenario cultural, la comunidad cristiana ha madurado, o está madurando, la necesidad de recuperar la posesión de su finalidad redescubriendo el sentido último de su misión: facilitar y mediar el encuentro entre el hombre y Dios es la tarea eclesial más urgente de nuestro tiempo.

El retorno del sentido religioso, aunque no en términos convencionales, es expresión no solo de una lucha por vivir, sino sobre todo de una incontenible demanda de sentido. La visión cristiana de la salvación anuncia que la compañía de Dios tiende a aligerar la vida humana de los pesos con que se carga inconscientemente, a liberarla de las cadenas con las que muchas veces ensaya su propio poder, a abrirse paso por aquellos lugares donde, por miedo a la elección, tiende a retirarse. Y, sobre todo, el cristianismo se presenta como horizonte de sentido de la vida, releído en la lógica de la Pascua de Cristo. La fidelidad a este mensaje de liberación y salvación debe llevar a la comunidad cristiana a repensar las formas de su presencia en una sociedad posmoderna, sin precipitaciones y sin cierres rígidos en dirección a un pasado excesivamente idealizado.

II. Posibles horizontes

Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo (Ap 3,20).

La revelación en cada página de la Biblia se compara con la historia. Un Dios que se revela en el devenir del tiempo, en las historias de hombres y mujeres, en la construcción de comunidades de hombres y mujeres. La Biblia nos habla de un Dios que participa de la vida, iluminándola, transformándola y orientándola en una nueva dirección, revelando las estructuras de pecado que acechan en ella.

A grandes rasgos, se podría decir que hoy en día la idea de la «encarnación» de lo divino en lo humano ha desaparecido de la conciencia de muchos. Si hasta hace veinte años el «peligro» para la Iglesia era el ateísmo, hoy es más bien el relativismo que, en definitiva, es una variante del indiferentismo. Pocos niegan en nuestros días que «Dios existe» y muchos, de hecho, se inclinan a admitirlo; el problema es que este Dios no tiene impacto en los humanos. «Dios existe», pero está relegado al cielo; «existe», pero para sí mismo. De lo que hoy se trata no es tanto de la existencia como de la presencia de Dios. La crisis de la encarnación significa, pues, la dificultad de reconocer la incidencia de lo divino en lo humano, de admitir que lo humano puede llevar en sí lo divino. Paradójicamente, por lo tanto, es más difícil creer en el hombre que en Dios: hoy, el hombre es el tema crucial.

La consecuencia es la progresiva devaluación del hombre, de su esencia y de sus relaciones temporales y espaciales (sociedad, mundo). La crisis antropológica parece haber llegado al punto de reconocer en el hombre solo un elemento insignificante del gran devenir del universo. Un hombre así entendido no tiene —evidentemente— suficiente dignidad para ser «capaz» de llevar en sí lo divino. Si se relega a Dios a la esfera celeste —y, por consiguiente, se aplasta al hombre sobre la terrena—, toda mediación entre lo divino y lo humano se vacía de valor: los dos polos quedan separados, ya no pueden unirse. La figura de Cristo, mediador entre Dios y los hombres, y la vida de la Iglesia, enviada para hacer presente a Dios a los hombres, siguen

siendo incomprensibles. Toda «encarnación» de lo divino en lo humano está en crisis: Dios está lejos y cuesta verlo presente en Jesús de Nazaret y en una Iglesia formada por hombres y mujeres. Un Dios encarnado ocupa necesariamente un espacio y un tiempo, crea vínculos entre los hombres (comunidad) y con el mundo (cuerpo, materia). A un Dios encarnado, por tanto, se llega necesariamente a través de una comunidad y un camino que valora el cuerpo y la materialidad. A un Dios desencarnado, en cambio, se llega a través de un camino individual y de un desprendimiento progresivo del cuerpo hacia la esfera del espíritu. La crisis de la Iglesia en la conciencia de muchos parece ser, pues, un aspecto de la crisis más general de la antropología, particularmente en la esfera fundamental de la relación entre lo humano y lo divino.

LA DIFICULTAD DE HACER CONEXIONES ENTRE FE Y VIDA:
¡UNA REFLEXIÓN PERSONAL EN VOZ ALTA!

Fuerte es la depresión que anima nuestros contextos catequísticos. Pero con paradojas evidentes y emblemáticas de la temporada que atravesamos.

En realidad hay un signo que es uno de los dones más preciosos que vive hoy la comunidad cristiana: los catecúmenos. ¡Todavía hay gente que se convierte! ¡Aceptan el desafío del evangelio para una vida «nueva»! ¡Adultos que tienen historias de vida extraordinarias! Historias de vida que dan testimonio de la apertura de la humanidad a Dios.

Y, sin embargo... ¡todavía es difícil reconocerlo como un momento generativo! El drama de los niños distraídos o no involucrados en nuestros cursos de catequesis aún prevalece y hace más ruido... un adulto que pide emprender el camino de la vida cristiana no es noticia. Tal vez hasta se lo mire con recelo... ¡porque la normalidad es otra cosa!

Pero ¿puede la gracia de Dios estar contenida en nuestros esquemas? ¿Hay normalidad en el movimiento rugiente del Espíritu Santo? ¿Podemos pensar en controlar, gestionar, influir en un encuentro transformador?

Asistimos a un proceso de duelo difícil: no podemos aceptar que los niños y jóvenes no quieran ir a las parroquias, que los adultos y los padres no se involucren, que los jóvenes busquen en otros lugares espacios en los que probarse...

De ahí el drama: ¿tiene todavía sentido el evangelio? ¿Sigue siendo viable la vida cristiana? ¿No deberíamos ser un poco más modernos?

Si se me permite: no son las anotaciones correctas y no ayudan a construir... pero bloquean.

Bastaría saborear la narración bíblica para darse cuenta de que Dios nunca se entrega a los proyectos humanos, sino que siempre cada encuentro es una sorpresa que hace evolucionar.

Hoy hay una demanda creciente de cambiar la catequesis... (¡El cómo, el qué y el quién!). Pero vista más de cerca, la petición está fundamentalmente ligada a cómo involucrar e interesar a los niños en el hecho cristiano..., cómo involucrar a los padres..., cómo elegir padrinos o madrinas..., ¿cómo administrar los sacramentos? Preguntas indudablemente legítimas pero parciales.

¡Aceptaría con gusto el desafío de «cambiar» la catequesis! Pero en el sentido más profundo de la petición sabiendo que la catequesis está impulsada por un proceso fundamental que es necesario redescubrir: ¡anuncio, conversión y profesión de fe! ¡Un proceso que precede a la vida sacramental que abre la existencia a la nueva vida de relación y fraternidad!

Esto significaría entonces: la primacía de la Palabra de Dios, la conciencia y sus dinamismos, la significación educativa, la conexión entre fe y vida, la comunidad, el mundo...

Una provocación: ¿se puede cambiar?

— En la historia hay básicamente cuatro modelos de catequesis...

— ¡La experiencia italiana está llena de pautas y reglas que no siempre se han convertido en práctica!

- ¡Pero cada iglesia local lo está intentando!
- ¡Cambiar las palabras (evangelización, anuncio...) no resuelve el problema de la conexión entre el evangelio y la vida!
- Hay limitaciones obvias en nuestro sistema: pero el evangelio no está fuera de tiempo ni pasado de moda...
- Hay otros déficits: algunos reconocibles, otros más disimulados...

Por eso no es posible cambiar solos... ¡sino que se necesita una verdadera acción coral!

El criterio fundamental para ser «Iglesia» se mide en tres grandes experiencias: la comunidad que proclama, celebra y teje la red de fraternidad.

¿Quién custodia el anuncio, la celebración y la fraternidad? La respuesta es: toda la comunidad cristiana, el pueblo de Dios en la variedad de sus carismas. Los pastores testifican que los dones de la palabra, de los sacramentos y de la caridad fraterna vienen del Señor, pero no son sus mediadores ni sus poseedores: con razón el papa Francisco advierte a menudo contra el riesgo del clericalismo, síntoma y causa de malentendidos, de penurias, e incluso abusos de poder y de conciencia en la Iglesia.

Los pastores humanos, a los que los fieles están inmensamente agradecidos, son los ministros de la gracia, son los «colaboradores de la alegría» de la comunidad cristiana (cf. 2 Cor 1,24), son los signos vivos de que Cristo mismo, como el único Buen Pastor, reúne a su rebaño y lo alimenta.

Toda la comunidad proclama la Palabra de Dios, celebra la eucaristía y teje la red de la fraternidad. El pastor —presbítero u obispo— «preside» la misión de todo el pueblo de Dios. Como escriben san Agustín y san Gregorio Magno, presidir debe entenderse como «ser para» (ser pre-venido a beneficiarse: cf. respectivamente *La ciudad de Dios*, 19,19 y *La regla pastoral*, 11,6) y nunca como «dominante» (cf. 1 Pe 5,3): favorecer la misión de todos y ciertamente no absorberla en uno mismo ni obstaculizarla.

El hecho de que la Iglesia no sea una «democracia» no significa que sea una «monarquía». La Iglesia es, de hecho, un «sínodo». El Concilio Vaticano II, recuperando las perspectivas del Nuevo Testamento y de la tradición, volvió a poner en primer plano la visión de la Iglesia como pueblo de Dios en camino a lo largo de la historia. Y ha iniciado un proceso de «sinodalidad» que pasa también por algunos instrumentos de participación y corresponsabilidad en la vida de la Iglesia.

CATEQUESIS ENTRE UN «YA Y TODAVÍA NO...»

«¿Qué debemos hacer?» es la pregunta recurrente que se hacen los catequistas, hombres y mujeres, párrocos y, en general, las comunidades parroquiales. El resquebrajamiento de esquemas y costumbres catequísticos y pastorales son preguntas regeneradoras que, al examinarlas más de cerca, se han planteado las comunidades cristianas de todos los tiempos.

Es el mismo evangelio, por otra parte, el que, habitando la historia, insta a la Iglesia a mediar y facilitar un encuentro vital con un Dios que está constantemente en busca de cada hombre y mujer.

La temporada de pandemia ha sacado a relucir contradicciones y tensiones en nuestra forma de ser, o de intentar mostrarnos, una comunidad atractiva y proactiva. Situaciones ya abundantemente descritas y analizadas. Pero cierta pereza, a menudo disfrazada de disculpa superficial, ha frustrado o debilitado cualquier intento de desarrollar herramientas para perseguir el objetivo de la evangelización.

«El futuro nunca será como lo imaginamos, pero la pandemia ya ha revelado cuántas retóricas (y creencias) urbanas han contribuido a alimentar la visión del futuro»¹. El devenir del tiempo y de la historia, a pesar de la tragedia del evento pandémico, ofrece a la comunidad de hombres y mujeres y también a la comunidad cristiana la posibilidad de generar y acompañar las transiciones necesarias, con la valentía de liberarse de visiones engañosas y divergentes.

¹ E. GRANATA, *Placemaker* (Einaudi, Torino 2021), 140.

Se vuelve imprescindible aprender a hacer las preguntas adecuadas para habitar el tiempo cotidiano que se nos regala como un bien preciado. Quizá aquí resida una posible intuición para la catequesis: vivir la cotidianidad. Como acto de la comunidad cristiana, hace eco de la inaudita Palabra de Dios que nos habla con gestos y palabras. Por otra parte, esta es la actitud del Dios bíblico, que en primera instancia acoge al hombre tal como es: sin embargo, no lo deja tal como es, sino que lo hace evolucionar en el respeto de su libertad. Podemos intentar aprender este estilo bíblico: acoger a las personas en la realidad de su vida, comprenderlas en profundidad y ofrecerles caminos de crecimiento en la fe.

Hay algunas preguntas que podrían alimentar una mentalidad diferente en la propuesta catequética: ¿cómo podemos ayudar a las personas a experimentar las diferentes fases y los diferentes momentos de la vida a la luz del evangelio? ¿Cómo podemos ayudar a las personas a vivir las diferentes fases y los diferentes momentos como un «lugar» de encuentro con el Señor? ¿Cómo podemos sintonizarnos con los procesos de crecimiento de las personas y sus pasajes críticos para que la vida de fe crezca también a través de ellos?

El dinamismo de autotranscendencia de la conciencia humana, el deseo de verdad, belleza, bondad, amor que habita el corazón de cada hombre son transversales a diferentes épocas. Pero este dinamismo y este deseo se declinan en su propia forma según los momentos de la vida. Hay un principio de unidad y diferenciación en la biografía de cada hombre que es importante tener en cuenta en el servicio de anuncios. Guardini lo expresa bien cuando habla de «dialéctica de las fases y de la totalidad de la vida». Cada fase es algo peculiar, que no se puede deducir de la anterior, ni de la siguiente. Por otro lado, sin embargo, cada fase se inserta en la totalidad y obtiene su sentido solo si sus efectos afectan realmente a la totalidad de la vida².

Para regenerar un «nuevo» servicio al evangelio necesitamos una comunidad, un nosotros, que sea un «socio» fiable y creíble. Los catequistas

² Cf. R. GUARDINI, *L'età della vita, Vita e Pensiero* (Brescia), 15-16.

deben entenderse a sí mismos como un signo visible y cotidiano de credibilidad confiable.

«El hombre moderno escucha con más gusto a los testigos que a los maestros, o si escucha a los maestros es porque son testigos»³. Así se expresó Pablo VI con una expresión que se ha mantenido célebre. Por supuesto, el testimonio se refiere más allá del propio testigo, a otro evento. El «testigo», en efecto, no se propone a sí mismo, sino que da fe del acontecimiento que ha visto y oído y del que ha sido «hecho partícipe». Como cuando alguien es llamado a declarar en un juicio sobre un hecho: el «testigo» debe certificar lo que realmente sucedió. Por supuesto que debe ser creíble, pero el evento del que habla es lo que realmente interesa a sus oyentes.

El tema del testimonio adquiere en nuestros días una relevancia que parece desbordar el ámbito estrictamente religioso. La experiencia de la pandemia también ha llevado a una desconfianza más o menos generalizada hacia la ciencia y los científicos: ha ido mucho más allá de la legítima prudencia y verificación de las declaraciones ajenas. Desde el punto de vista de la fe, esta situación invita a reflexionar sobre el tema de la confianza. La vida se basa en la interacción entre sujetos, que se apoyan unos en otros: sería paranoico y paralizante pretender verificar cada uno de los aspectos del mundo en que vivimos. Pero ¿qué es la confianza? ¿Cuál es la dinámica interna que lleva a un adulto a confiar en el otro? ¿Cómo se puede medir la confiabilidad de una persona? Estas preguntas no son académicas, pero son sumamente candentes y cotidianas en contextos como el de la psicología forense, las investigaciones preliminares y el poder judicial investigador y juzgador.

En el contexto de la catequesis se repite a menudo que el catequista es más importante que el catecismo. Así se transmite la idea de que quien transmite la fe es el primer contenido de la fe misma: los niños son los primeros, por ejemplo, en percibir la autoridad del catequista, incluso antes que los argumentos que transmite. Pero ¿qué hace que

³ PABLO VI, *Discurso a los Miembros del «Consilium de Laicis»*, 2 octubre 1974, en AAS 66, 1974, 568. Texto retomado en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 8 diciembre 1975, 41.

un testigo sea confiable? ¿Qué convierte a un adulto en una figura de autoridad? ¿Y cuáles son las posibles distorsiones, incluso involuntarias, en el testimonio? El mundo de la catequesis podría fructificar de una reflexión sobre las dinámicas que conciernen precisamente a la fiabilidad y al testimonio fiable.

Por eso, un verdadero renacimiento de la catequesis solo puede pasar por saberse constantemente en un «ya y todavía no» que, visto de cerca, no es otra cosa que el devenir de la vida en su cotidianidad, siempre tendiendo la mano en busca de alguien que quiere amarte y solicita dejarse amar. Una vez encontrado ese «alguien», no se deja de crecer en la confianza en uno mismo, ejerciendo constantemente una sana salida de los estrechos confines de uno mismo.

Una catequesis capaz de proponer el deseo de Dios es algo que mantiene abierta continuamente la dialéctica entre la duda y la certeza. No hay creyente que sea inmune a la duda y para romper esta dialéctica, esta tensión crea nihilismo por un lado (todo se cuestiona, nada existe) y fundamentalismo por otro (solo hay certeza, no hay dudas, yo soy). Mantener abierta esta pregunta del infinito, no imponer la respuesta sino mantener abierta la pregunta, es algo que nos permite mantener esa tensión virtuosa entre la duda y la certeza que es lo que impide el totalitarismo por un lado y el nihilismo por otro.

Para nuestros días es vital una catequesis que sepa proponer la experiencia de la fe como «aceite y vino» para nuestra humanidad. Una cultura en la que la dimensión de lo físico y lo sensorial ha vuelto a cobrar una importancia abrumadora, la comunicación, la búsqueda de la necesidad de Dios, la comunicación con las personas en busca de Dios, no puede pasar simplemente por la dimensión intelectual; no puede ser abstracto y estar hecho solo de discursos. Es necesario interceptar estas nuevas necesidades, entre ellas una necesidad de fisicalidad, una necesidad de relación corporal con las personas; una corporalidad que, sin embargo, no es idólatra, que es suficiente en sí misma, que es un fin, pero una corporalidad que de alguna manera puede ser subsumida por un amor que nos embellece, que hace del cuerpo no solo un objeto, sino el lugar de oportunidad de conectar con otros. Sobre el modelo

de lo que hizo Jesús, que se hizo carne; no era espíritu, se hizo carne, vino entre nosotros y se dejó tocar por la Magdalena; tocó a la mujer de la hemorragia, untó el barro en los ojos del ciego. El papa Francisco relanza en *Evangelii gaudium* la espiritualidad de la pregunta (que ya era de GS). El «evangelio invita ante todo a responder al Dios que nos ama y que nos salva, reconociéndolo en los demás y saliendo de uno mismo para buscar el bien de todos» (EG 39).

EXCEDENCIA: VIVIENDO EL DÍA CON VALENTÍA, CREDIBILIDAD Y CONFIABILIDAD

El Concilio Vaticano II, que comenzó el 11 de octubre de 1962. Este evento, el gran don del Espíritu Santo a la Iglesia del siglo xx, fue precedido por una bula escrita en la Navidad del año anterior, que perfila el propósito del Concilio: poner en contacto las energías vivificantes del evangelio con el mundo contemporáneo. Propuesta para hoy: cuidar a la persona para que no se aleje de los desafíos de la vida.

Pablo VI en la última sesión pública del Concilio Vaticano II, el 7 de diciembre de 1965, afirmó: «La Iglesia del Concilio, sí, estaba muy ocupada, tanto consigo misma como con la relación que la une con Dios, con el hombre, con hombre tal como se presenta hoy [...]. La antigua historia del samaritano fue el paradigma de la espiritualidad del Concilio».

Esta frase es el programa fundamental del Concilio Vaticano II: poner el evangelio en contacto con el mundo. El papa no dice que el propósito del Concilio sea renovar la Iglesia, o recordar la importancia de la Iglesia, o aumentar el número de miembros de la Iglesia..., pero inmediatamente pone a la Iglesia «al servicio», porque la Iglesia existe para poner el evangelio con el mundo.

El comienzo de la constitución *Gaudium et spes* sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo, que comienza así: «Las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de hoy, especialmente de los pobres y de los que sufren, son las alegrías y las esperanzas, las tristeza y angustia de los discípulos de Cristo, y no hay nada auténticamente humano que les sea ajeno». Una vez más, la Iglesia y el mundo

se entrelazan: los cristianos son esa parte del mundo que comparte inquietudes y esperanzas a la luz de Cristo.

Bueno, esa es la razón por la que buscamos compañerismo.

Lo hacemos porque confiamos en que su Palabra, que la Iglesia proclama, pueda encontrar, unir y reconciliar a toda mujer ya todo hombre. La Iglesia solo puede estar en la misma longitud de onda: es lo inédito del evangelio lo que la impulsa a no preocuparse por sí misma, sino a entregarse libremente a lo que su Esposo ama, ¡cada hombre y cada mujer! Por eso, como enseñó Pablo VI, «la Iglesia debe entrar en diálogo con el mundo en el que se encuentra viviendo. La Iglesia habla; la Iglesia se convierte en mensaje; la Iglesia se convierte en conversación» (*Ecclesiam suam*, 67). Y lo hace todos los días, sin demora.

La constitución pastoral *Gaudium et spes* nos muestra tres caminos por los que caminar juntos, entre los creyentes y con todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

- El primer camino se refiere a la práctica continua de esa actitud que inerva todo el documento: el discernimiento de los «signos de los tiempos». Surge de una clara conciencia de que la Iglesia no se opone al mundo, sino que está en una relación de mutua «copertenencia» con él, que no puede dejar de compartir solidariamente con todo lo que es verdadero en el mundo, correcto, bueno y hermoso.
- La segunda pista nos lleva directamente al corazón de la *Gaudium et spes*: el ser humano, considerado en toda su dignidad de persona. Es el ser humano quien establece el vínculo entre la Iglesia y el mundo. Es a la humanidad a la que la Iglesia está llamada a servir, para que el plan de Dios y de su amor se realice plenamente.
- El tercer eje se refiere al carácter ministerial de la Iglesia, es decir, una Iglesia que se pone al servicio de Dios y de su reino y, precisamente por eso, al servicio de la humanidad y, como nos recuerda el papa Francisco, de fraternidad universal y cuidado de la casa común.

Algunos ingredientes fundamentales para crear conexiones

Comunidad. La comunidad no está dada *a priori* y no corresponde totalmente a la parroquia, aunque esta sea el lugar eclesial natural en el que imaginarse ser una comunidad que se reinicia. Juntos y en la parroquia, sin embargo, no deben olvidarse las asociaciones y movimientos, que a menudo tienen su «campo base» en la parroquia, pero que también desarrollan caminos pastorales específicos, como los vinculados a la iniciación cristiana o al apostolado ambiental. En realidad, la comunidad es ante todo un lugar interior y luego relacional, de escucha, de narración, de confrontación con la Palabra de Dios y de anuncio. Ya no se puede suponer que quienes se reúnen para la eucaristía sean comunidades. Tampoco podemos olvidar a las personas que se han alejado ya las que por diversas razones les resulta difícil restablecer una relación con la Iglesia. La tarea de los formadores y catequistas es restablecer los lazos en nombre del evangelio. Las estructuras parroquiales y diocesanas están, por tanto, llamadas a renovarse, pasando de los proyectos tradicionales a la atención a la existencia concreta de las personas (cf. CEI, *Incontriamo Gesù*, 66). Desde este punto de vista, «hacer comunidad» significa impulsar las relaciones, liberándolas de la tentación de la posesión o del número y sacando a relucir la aportación de cada uno. Una mirada contemplativa impregnada de la Palabra de Dios permitirá llevar la vida real a la oración doméstica ya la celebración eucarística.

La catequesis era la comunidad... hoy ya no es un principio válido (catequesis sacramental, etc.).

Los experimentos realizados en Italia atestiguan que han funcionado donde hay una comunidad de adultos.

Escuchar. Escuchar es parte de la espiritualidad bíblica del creyente. Esto supone que usted acepta que aún no tiene una respuesta lista, que no da nada por sentado. La escucha requiere una sana empatía y se adhiere a la realidad de la persona. Solo esta actitud permite sumergir la propia vida en la Palabra de Dios con libertad y sin forzar ni fingir. Solo de esa escucha, fiel a la vida, brota cuidar al otro según sus necesidades

reales y al ritmo de su caminar en la fe, confiando en que el Señor está obrando en cada situación.

Dar tiempo y leer la realidad (por ejemplo, modificación de pasajes de la vida).

Narración. Quien se siente escuchado con amor habla de sí mismo ante el rostro del Padre, que Jesús le ha revelado. Enseñar a decirse significa ayudar a reconocerse discípulos de Cristo en la escucha constante del Maestro y de los demás. La catequesis basada en la escucha y la narración a la luz de la Palabra de Dios valora la familia y la comunidad como lugares principales de vida y de fe. La familia y los adultos, con su vida ordinaria, ayudarían a superar el enfoque dirigido únicamente a los sacramentos y la atención casi exclusiva a los niños y jóvenes (cf. CEI, *Incontriamo Gesù*, 29).

La fuerza de la propuesta.

Creatividad. La comunidad cristiana creativa no persigue a toda costa la retórica de lo nuevo, sino que identifica las prioridades y lo esencial del anuncio: el kerigma (cf. FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 164). Un ejemplo de esta creatividad es el anuncio que encuentra espacio en el mundo de las redes sociales. Este nuevo ambiente puede estar al servicio de la catequesis: no sustituye a ese «cuerpo a cuerpo» en el que se expresa físicamente la alegría contagiosa del evangelio (cf. FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 88). Además, el anuncio, que siempre está de manera realista atento al aquí y al ahora de las personas, no puede dejar de tener en cuenta la situación económica y social que se está viviendo. Habitar todos los lugares y lenguas en relación con el anuncio del evangelio es, por tanto, un desafío que exige creatividad y realismo por parte de todos los sujetos eclesiales comprometidos en la evangelización.

Crear conexión (reconciliar opuestos).

Presupuesto para un relanzamiento

En una civilización paradójicamente herida por el anonimato y, al mismo tiempo, obsesionada por los detalles de la vida de los demás, desvergonzadamente enferma de morbo, la Iglesia necesita una mirada

cercana para contemplar, conmoverse y detenerse frente al otro todas las veces que sea necesario. En este mundo, los ministros ordenados y otros agentes pastorales pueden hacer presente la fragancia de la presencia cercana de Jesús y su mirada personal. La Iglesia deberá iniciar a sus miembros —sacerdotes, religiosos y laicos— en este «arte del acompañamiento», para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias frente a la tierra sagrada de los demás (cf. Ex 3,5). Debemos dar a nuestro camino el sano ritmo de la proximidad, con una mirada respetuosa, llena de compasión pero que al mismo tiempo nos cura, nos libera y nos anima a madurar en la vida cristiana (EG 169).

Algunas perspectivas:

- Encontrar caminos creativos para el evangelio.
- Imaginar la Iglesia del mañana.
- Dar cabida a nuevas figuras eclesiales.
- Generar más humanidad en el cristiano.
- Ser levadura en la sociedad.

Los que retoman el camino de su seguimiento.

La reiniciación cristiana a la luz de la enseñanza del *Directorio para la catequesis*

Adolfo Ariza Ariza

Delegado diocesano de catequesis de Córdoba

El *Directorio para la catequesis* describe la evangelización como «un proceso eclesial, inspirado y sostenido por el Espíritu Santo» en el que, entre otras tareas, se inicia en la fe y en la vida cristiana también a los que «retoman el camino de su seguimiento» (DC 31) incorporándolos y conduciéndolos a la comunidad cristiana. Sin lugar a duda, nos encontramos ante «uno de los principios que sustenta el esqueleto del *Directorio*» como es el «contemplar la evangelización como un proceso vivo que se fundamenta en la acción espiritual [...] un proceso alargado en el tiempo en el que el Espíritu Santo va haciendo su obra en el interior del hombre que libremente acoge su acción y la secunda»¹.

Por tanto, si «evangelizar significa no solo habitar en un territorio, sino suscitar procesos espirituales en la vida de las personas para que la fe eche raíces y sea significativa» (DC 43), se hace especialmente necesaria, desde la enseñanza del *Directorio para la catequesis*, la reflexión acerca de la iniciación a la fe y a la vida cristiana —reiniciación— de aquellos que o bien han retomado el camino del seguimiento de

¹ F. J. ROMERO GALVÁN, «El proceso de la evangelización es una acción espiritual», en ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE CATEQUETAS (AECA), *Comentario al Directorio para la catequesis* (Madrid 2022), 239.

Cristo o bien son invitados a retomarlo independientemente de que este proceso, propio de la catequesis de adultos, sea tipificable como catecumenado posbautismal, catequesis de adultos, proceso de reiniciación a la vida cristiana o una nueva iniciación a la fe. La cuestión es apremiante, puesto que, como comenta el *Directorio para la catequesis* al introducir el capítulo VIII sobre «La catequesis en la vida de las personas»: «Todo bautizado, llamado a la madurez en la fe, tiene derecho a una catequesis apropiada. Por tanto, es tarea de la Iglesia responder a esta pretensión de manera satisfactoria» (DC 224)². Lo que está en juego es «el desarrollo normal de la gracia bautismal, que nos engendró en el seno de la Iglesia y nos hizo miembros del cuerpo de Cristo» (CCE 2040).

Ciertamente, no nos encontramos ante una novedad. El *Ritual de la iniciación cristiana de adultos* (6 de enero de 1972), en su capítulo IV cuyo título es «Preparación para la confirmación y la eucaristía de los adultos bautizados en la primera infancia y que no han recibido catequesis», era ya toda una invitación a plantear una catequesis con aquellos adultos que recibieron el bautismo cuando eran muy niños, y después no recibieron ninguna instrucción catequética ni, por tanto, han sido admitidos a la confirmación y a la eucaristía. Aunque tales adultos nunca hubieran oído hablar del misterio de Cristo, sin embargo, su condición difiere de la condición de los catecúmenos, puesto que aquellos ya han sido introducidos en la Iglesia y hechos hijos de Dios por el bautismo. Por tanto, su conversión se funda en el bautismo ya recibido, cuya virtud deben desarrollar después³. Por la misma razón que en el caso de los catecúmenos, la preparación de estos adultos requiere tiempo prolongado, para que la fe infundida en el bautismo pueda crecer, llegar a la madurez y ser grabada plenamente por medio de la formación pastoral que se les proporciona⁴.

² El mismo *Catecismo de la Iglesia católica* incide en esta misma idea cuando plantea: «Por su naturaleza misma, el bautismo de niños exige un catecumenado posbautismal. No se trata solo de la necesidad de una instrucción posterior al bautismo, sino del desarrollo necesario de la gracia bautismal en el crecimiento de la persona» (CCE 1231).

³ Cf. RICA 295.

⁴ Cf. RICA 296.

Ya san Juan Pablo II expresaba esta misma inquietud en la exhortación apostólica *Catechesi tradendae* (16 de octubre de 1979) al considerar como «la edad y el desarrollo intelectual de los cristianos, su grado de madurez eclesial y espiritual y muchas otras circunstancias personales postulan que la catequesis adopte métodos diversos»⁵. Pero también incluso, como no podría ser de otra manera, los dos directores catequéticos precedentes se han hecho eco también de esta misma inquietud. Así, el mismo *Directorio catequístico general* (11 de abril de 1971) recogía la preocupación: «La catequesis de suyo propone una adhesión global al evangelio de Cristo, propuesto por la Iglesia. Sin embargo, a veces se dirige a hombres que, aunque pertenecen a la Iglesia de hecho, nunca tuvieron una verdadera adhesión personal al mensaje revelado»⁶. El *Directorio general para la catequesis* (15 de agosto de 1997) lo expresaba en los siguientes términos al describir la labor evangelizadora de la Iglesia: «Inicia en la fe y vida cristiana, mediante la catequesis y los sacramentos de iniciación, a los que se convierten a Jesucristo, o a los que reemprenden el camino de su seguimiento, incorporando a unos y reconduciendo a otros a la comunidad cristiana»⁷.

En este mismo sentido, el magisterio del papa Francisco en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013), en su descripción de una «Iglesia en salida» «con las puertas abiertas», hace una llamada a ir a las «periferias humanas» en las que se encuentra aquel «que se quedó al costado del camino»⁸. Es más, esta Iglesia habrá de entenderse «como el padre del hijo pródigo, que se queda con las puertas abiertas para que, cuando regrese, pueda entrar sin dificultad»⁹.

También en este orden de las cosas es necesario y especialmente clarificador volver a traer a colación la propuesta de la instrucción de la Conferencia Episcopal Española *La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones* (27 de noviembre de 1998) que, haciéndose eco de importantes

⁵ JUAN PABLO II, exhortación apostólica *Catechesi tradendae* (16 de octubre de 1979), 51.

⁶ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio catequístico general* (11 de abril de 1971), 18.

⁷ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio general para la catequesis* (15 de agosto de 1997), 48; 274.

⁸ FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013), 46.

⁹ *Ibid.*

documentos que en la Iglesia han subrayado la necesidad de evangelizar de nuevo a los bautizados de las viejas Iglesias de Europa¹⁰, nos invitaba a considerar «la necesidad de un anuncio misionero que introduzca a estos alejados en un proceso de “reiniciación” cristiana»¹¹.

En esta estela, pero evidentemente con sus propios acentos, se va a situar la reflexión del *Directorio para la catequesis* por el que se hace especialmente accesible, para una honda comprensión de la reiniciación, todo el bagaje de inspiración de lo que han sido los sínodos *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana* (2012); *La vocación y la misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo* (2015); y *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional* (2018).

1. Convicciones sobre las que se inspira la presente reflexión

La catequesis no puede ser ajena al gran proceso de renovación que la Iglesia está llamada a realizar (cf. DC 1). Ahora bien, ¿qué implicaría este proceso de renovación a la «reiniciación» a la luz de la enseñanza del *Directorio para la catequesis*? No en vano, la intención que guía en la redacción del *Directorio* es la de profundizar en la función que tiene la catequesis en la dinámica de la evangelización (cf. DC 5). Pero todavía cabría formular más interrogantes: Si «la renovación teológica de la primera mitad del siglo pasado evidenció la necesidad de una comprensión misionera de la catequesis» (DC 5), ¿cómo llevar esta inspiración a la «reiniciación»? ¿Cuál es el quehacer desde las claves de una transformación misionera que motiva la conversión pastoral (cf. DC 5)?

La respuesta a estos interrogantes constituye el objeto del presente artículo. Pero antes, tal vez sea oportuno evocar una serie de convicciones que brotan del estudio del *Directorio para la catequesis* y que de seguro arrojarán luz antes de formular las cuestiones más específicas y pormenorizadas.

¹⁰ EN; CT; Sínodo extraordinario de 1985; ChL; etc.

¹¹ LXX ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones* (27 de noviembre de 1998), 125. Cf. *Ibid.* 63.

En primer lugar, es muy importante tener presente en todo momento que «el alumbramiento de la fe es el gran reto al que en la actualidad se enfrenta la Iglesia»¹². Por lo que la Iglesia misma es llamada a redescubrirse una y otra vez en un acoger «con obediencia y gratitud esta acción misteriosa del Espíritu» (DC 23).

En segundo lugar, conviene traer a colación un punto capital de la Introducción del *Directorio para la catequesis* (DC 4) en el que se indican las perspectivas transversales que se dan a lo largo del documento. La quinta de estas indicaciones es especialmente sugestiva, a mi modo de ver, si se pretende reflexionar sobre la iniciación a la fe y a la vida cristiana de aquellos bautizados que «retoman» el seguimiento de Cristo. En concreto formula lo siguiente:

Se reconoce el papel fundamental de los bautizados. En su dignidad propia de hijos de Dios, todos los creyentes son sujetos activos en la tarea catequizadora, no usuarios o receptores pasivos de un servicio y, por ello, llamados a convertirse en auténticos discípulos misioneros (DC 4f).

Desde esta perspectiva habrá de entenderse que no solo los que intervienen como catequistas lo hacen en virtud del bautismo recibido, sino que también el catequizando, en cuanto portador de una gracia, es protagonista de su proceso.

En tercer lugar, es oportuno señalar otro dato aportado por la enseñanza del *Directorio para la catequesis* por lo que tiene de especialmente significativo a la hora de establecer el objeto de estudio del presente artículo:

La comprensión que actualmente se tiene de los dinamismos formativos de las personas, exige que la íntima comunión con Cristo, señalada por el magisterio anterior como objetivo último de la propuesta catequética, no solo se considere como un valor en sí, sino que tenga en cuenta el proceso de acompañamiento que supone. De hecho, la interiorización del evangelio supone un proceso complejo que implica a toda la persona

¹² J. C. CARVAJAL BLANCO, «Una catequesis que articula el anuncio y la iniciación en la vida cristiana», en ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE CATEQUETAS (AECA), *Comentario al Directorio para la catequesis* (Madrid 2022), 173.

en su propia experiencia de vida. Solo una catequesis comprometida en que cada persona pueda madurar su propia y original respuesta de fe podrá lograr el objetivo indicado (DC 3).

Por tanto, es necesario no perder de vista, en ningún momento, un horizonte muy claro: «El evangelio no se dirige al hombre en abstracto, sino a cada hombre real, concreto, histórico y enraizado en una situación particular y marcado por dinámicas psicológicas, sociales, culturales y religiosas»; porque «cada uno ha sido comprendido en el misterio de la redención¹³» (DC 224). Desde esta perspectiva adquiere una mayor incisividad, si cabe, la invitación del papa Francisco a llevar a cabo...

... una pedagogía que lleve a las personas, paso a paso, a la plena asimilación del misterio. Para llegar a un punto de madurez, es decir, para que las personas sean capaces de decisiones verdaderamente libres y responsables, es preciso dar tiempo, con una inmensa paciencia. Como decía el beato Pedro Fabro: «El tiempo es el mensajero de Dios»¹⁴.

En cuarto y último lugar, es también necesario conectar con el espíritu del *Directorio*, no ajeno precisamente al espíritu de *Evangelii gaudium*, cuando invita a superar el «siempre se ha hecho así»¹⁵, al invitarnos a un verdadero discernimiento y al más sano de los realismos:

¹³ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptor hominis* (4 de marzo de 1979), 13.

¹⁴ FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013), 171.

¹⁵ La enseñanza al respecto del papa Francisco es bastante explícita: «La pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del “siempre se ha hecho así”. Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades. Una postulación de los fines sin una adecuada búsqueda comunitaria de los medios para alcanzarlos está condenada a convertirse en mera fantasía» (FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 33). Y en otro pasaje añade: «Así se gesta la mayor amenaza, que “es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad” (J. RATZINGER, *Situación actual de la fe y la teología*. Conferencia pronunciada en el Encuentro de Presidentes de Comisiones Episcopales de América Latina para la doctrina de la fe, celebrado en Guadalajara, México, 1996, publicada en *L'Osservatore Romano*, 1 de noviembre de 1996. Cf. V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE, *Documento de Aparecida* [29 junio 2007], 12). Se desarrolla la psicología de la tumba, que poco a poco convierte a los cristianos en momias de museo. Desilusionados con la realidad, con la Iglesia o consigo mismos, viven la constante tentación de apegarse a una tristeza dulzona, sin esperanza, que se apodera del corazón como “el más preciado de los elixires del demonio” (G. BERNANOS, *Journal d'un curé de campagne* [París 1974] 135). Llamados a iluminar y a comunicar vida, finalmente se dejan cautivar por cosas que solo generan oscuridad y cansancio interior, y que apolillan el dinamismo apostólico. Por todo esto, me permito insistir: ¡no nos dejemos robar la alegría evangelizadora!» (FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 83).

La propuesta catequética se realiza en contextos que, a veces, cuestionan las formas tradicionales de iniciación y educación en la fe. De hecho, varias Iglesias particulares y locales han emprendido procesos de verificación y renovación de la pastoral, identificando objetivos, elaborando proyectos y poniendo en marcha iniciativas diocesanas, nacionales y continentales. Esta renovación también requiere que las comunidades reformen sus estructuras. Hay una fuerte necesidad de poner todo en clave evangelizadora, como principio fundamental que guía toda acción eclesial. Hasta la catequesis participa en esta transformación misionera, sobre todo creando espacios y propuestas concretas para el primer anuncio y para el replanteamiento de la iniciación cristiana en clave catecumenal. Así, articulándose de manera orgánica con las demás dimensiones de la pastoral, y gracias a un discernimiento pastoral realista, se podrá evitar el riesgo del activismo, empirismo y de la fragmentación de propuestas (DC 297).

Es conveniente no perder de vista que ya no prima una comprensión procesal de la actividad de la Iglesia, sino que «todo ha de ser tamizado por la “nueva evangelización”, ya sea la pastoral ordinaria ya sea la pastoral con los alejados (la antigua nueva evangelización) ya sea la misión *ad gentes*»¹⁶.

2. El contexto en el que se enmarca esta reflexión

De los trazos con los que el *Directorio para la catequesis* dibuja el contexto en el que la Iglesia —«el propio camino eclesial está marcado por dificultades y exigencias de renovación espiritual, moral y personal» (DC 38)— es llamada a acompañar a aquellos que retoman el camino de la fe, cabe destacar el fenómeno del distanciamiento de la experiencia de la fe y de la Iglesia en las Iglesias de antigua tradición (cf. DC 38). La situación invita, además de emplear «los métodos pastorales tradicionales, siempre válidos», a «utilizar también métodos nuevos, usando asimismo nuevos lenguajes, apropiados a las diferentes culturas del

¹⁶ J. C. CARVAJAL BLANCO, *ibid.*, 165.

mundo, proponiendo la verdad de Cristo con una actitud de diálogo y de amistad¹⁷» (DC 41).

A lo ya esbozado, es necesario añadir un factor determinante como es el «gran distanciamiento entre la fe y la cultura» (DC 44). En el contexto de esta ruptura ha de ubicarse la «verdadera revolución antropológica, que tiene también consecuencias en la experiencia religiosa y que desafía fuertemente a la comunidad eclesial» (DC 46) y el «innegable papel que desempeñan los medios de comunicación de masas, los cuales han redefinido las coordenadas humanas básicas» (DC 47). Es obvio que «esta transformación afecta [...] a la esfera de la identidad y la libertad de la persona, así como a las capacidades cognitivas y a los sistemas de aprendizaje» (DC 47). El diagnóstico es claro: «El hombre contemporáneo vive situaciones fragmentarias de las que él mismo se esfuerza por captar el sentido unitario. Esto puede incluso llevar a vivir por separado la fe que se profesa y las experiencias humanas que se viven» (DC 199). Además de que «crecen entre los cristianos formas de indiferencia e insensibilidad religiosa, de relativismo o sincretismo en el contexto de una visión secularista que niega toda apertura a la trascendencia» (DC 322).

El *Directorio para la catequesis*, ya de una forma más específica y directamente referida al objeto de este artículo, en el momento de introducir su reflexión en torno a la catequesis de adultos, invita a considerar la condición particularmente compleja del adulto de hoy. Una condición que no se define por ser precisamente «un período de estabilidad sino como un proceso continuo de reestructuración, que tiene en cuenta la evolución de la sensibilidad personal, el entramado de relaciones, la responsabilidad a la que está llamada la persona». En este «dinamismo vivo» el adulto «reformula continuamente su propia identidad», lo cual afecta inevitablemente a la dimensión religiosa, ya que el acto de fe es un proceso interior íntimamente ligado a su personalidad. Así, «en las etapas de la edad adulta, la fe misma está llamada a tomar diferentes formas, a evolucionar y madurar para que sea una respuesta auténtica y continua a los desafíos de la vida» (DC 257).

¹⁷ BENEDICTO XVI, *Homilía en la misa de clausura de la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos* (28 de octubre de 2012).

Hecho el diagnóstico y en virtud de las implicaciones de este verdadero giro copernicano que propone el *Directorio para la catequesis*, se hace evidente que «cualquier posible camino de fe con los adultos requiere que las experiencias de la vida no solo se tengan en cuenta, sino que sean releídas a la luz de la fe como una oportunidad y, por consiguiente, se integren en el propio proceso de formación» (DC 257). No en vano, «la experiencia humana es constitutiva de la catequesis en su identidad y en su proceso, como también en su contenido y en su método, porque no solo es el lugar donde resuena la Palabra de Dios, sino también el espacio donde Dios habla» (DC 197). Desde esta perspectiva habrá de entenderse la aportación de la catequesis a la evangelización y consecuentemente a la inculturación de la fe:

La aportación específica de la catequesis a la evangelización es el intento de entrar en relación con la vida de las personas, con sus modos de vivir y con los procesos de su crecimiento personal y comunitario. La inculturación, en el fondo, tiene como objetivo el proceso de interiorización de la experiencia de la fe. Esto es aún más urgente en el contexto actual en el que han venido a menos los presupuestos culturales para la transmisión del evangelio, garantizados en el pasado por la familia y la sociedad. El debilitamiento de tales procesos ha puesto en crisis la apropiación subjetiva de la fe. Por tanto, es importante que la catequesis no se centre únicamente en la transmisión de los contenidos de la fe, sino también en el proceso de recepción personal de la fe (DC 396).

La complejidad y las dificultades para llevar la misión de la evangelización a buen término no son ajenas al *Directorio*. Como ya se ha dicho con anterioridad, estamos en una profunda «revolución antropológica» (DC 46). A ello apunta la propuesta de número 41 del *Directorio* al indicar la tipología de interlocutores o de los ámbitos en los que desarrollar la misión evangelizadora: 1) «en el ámbito de la pastoral ordinaria que se lleva a cabo en las comunidades cristianas con estructura eclesiales adecuadas y sólidas» —aunque también se incluyen aquí «los fieles que conservan una fe católica intensa y sincera, expresándola de diversas maneras, aunque no participen frecuentemente del culto»—; 2) el «ámbito de las personas bautizadas que no viven las exigencias del bautismo, no tienen una pertenencia cordial

a la Iglesia y ya no experimentan el consuelo de la fe» —el *Directorio* especifica como incluso «muchos han concluido el itinerario de la iniciación cristiana» y «han seguido ya los caminos de la catequesis o de la educación religiosa en las escuelas»—; 3) «quienes no conocen a Jesucristo o siempre lo han rechazado», a lo que añade «muchos de ellos buscan a Dios secretamente, movidos por la nostalgia de su rostro, aun en países de antigua tradición cristiana» (DC 41).

Pero todavía conviene recoger una serie tipológica más de la propuesta del *Directorio para la catequesis* que ayudará a especificar más la realidad de los destinatarios. En concreto las tipologías de adultos con las que este describe la relación de los adultos con la fe:

Adultos creyentes, que viven su fe y desean profundizar en ella; adultos que, estando bautizados, en realidad no están adecuadamente formados o no han completado la iniciación cristiana, por lo que pueden ser llamados cuasi catecúmenos (CT 44); adultos bautizados que, aunque no viven ordinariamente su fe, buscan sin embargo el contacto con la comunidad eclesial en ciertos momentos particulares de la vida; adultos que vienen de otras confesiones cristianas o de otras experiencias religiosas; adultos que vuelven a la fe católica después de haber tenido experiencias en nuevos movimientos religiosos; adultos no bautizados, a los que se dirige el catecumenado propiamente dicho (DC 258).

Es fácilmente constatable que «la preocupación de la que parte el *Directorio 1971* sobre el abandono masivo de la fe» ha dado paso no ya a un «lamento» sino a la «preocupación por “salir” a las periferias y una renovada y sólida iniciación cristiana en un tiempo “sin tiempos”, por eso “kerigmática” en todo tiempo»¹⁸. El *Directorio para la catequesis* está al servicio del renovado concepto de catequesis y de acción catequizadora de la Iglesia basada en una opción misionera que privilegia el anuncio kerigmático del evangelio, a la vez que también insiste en la necesidad de una maduración o personalización de la fe por parte del creyente. Un nuevo planteamiento capaz de afrontar tanto la «nueva etapa evangelizadora», a la cual el papa Francisco nos

¹⁸ A. GINEL VIELVA, «Continuidad y nuevos acentos en los *Directorios de catequesis 1971-2020*», en ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE CATEQUETAS (AECA), *ibid.*, 55.

invita (cf. EG 1, 17, 261 y 287; cf. DC 38-41); como también seguir asumiendo el desafío de la «nueva evangelización» de san Juan Pablo II¹⁹ y de Benedicto XVI.

3. ¿Cómo entiende propiamente el *Directorio para la catequesis* el acompañamiento de aquellos que «retoman el camino de su seguimiento»?

Como ya se ha dicho con anterioridad una dimensión esencial del proceso evangelizador de la Iglesia (cf. DC 31) es el iniciar en la fe y en la vida cristiana mediante un itinerario catecumenal a «los que retoman el camino de su seguimiento, incorporando a unos y reconduciendo a otros a la comunidad cristiana» (DC 31). En estas personas seguramente se dé «un conocimiento superficial o distorsionado de la fe cristiana» o se trate de «cristianos con una fe debilitada o que se han distanciado de la Iglesia» (DC 33). En definitiva, el ámbito de aquellos que «“conservan una fe católica intensa y sincera, expresándola de diversas maneras, aunque no participen frecuentemente del culto” (EG 14)» (DC 41); «“[...] el ámbito de las personas bautizadas que no viven las exigencias del bautismo, no tienen una pertenencia cordial a la Iglesia y ya no experimentan el consuelo de la fe” (EG 14)» (DC 41). El *Directorio* especifica aún más: «En este grupo, sin embargo, hay muchos que han concluido el itinerario de la iniciación cristiana y que han seguido ya los caminos de la catequesis o de la educación religiosa en las escuelas» (DC 41).

En la definición del contenido propio de este quehacer el *Directorio para la catequesis* parte de una clarificación esencial que está en la entraña de su enseñanza:

Es cierto que, si bien la distinción conceptual entre preevangelización, primer anuncio, catequesis y formación permanente sigue siendo útil, en el contexto actual ya no es posible hacer esta diferencia. En efecto,

¹⁹ JUAN PABLO II, *In Portu Principis, ad episcopos Consilii episcopalis Latino-Americani sodales* (9 de marzo de 1983), en AAS 75 (1983), 771-779.

por una parte, quienes hoy piden o ya han recibido la gracia de los sacramentos a menudo no tienen una experiencia personal de la fe o no conocen íntimamente su fuerza y su ardor (DC 56).

Es vital conectar con la trascendencia que el *Directorio para la catequesis* concede al catecumenado como fuente de inspiración para toda catequesis.

Por su carácter misionero, el catecumenado también puede inspirar la catequesis de aquellos que, aunque ya han recibido el don de la gracia bautismal, no disfrutan realmente de su riqueza²⁰. En este sentido se habla de inspiración catecumenal de la catequesis o de catecumenado posbautismal o de catequesis de iniciación a la vida cristiana. Esta inspiración no olvida que los bautizados «ya han sido introducidos en la Iglesia y hechos hijos de Dios por el bautismo. Por tanto, su conversión se funda en el bautismo ya recibido, cuya virtud deben desarrollar después (RICA 295)» (DC 61).

De este modo se entiende, en función de los diferentes sujetos, dentro de las tres propuestas catecumenales que propone el *Directorio para la catequesis*, la catequesis de inspiración catecumenal «para aquellos que han recibido los sacramentos de la iniciación pero que aún no están suficientemente evangelizados o catequizados, o para aquellos que desean retomar el camino de la fe» (DC 62). Una catequesis que tendrá claramente como objetivo «fortalecer el sentido de identidad y pertenencia, para facilitar la participación activa de cada uno de los miembros, para fomentar los procesos de la interiorización de la fe y para gestionar las tensiones interpersonales de forma positiva» (DC 220).

La reflexión acerca del acompañamiento de aquel que retoma el camino del seguimiento de Cristo desde la enseñanza del *Directorio para la catequesis* sería incompleta si no abarca también la enseñanza del *Directorio* con respecto a la catequesis de adultos propiamente dicha (cf. DC 257-265)²¹. Una catequesis cuya fuente última se encuentra

²⁰ Estas personas pueden ser llamadas «cuasi catecúmenos»: cf. CT 44.

²¹ Es llamativo que el hecho de que el *Directorio para la catequesis*, aun reiterando que la catequesis de adultos «debe ser considerada como la forma principal de la catequesis, a la que todas las demás, siempre ciertamente necesarias, de alguna manera se ordenan» (DC 77, citando a DGC 59), no ha seguido el orden establecido por el *Directorio general para la catequesis*, el cual presentaba en primer lugar la catequesis de adultos.

en «el compromiso de madurar en la fe bautismal» que en el caso del adulto «se confronta con las responsabilidades familiares y sociales» (DC 259) a las que este está llamado. De ahí que su finalidad última radique en la adquisición de una «sabiduría espiritual que ilumina y da unidad a las múltiples experiencias de su vida personal, familiar y social» (DC 259). Propiamente habrá de configurarse como «un proceso de aprendizaje personal y comunitario, orientado hacia la adquisición de una mentalidad de fe» (DC 260) siendo su objetivo principal «la formación y la maduración de la vida en el Espíritu, según los principios de la gradualidad y de la progresividad» (DC 260).

De entre las formas y acentos en la catequesis con adultos que señala el *Directorio para la catequesis* cabría destacar los siguientes en cuanto constituyen posibles modos específicos en el desarrollo de la fe de aquellos que retoman su camino:

La catequesis como una nueva iniciación en la fe [...]; el acompañamiento de aquellos que, aunque bautizados, no han completado su iniciación o no están de hecho evangelizados (DC 264).

La catequesis como redescubrimiento de la fe a través de «centros de escucha» u otras modalidades; o una propuesta en clave evangelizadora dirigida a los denominados «alejados» (DC 264).

La catequesis con parejas que se preparan al matrimonio o con motivo de la celebración de los sacramentos de los hijos, que a menudo se convierte en punto de partida para posteriores experiencias catequísticas (DC 264).

La catequesis para la profundización de la fe a partir de la Sagrada Escritura, de un documento del magisterio, o de la vida de los santos y de los testigos de la fe (DC 264).

4. Los retos específicos en el momento presente

El *Directorio para la catequesis* —como es bien sabido— propone dos rasgos esenciales que habrán de caracterizar a una verdadera catequesis en clave misionera: tanto la dimensión kerigmática como la mistagógica (cf. DC 2-3). El *Directorio* es explícito:

Todo proyecto formativo, que entrelaza formación litúrgica, espiritual, doctrinal y moral estará «centrado en dos grandes ejes: uno es la profundización del kerigma, la experiencia fundante del encuentro con Dios a través de Cristo muerto y resucitado. El otro es el crecimiento en el amor fraternal, en la vida comunitaria, en el servicio (ChV 213)» (DC 253).

De ahí que tenga que ser subrayado especialmente y constituya un claro fundamento la forma en la que el *Directorio* delinea la finalidad de la catequesis: acompañar «la maduración de una mentalidad de fe en una dinámica de transformación, que en definitiva es una acción espiritual» (DC 3). La pregunta por el cómo habrán de estar presentes estos rasgos en la catequesis que acompañan a aquellos a los que se los invita a retomar el camino de la fe y el mismo suscitar esa inquietud se convierte en una cuestión a la que la Iglesia misma ha de retornar en todo momento. Aun así, desde la enseñanza del *Directorio para la catequesis*, se pueden señalar algunos aspectos que tener muy en cuenta, puesto que un fundamento esencial también para la comprensión de la reiniciación es la insistencia del *Directorio* en que las etapas que constituyen el proceso de la evangelización «pueden repetirse si es necesario, con el fin de proporcionar el alimento evangélico más adecuado para el crecimiento espiritual de las personas o comunidades» (DC 32). No en vano «hay que tener en cuenta que no solo se trata de etapas que se suceden, sino también de dimensiones del proceso» (DC 32). Es un hecho esencial en la propuesta del *Directorio* que «la llamada a una nueva evangelización no coincide tanto con una dimensión temporal como con hacer que todos los momentos del proceso de evangelización se abran aún más a la acción renovadora del Espíritu del Resucitado» (DC 39). Desde estas premisas, son destacables los siguientes retos:

1. Necesariamente habrá de ser un dato esencial el de la impronta kerigmática de la catequesis: «“La necesidad de ‘no dar por supuesto’ que nuestros interlocutores conocen el trasfondo completo de lo que decimos o que pueden conectar nuestro discurso con el núcleo esencial del evangelio” (EG 34)» (DC 61). El *Directorio para la catequesis*, al respecto, señala como una de las tareas propias de la catequesis de adultos es el «despertar la fe, favoreciendo un nuevo comienzo de la experiencia creyente y sabiendo

valorar los recursos humanos y espirituales, nunca extinguidos en el fondo de cada persona²², en vista de una recuperación libre y personal de la motivación principal en términos de atracción, gusto y voluntad» (DC 261a).

En este ámbito de la impronta kerigmática de la catequesis de aquellos que retoman el camino de la fe, es muy útil tener en cuenta dos cuestiones esenciales. La primera de ellas es la de la dimensión social del kerigma; no en vano «la eficacia de la catequesis es visible no solo a través del anuncio directo de la Pascua del Señor, sino también mostrando cuál es la nueva visión de la vida, del hombre, de la justicia, de la vida social, y de la cosmovisión entera que surge de la fe, incluso realizando signos concretos» (DC 60). De ahí que, sin olvidar en ningún momento que «la presentación de la luz con la que el evangelio ilumina la sociedad no es un segundo momento, cronológicamente distinto del anuncio de la fe» (DC 60), la catequesis desarrolle esta tarea de forma específica:

En su servicio de educación a la fe, la catequesis propone la Doctrina Social de la Iglesia como punto de referencia para una formación cristiana capaz de motivar la evangelización de las realidades temporales y, más directamente, del trabajo. Esta atención, típica de los itinerarios de formación de los grupos de trabajadores laicos y de la acción pastoral en los lugares de trabajo, está presente también en los itinerarios ordinarios de catequesis de niños, jóvenes y adultos: contribuye a una formación orgánica de la personalidad creyente (DC 393).

²² Un diálogo de la novela *Calixta* de J. H. Newman ilustra la realidad de estos recursos humanos y espirituales: «Yo siento a Dios dentro de mí, siento que estoy en su presencia. Me dice: “Haz esto, no hagas lo otro”. Tú dirás que ese dictado no es más que una ley de mi naturaleza, como llorar o reír. Pues yo eso no lo entiendo. No: es el eco de alguien que me habla a mí. Estoy absolutamente convencida de que en último término procede de una persona externa a mí. Y trae consigo la prueba de su origen divino. Mi ser va hacia ella como hacia una persona. Cuando obedezco a ese eco, a esa voz, siento una satisfacción. Cuando no, siento dolor, amargura, pena; la misma alegría y el mismo dolor que siento cuando agrado u ofendo a algún amigo entrañable. Ya ves, Polemo, que creo en más que un “algo”. Creo en lo que es más real que el sol, la luna, las estrellas, la tierra con todas sus bellezas y la voz de los amigos. Tú dirás: “Y ¿quién es?, ¿te ha dicho algo él acerca de sí mismo?”. Pues, ¡no!, y esa es mi desgracia. Pero por no tener más que eso, no voy a tirar por la borda lo que tengo. Si hay un eco, es que hay una voz, y alguien que habla. Y a ese alguien que habla es a quien yo amo y reverencio» (J. H. NEWMAN, *Calixta* [Madrid 1998], 266).

La segunda de las cuestiones esenciales referidas a la impronta kerigmática de la catequesis se refiere a la realidad de la piedad popular²³. El *Directorio para la catequesis* es explícito en esta cuestión:

La catequesis apreciará sobre todo la fuerza evangelizadora de las expresiones de la piedad popular, integrándolas y valorándolas en su proceso formativo, y dejándose inspirar por la elocuencia natural de los ritos y signos del pueblo en lo que se refiere a la custodia de la fe y a su transmisión de una generación a otra [...]. Además, la catequesis tratará de devolver ciertas manifestaciones de la piedad popular a sus raíces evangélicas, trinitarias, cristológicas y eclesiales, purificándolas de deformaciones o actitudes erróneas y convirtiéndolas en oportunidades para un nuevo compromiso con la vida cristiana (DC 340).

En una obra recientemente publicada se pregunta el profesor Riccardi: «¿Qué relación hay entre la *pietas* difusa, la atención a la espiritualidad o la apertura a intereses religiosos y la Iglesia, sus representantes, sus instituciones y sus comunidades?»²⁴. Riccardi, desde este planteamiento, invita a repensar estudios que muestran que en Italia unos cinco o seis millones de peregrinos visitan cada año San Giovanni Rotondo, Asís, Padua o Loreto.

La impronta kerigmática de la catequesis es un incentivo que necesariamente habrá de ayudar una sabiduría pastoral consciente, entre otras cosas, de que el verdadero problema no radica tanto en el «buscar a Dios» sino en el encontrarse en unas verdaderas

²³ En esta realidad de la piedad popular es especialmente sugestiva la invitación que hace el papa Francisco a un auténtico crecimiento en lo que él mismo denomina como la mirada del Buen Pastor: «Para entender esta realidad hace falta acercarse a ella con la mirada del Buen Pastor, que no busca juzgar sino amar. Solo desde la connaturalidad afectiva que da el amor podemos apreciar la vida teologal presente en la piedad de los pueblos cristianos, especialmente en sus pobres. Pienso en la fe firme de esas madres al pie del lecho del hijo enfermo que se aferran a un rosario, aunque no sepan hilvanar las proposiciones del *Credo*, o en tanta carga de esperanza derramada en una vela que se enciende en un humilde hogar para pedir la ayuda de María, o en esas miradas de amor entrañable al Cristo crucificado. Quien ama al santo pueblo fiel de Dios no puede ver estas acciones solo como una búsqueda natural de la divinidad. Son la manifestación de una vida teologal animada por la acción del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones (cf. Rom 5,5)» (FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 125).

²⁴ A. RICCARDI, *La Iglesia arde. Las crisis del cristianismo hoy: entre la agonía y el resurgimiento* (Barcelona 2021), 196.

disposiciones para esa búsqueda pese al, a veces, concomitante desaliento²⁵. Es un hecho difícilmente cuestionable que el conocimiento de la fe y las disposiciones particulares conforman un estrecho vínculo. Así lo expresó en su momento Isaac de Nínive:

Aquel que no ha visto nunca el sol con sus ojos no puede imaginar en su pensamiento la luz, ni representarla de modo alguno en su alma, ni experimentar la belleza de sus rayos por el solo hecho de haber oído hablar de esas cosas...; del mismo modo, aquel que no ha experimentado en su propia alma el gusto de la práctica espiritual, ni ha probado con su manera de comportarse los misterios de esta práctica, para recibir en su pensamiento una imagen que se asemeje a la verdad, tampoco podrá encontrar en su alma una certeza verdadera ni llegar a comprender exactamente estas realidades a partir de la enseñanza de otros hombres o de la investigación de unos escritos²⁶.

2. El segundo dato esencial para la comprensión de la catequesis que propone el *Directorio* es el acento mistagógico²⁷. La llamada es clara en este sentido: «“La necesidad de una renovación mistagógica, que podría tomar formas muy diversas de acuerdo con el discernimiento de cada comunidad educativa” (EG 166)» (DC 64). Esta impronta ayuda a comprender que «el acompañamiento de la persona en proceso de crecimiento y conversión está necesariamente marcado por la gradualidad, ya que el acto de creer implica un descubrimiento progresivo²⁸ del misterio de

²⁵ Cf. H. DE LUBAC, *Por los caminos de Dios* (Madrid 2022), 240.

²⁶ ISAAC DE NÍNIVE, *Primera colección*, 4, en IDEM, *El don de la humildad* (Salamanca 2007), 49.

²⁷ Es clarificador el magisterio del profesor Carvajal Blanco cuando habla de «una verdadera circunincisión entre la mistagogía y la iniciación cristiana». En su propuesta es «inconcebible una catequesis de iniciación a la vida cristiana que no sea verdaderamente mistagogía, es decir, donde todas las dimensiones de la vida cristiana no se pongan en referencia al misterio de Cristo que actualizan. Y a la vez, no se puede considerar una mistagogía que introduce en el misterio filial de Jesús, que no se desarrolle sobre los procesos iniciáticos por los que sus discípulos se inician en la fe y participan de la vida de la comunidad cristiana» (J. C. CARVAJAL BLANCO, *ibid.*, 177).

²⁸ En este sentido es oportuno evocar la enseñanza del *Catecismo de la Iglesia católica* sobre el progreso espiritual: «El progreso espiritual tiende a la unión cada vez más íntima con Cristo. Esta unión se llama “mística” porque participa del misterio de Cristo mediante los sacramentos —“los santos misterios”— y, en él, en el misterio de la Santísima Trinidad. Dios nos llama a todos a esta íntima unión con él, aunque las gracias o los signos extraordinarios de esta vida mística sean concedidos solamente a algunos para manifestar así el don gratuito hecho a todos» (CCE 2014).

Dios y una apertura y confianza en él que requieren tiempo para crecer» (DC 179). Un cometido esencial en este orden de las cosas pasará por «purificar la fe de representaciones religiosas parciales, engañosas o erróneas, ayudando a las personas, ante todo, a reconocer sus límites y a decidirse a emprender la búsqueda de una síntesis de fe más auténtica en vista del camino hacia la plenitud de vida a la que el evangelio llama» (DC 261b).

El teólogo Henri de Lubac, ante una crítica que estimaba el «retorno a los Padres» como una especie de renuncia a todas las adquisiciones posteriores de la reflexión cristiana, respondía haciéndose él también unos interrogantes: «¿Habría que considerar que esta, proveedora todavía, en sentido estricto, de “vida espiritual”, ya no proporcionaría ninguna ayuda para una investigación de orden intelectual? ¿Ya no tendría ahora ninguna fecundidad?»²⁹. De una forma clara el *Directorio para la catequesis* podría ser respuesta a estos interrogantes; máxime cuando postula, por ejemplo, que «el camino formativo del cristiano, como atestiguan las *Catequesis mistagógicas* de los Padres de la Iglesia, tuvo siempre un carácter experiencial³⁰, pero sin descuidar la inteligencia de la fe» (DC 97). En este espíritu de los Padres se entiende una de las más fuertes apuestas del *Directorio para la catequesis*:

La tarea de la generación adulta que quiere transmitir la fe es fomentar las experiencias. Solo una catequesis que vaya de la información religiosa al acompañamiento y a la experiencia de Dios podrá ofrecer un sentido. La transmisión de la fe se basa

²⁹ H. DE LUBAC, *ibid.*, 289.

³⁰ El *Catecismo de la Iglesia católica* formula del siguiente modo la importancia de lo experiencial: «La fe y la práctica del evangelio procuran a cada uno una experiencia de la vida “en Cristo” que ilumina y da capacidad para estimar las realidades divinas y humanas según el Espíritu de Dios (cf. 1 Cor 2,10-15)» (CCE 2038). Y también este otro pasaje arroja luz al respecto: «La gracia, siendo de orden sobrenatural, escapa a nuestra experiencia y solo puede ser conocida por la fe. Por tanto, no podemos fundarnos en nuestros sentimientos o nuestras obras para deducir de ellos que estamos justificados y salvados (cf. Concilio de Trento: DS 1533-1534). Sin embargo, según las palabras del Señor: “Por sus frutos los conoceréis” (Mt 7,20), la consideración de los beneficios de Dios en nuestra vida y en la vida de los santos nos ofrece una garantía de que la gracia está actuando en nosotros y nos incita a una fe cada vez mayor y a una actitud de pobreza llena de confianza» (CCE 2005).

en experiencias auténticas, que no deben confundirse con los experimentos: la experiencia transforma y proporciona claves interpretativas de la vida, mientras que el experimento únicamente se reproduce de forma idéntica. La catequesis está llamada a encontrar maneras apropiadas de tratar las grandes cuestiones sobre el sentido de la vida, la corporeidad, la afectividad, la identidad de género, la justicia y la paz, que se interpretan de manera diferente en la era digital (DC 371).

Aquí adquiere todo su sentido la realidad de la experiencia humana tal y como es afrontada por el *Directorio para la catequesis* como elemento clave en la metodología de la catequesis (cf. DC 197-200); cuestión esta que se afrontará poco más adelante.

En definitiva, el acento mistagógico en el acompañamiento de aquellos que retoman el camino de fe es fuente de inspiración para redescubrir que el conocimiento de Dios es esencialmente un «conocimiento vital» y no solo conceptual en el que es determinante la calidad y el nivel de la opción hecha³¹. En definitiva: «Es necesario ofrecer una catequesis que sostenga la adhesión vital a la persona de Cristo, la capacidad de discernimiento evangélico en situaciones complejas, la voluntad de diálogo con todos y una rectitud moral que evite la disociación entre fe y vida, entre pertenencia eclesial y compromiso en el mundo» (DC 391).

El *Directorio para la catequesis* propone una serie de «perspectivas nuevas» fruto del discernimiento que, presentes de forma transversal en todo el planteamiento del *Directorio*, también habrán de estar presentes de modo transversal en todo planteamiento y comprensión en torno a la reiniciación. De entre ellas cabría destacar: «la plena confianza en el Espíritu Santo»; «el papel de la comunidad cristiana como el lugar natural de generación y maduración de la vida cristiana»; «el proceso de evangelización y, en él, la catequesis, es sobre todo una acción espiritual»; «el papel de los bautizados como sujetos activos»; y «la

³¹ Cf. J. MARITAIN, *Razón y razones. Ensayos diversos* (Buenos Aires 1951), 121.

superación de toda contraposición entre contenido y método» (DC 4). La luz que ofrecen estas perspectivas transversales habrá de propiciar las siguientes consideraciones:

1. «El verdadero protagonista de toda auténtica catequesis es el Espíritu Santo que, a través de la profunda unión que el catequista mantiene con Jesucristo, hace eficaces los esfuerzos humanos en la actividad catequística» (DC 112). Desde este principio fundante se entenderá el acompañamiento propio de aquellos que retoman el camino de la fe desde la gradualidad, el descubrimiento progresivo del misterio de Dios y el tiempo requerido para el crecimiento en la apertura (cf. DC 179). De igual modo, «la plena confianza en el Espíritu Santo» (DC 4) da agudeza en la percepción del signo de los tiempos que en sí mismo pasa por la capacidad para redescubrir «lo que es bello y eleva el alma» (DC 5), así como la especificidad que habrá de brillar en la catequesis por la que esta está al servicio de la manifestación concreta de «la infinita belleza de Dios revelando el primado de la gracia». Aquí radica el antídoto frente a la recurrente tentación del neopelagianismo tantas veces denunciada por el papa Francisco:

Todavía hay cristianos que se empeñan en seguir otro camino: el de la justificación por las propias fuerzas, el de la adoración de la voluntad humana y de la propia capacidad, que se traduce en una autocomplacencia egocéntrica y elitista privada de verdadero amor. Se manifiesta en muchas actitudes aparentemente distintas: la obsesión por la ley, la fascinación por mostrar conquistas sociales y políticas, la ostentación en el cuidado de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia, la vanagloria ligada a la gestión de asuntos prácticos, el embeleso por las dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial³².

2. «El papel de la comunidad cristiana como el lugar natural de generación y maduración de la vida cristiana» (DC 4; cf. «Introducir en la vida comunitaria», DC 88-89). En este sentido, El *Directorio para la catequesis* invita a considerar la realidad de una

³² FRANCISCO, exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* (19 de marzo de 2018), 57.

catequesis de adultos «significativa y capaz de lograr sus objetivos» si, «inspirada en la experiencia misionera del catecumenado», es «expresión de la comunidad eclesial en su totalidad, como la matriz que genera la fe» (DC 262 a). Para el *Directorio*, la comunidad, elemento estructural y no mero contexto, ha de ser «capaz de renovarse, dejándose alcanzar y provocar por las sensibilidades de los adultos de nuestro tiempo, así como tener la capacidad de acoger, estar presente y apoyarse» (DC 262 a). De ahí que una de sus tareas esenciales sea «ayudar a compartir y testimoniar la fe, disponiendo espacios comunitarios y de servicio como expresión de manifestar el reino de Dios en la Iglesia y el mundo» (DC 261).

El peso específico de la realidad de la comunidad cristiana para la catequesis de aquellos que retoman el camino de la fe adquiere todo su importancia cuando es contemplado a la luz del signo de los tiempos³³ señalado por el *Directorio para la catequesis* cuando indica «la importancia de las relaciones y los afectos» (cf. DC 5). Es un hecho palpable que el hombre de hoy se muestra frágil particularmente con respecto a la dimensión afectiva. En «un mundo sin vínculos», en la «sociedad líquida», el tema del sentido de

³³ En el *Directorio para la catequesis* es esencial esta tarea del reconocimiento de los signos de los tiempos: «Para servir la revelación, la Iglesia está llamada a mirar la historia con los propios ojos de Dios y reconocer la acción del Espíritu Santo que [...] “suscita en la experiencia humana universal, a pesar de sus múltiples contradicciones, signos de su presencia, que ayudan a los mismos discípulos de Cristo a comprender más profundamente el mensaje del que son portadores” (NMI 56). Esto permite a la Iglesia reconocer los signos de los tiempos (cf. GS 4) en el corazón y vida de las personas y de cada cultura, en todo lo que es auténticamente humano y lo promueve» (DC 42). Esta tarea «es siempre actual, sobre todo en este momento, concebido como un cambio de época y marcado por las contradicciones y por los anhelos de paz y justicia, de encuentro y de solidaridad» (DC 319). Ni que decir tiene que su fuente se encuentra en la enseñanza de la constitución pastoral *Gaudium et spes* del Concilio Vaticano II: «Para cumplir esta tarea, corresponde a la Iglesia el deber permanente de escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del evangelio, de forma que, de manera acomodada a cada generación, pueda responder a los perennes interrogantes de los hombres sobre el sentido de la vida presente y futura y sobre la relación mutua entre ambas. Es necesario, por tanto, conocer y comprender el mundo en el que vivimos, sus expectativas, sus aspiraciones y su índole muchas veces dramática» (4); «El pueblo de Dios, movido por la fe, por la cual cree que es guiado por el Espíritu del Señor, que llena el orbe de la tierra, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos que comparte con sus contemporáneos, cuáles son los signos verdaderos de la presencia o del designio de Dios» (11).

la vida no representa la conclusión de un razonamiento lógico, sino el resultado del descubrimiento de sentirnos amados, queridos³⁴. Además, es importante también notar, en esta perspectiva, el estrecho vínculo entre bautismo y la incorporación a la Iglesia subrayado por el Concilio Vaticano II (cf. LG 11, 14, 31; UR 22)³⁵.

Con el más verdadero realismo, al repensar lo esencial de la catequesis con jóvenes, el *Directorio para la catequesis* hace una invitación al ejercicio de la autocrítica:

Con respecto a la experiencia eclesial, en esta fase de la vida, muchos se alejan de la Iglesia o muestran su indiferencia o desconfianza frente a ella. Entre las causas que provocan esta situación hay que considerar la falta de testimonio, de credibilidad, y de apoyo espiritual y moral por parte de las familias, catequesis deficiente y una comunidad cristiana poco significativa (DC 251).

Reflexionar sobre la realidad de la comunidad cristiana conduce también a la reflexión en torno a la realidad del grupo para aquellos que han sido la llamada a reemprender el camino de la fe. El grupo es constituido por «la interacción constructiva entre personas diferentes [...] donde florecen el intercambio y la comunicación profunda». Además, «como realidad eclesial, el grupo está animado por el Espíritu Santo, el verdadero autor de todo progreso de la fe» (DC 220).

3. «El proceso de evangelización y, en él, la catequesis, es sobre todo una acción espiritual» (DC 4). Desde este principio se en-

³⁴ Cf. M. BORGHESI, *El desafío Francisco. Del neoconservadurismo al 'hospital de campaña'* (Madrid 2022), 284.

³⁵ Esto explica también la importancia del bautismo en la búsqueda de la unidad de la Iglesia. Como subrayó el decreto sobre el ecumenismo del Vaticano II, *Unitatis redintegratio*, el bautismo está en el primer puesto en la búsqueda de la unidad. Admitir un bautismo fuera del espacio ocupado por la propia Iglesia es admitir que la Iglesia existe fuera de nuestra Iglesia. Es la teología de LG 8, comentada por UR 3-4 y LG 14-15. Existe un solo bautismo, gracias al cual estamos incorporados al misterio profundo e invisible del cuerpo de Cristo, a la Iglesia una, santa, católica y apostólica. Pero como esta Iglesia en la historia en un estado de división, con el bautismo introduce en una Iglesia concreta. El bautismo es entonces el inicio de una incorporación a la Iglesia que la eucaristía consuma y que se convierte también en la meta de la unidad visible. Todo el camino ecuménico tiende a esto. Cf. Y. CONGAR, «Uniti nel battesimo, disuniti nell'Eucaristia?», en IDEM, *Saggi ecumenici* (Roma 1986), 216-226.

tiende la insistencia del *Directorio para la catequesis* al afirmar: «Evangelizar significa no solo habitar en un territorio, sino suscitar procesos espirituales en la vida de las personas para que la fe eche raíces y sea significativa» (DC 43).

Así, si la catequesis de aquellos que han sido llamados a retomar el camino de la fe es una modalidad de la catequesis de adultos, es conveniente evocar con el *Directorio para la catequesis* que esta catequesis es configurada ante todo «como un proceso de aprendizaje personal y comunitario, orientado hacia la adquisición de una mentalidad de fe “hasta que lleguemos a la medida de Cristo en su plenitud” (Ef 4,13) 2» (DC 260). Su objetivo principal no puede ser otro que «la formación y la maduración de la vida en el Espíritu, según los principios de la gradualidad y progresividad, para que el mensaje evangélico sea acogido en su dinámica transformadora» (DC 260).

En este orden de las cosas es oportuno recordar un curioso fenómeno: en muchos de los países de la Europa cristiana ya no se da el rechazo abierto a la religiosidad y a lo espiritual que pudiéramos haber encontrado, por ejemplo, en mayo de 1968. Son muchos los que comparten la idea de que la religiosidad y la espiritualidad forman parte integrante del equilibrio personal. De hecho hay quien llega a afirmar con respecto a este fenómeno que se aprecia «la necesidad de una fe más sensible y visible, más concreta y misteriosa al mismo tiempo, que contrasta con un catolicismo desnudo»³⁶. El *Directorio para la catequesis* se hace eco de esta intuición cuando hace una valoración de los nuevos movimientos religiosos. De entre ellos:

algunos hacen referencia al cristianismo de distintas formas, aunque se apartan de él debido a considerables diferencias doctrinales; otros proceden de religiones orientales o de cultos tradicionales; otros muestran elementos de magia, superstición, neopaganismo, espiritualismo e incluso satanismo; por último, hay otros llamados movimientos del potencial humano que se presentan con un rostro humanista y terapéutico (DC 352).

³⁶ F. GARELLI, *Gente di poca fede. Il sentimento religioso nell'Italia incerta di Dio* (2020), 88-89.

«Aunque esos movimientos son, por un lado, “una reacción humana frente a la sociedad materialista, consumista e individualista” (EG 63); por otro lado, parecen aprovechar las necesidades de las personas afectadas por tantas formas de pobreza o por los fracasos de la vida» (DC 352). Desde estos datos el *Directorio para la catequesis* invita a repensar: «Es necesario reconocer que la comunidad cristiana no siempre es capaz de ser significativa para aquellos cristianos que, teniendo poca fe, necesitan más cuidados y acompañamiento y acaban encontrando la satisfacción de sus necesidades en los nuevos movimientos» (DC 352).

Un ejemplo concreto de esta intuición es el que propone el *Directorio para la catequesis* en sus indicaciones pastorales con respecto a la catequesis en grupos de matrimonios y en grupos de familias:

Estos itinerarios de catequesis pretenden desarrollar una espiritualidad conyugal y familiar, capaz de devolver el vigor y el impulso a la vida matrimonial, redescubriendo la dimensión sponsal de la alianza entre Dios y los hombres y el papel de la familia en la construcción del reino de Dios (DC 232 f).

4. El papel de los bautizados como «sujetos activos» (DC 4) es otro de los ejes transversales que conviene tener muy en cuenta a la hora de iluminar la catequesis de aquellos que retoman el camino de la fe. El *Directorio* es explícito en este sentido al señalar los criterios para una catequesis de adultos: «Los adultos no deben ser considerados como destinatarios de la catequesis, sino como protagonistas junto con los propios catequistas» (DC 262c). Es más, «la catequesis con adultos alcanzará su objetivo cuando consiga que ellos mismos sean capaces de tomar en sus manos la propia experiencia de fe, y estén deseosos de seguir caminando y creciendo» (DC 260). Desde esta certeza se entiende la preocupación del *Directorio para la catequesis* por una catequesis de la vida cristiana en su totalidad en la que se «propongan experiencias concretas y significativas de la vida de fe (DC 262b) y por una atención especial para *reconocer* la realidad de hombre y de mujer, teniendo en cuenta la peculiaridad con la que cada uno

vive la experiencia de fe»; «además —sigue añadiendo el *Directorio*—, es importante prestar atención a la condición laical de los adultos, llamados por el bautismo a “tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios” (LG 31)» (DC 262d).

Desde esta perspectiva es vital para la catequesis de aquellos que son invitados a retomar el camino de la fe prestar un especial cuidado, entre otras, a la realidad del matrimonio. No en vano, «el mayor desafío [...] es que las parejas, madres y padres, sujetos activos de la catequesis, superen la mentalidad común de delegación, según la cual la educación en la fe está reservada a los especialistas» (DC 124). En este mismo sentido el *Directorio para la catequesis* se hace eco de una dificultad claramente palpable: «[...] la misma comunidad [...] no logra organizar la catequesis con un estilo familiar y a partir de las mismas familias» (DC 124).

También esta catequesis es «lugar» en el que la misma comunidad con respecto a las familias «crea caminos de fe que las ayuden a tener una clara conciencia de su identidad y misión» (DC 230). Así, las indicaciones pastorales del *Directorio para la catequesis*, explicitando la realidad de los ámbitos de la catequesis familiar, pueden ser un índice claro del objeto que se pretende desarrollar en el presente artículo:

«La catequesis de los jóvenes y adultos que se preparan para el matrimonio» (AL 205-216) está llamada a desarrollar «itinerarios de fe, graduales y continuos, siguiendo la inspiración catecumenal» en los que se dará prioridad —junto con un renovado anuncio del kerigma— «a aquellos contenidos que, comunicados de manera atractiva y cordial, los ayuden [a los novios] a comprometerse en un camino de toda la vida [...]». Como sigue afirmando el *Directorio*, retomando la enseñanza de *Amoris laetitia*, «se trata de una suerte de “iniciación” al sacramento del matrimonio que les aporte los elementos necesarios para poder recibirlo con las mejores disposiciones y comenzar con cierta solidez la vida familiar» (AL 207)» (DC 232 a). En esta perspectiva se entiende la

específica indicación que hace el *Directorio*: «Es bueno que, allí donde se use, se abandone la denominación de cursos de preparación al matrimonio para devolver a este itinerario su auténtico significado formativo y catequístico» (DC 232a).

La catequesis de los padres cuyos hijos recorren el camino de la iniciación cristiana: la comunidad favorece la implicación de los padres en el camino de la iniciación de sus hijos, que para algunos es un momento de profundización en la fe y, para otros, un verdadero espacio de primer anuncio (DC 232d).

También ha de tenerse especialmente presente la figura del padrino. «En el proceso de la iniciación a la vida cristiana, la Iglesia nos invita a repensar la identidad y la misión del padrino y de la madrina como apoyo al compromiso educativo de los padres» (DC 125). De ahí que se entienda la tarea de la comunidad cristiana como la propuesta «con discernimiento y espíritu creativo» de «itinerarios de catequesis a los padrinos, que los ayuden a redescubrir el don de la fe y la pertenencia eclesial». Así, «los que son designados para esta misión a menudo se sienten impulsados a reavivar su fe bautismal y a comenzar un camino renovado de compromiso y testimonio» (DC 125).

Finalmente, es importante también retomar la enseñanza del *Directorio para la catequesis* en lo que respecta a la catequesis con emigrantes: «La oferta de itinerarios catequéticos de iniciación y formación permanente del cristiano, realizados en la lengua y según las tradiciones de las Iglesias de origen» (DC 277) o la catequesis en la cárcel (cf. DC 282).

5. «Vivir el misterio de la fe en términos de relación con el Señor tiene implicaciones para el anuncio del evangelio» (DC 4). Desde esta premisa invita el *Directorio para la catequesis* a superar toda contraposición entre contenido y método, entre fe y vida (cf. DC 4). En esta senda, la catequesis de aquellos que son llamados a reempezar el camino de la vida cristiana no olvidará en ningún momento que «aunque pase por mediaciones humanas, sigue siendo un acontecimiento de gracia, realizado por el encuentro de la Pa-

labra de Dios con la experiencia de la persona» (DC 195). La realidad de un sujeto que «vive situaciones fragmentarias de las que él mismo se esfuerza por captar el sentido unitario» debe llevar a la catequesis a percibir el modo en que ella haciendo posible una «relectura de las existencias con los ojos de la fe» fomentará «una visión sapiencial e integral de esta» (DC 199).

6. Esencial y urgente también para la catequesis de aquellos que retoman el camino de la fe es mostrar «la capacidad unificadora de la cultura cristiana» (DC 103). Tal y como propone el *Directorio*, «la evangelización de la cultura exige llegar al corazón de la cultura misma, donde se generan nuevas ideas y paradigmas, llegando a las concepciones más profundas de los individuos y de las sociedades, para iluminarlos desde dentro con la luz del evangelio» (DC 43). En los países de tradición católica «“se tratará de acompañar, cuidar y fortalecer la riqueza que ya existe” (EG 69)» (43). Trazar un elenco completo de los elementos de nuestra cultura que se deberían tener presentes sería una tarea ímproba pero aun así, desde los planteamientos del *Directorio para la catequesis* —especialmente en su décimo capítulo mas no solo—, se pueden diagnosticar algunos elementos clave para la catequesis de aquellos que retoman el camino de la fe en un ámbito como el propio de las diócesis de la Iglesia que peregrina en España: la influencia de lo «virtual» —especialmente en los jóvenes— en la gestión de las emociones y la construcción de la propia identidad (cf. DC 216); la realidad de los nuevos escenarios familiares (cf. DC 233-235); el contexto ecuménico y de pluralismo religioso —especialmente en lo que atañe a los nuevos movimientos religiosos— (cf. DC 343-353); la influencia de la tecnología en la visión misma del ser humano (cf. DC 356); la esencialidad de un comprensión integral de la ecología (cf. DC 383). En definitiva, solo si en este reto de la inculturación la catequesis logra «decodificar las instancias antropológicas que están en la raíz de estos fenómenos y perfeccionar nuevas formas de evangelización» (DC 367), solo así hará posible procesos de crecimiento y de maduración en la fe.

5. La parroquia y aquellos que retoman el camino de la fe

El punto de partida es claro y parangonable con lo más genuino del profetismo: «La necesidad de un renovado impulso evangelizador insta a replantear en clave misionera todas las acciones pastorales de la comunidad cristiana» (DC 303). En este sentido, el diagnóstico en *Evangelii gaudium* con respecto a las parroquias y comunidades cristianas es particularmente incisivo:

Es necesario que reconozcamos que, si parte de nuestro pueblo bautizado no experimenta su pertenencia a la Iglesia, se debe también a la existencia de unas estructuras y a un clima poco acogedores en algunas de nuestras parroquias y comunidades, o a una actitud burocrática para dar respuesta a los problemas, simples o complejos, de la vida de nuestros pueblos. En muchas partes hay un predominio de lo administrativo sobre lo pastoral, así como una sacramentalización sin otras formas de evangelización³⁷.

Llevemos, por tanto, esta llamada al ámbito de la parroquia³⁸ y a su capacidad de acompañar en su respuesta a aquellos que han reiniciado el camino de la fe.

Con respeto a la parroquia es bastante clara la llamada que hace el *Directorio para la catequesis* al invitar a propuestas formativas de inspiración catecumenal: «La comunidad parroquial debe ser capaz de ofrecer, sobre todo a los jóvenes y a los adultos, caminos formativos integrales

³⁷ FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013), 63.

³⁸ No es más que una mera ilustración literaria, pero se adquiere luz al poder evocar el desgarrador testimonio del protagonista de *Diario de un cura rural* de G. Bernanos: «¡Tres meses ya! Esta mañana he rogado por mi parroquia, mi pobre parroquia, mi primera y última parroquia, pues a veces me acometen deseos de morir. ¡Mi parroquia! Una palabra que no puede pronunciarse sin emoción —¿qué estoy diciendo?—, sin un impulso de amor. Y, sin embargo, no despierta en mí más que una idea confusa. Sé que existe realmente, que somos uno de otro para toda la eternidad, pues ella es una célula viva de la Iglesia imperecedera y no una ficción administrativa. Pero quisiera que Dios me abriera los ojos y oídos, me permitiera ver su rostro y escuchar mi voz. ¿Es acaso pedir mucho? ¡El rostro de mi parroquia! ¡Su mirada! Debe ser una mirada dulce, triste, paciente, que imagino debe de parecerse un poco a la mía cuando dejo de debatirme, cuando me dejo arrastrar por esa gran corriente invisible que nos arrastra a todos, en confusión, hacia la profunda eternidad» (G. BERNANOS, *ibid.*, 34).

en los que sea posible acoger y profundizar existencialmente el kerigma, saboreando su belleza» (DC 303c). En este sentido, es muy oportuno tener presente en todo momento la búsqueda de la «armonía». En primer lugar, de la armonía con las demás acciones de la pastoral, puesto que si no es así se corre el riesgo de reducir la propuesta catequética a la presentación de una «teoría correcta, pero poco significativa para la vida, con lo que se dificulta así el manifestar la bondad del evangelio a los hombres de nuestro tiempo» (DC 303 c). Ejemplo concreto en esta dimensión sería la catequesis con la familia (cf. DC 229-230). En segundo lugar, es esencial subrayar la necesidad de armonizar el quehacer de la parroquia con las asociaciones, movimientos y grupos de fieles (cf. DC 304-308): «Los itinerarios formativos, que profundizan en el carisma específico de cada una de estas realidades, no pueden ser una alternativa a la catequesis, que sigue siendo esencial en la formación cristiana. Es decisivo, por tanto, que las asociaciones, movimientos o grupos reserven normalmente un tiempo para dedicarlo a la catequesis» (DC 307). En el número siguiente es aún más explícito el *Directorio*: «Es necesario respetar la naturaleza propia de la catequesis, desplegando toda su riqueza y configurando todas las dimensiones de la vida cristiana, según la sensibilidad y el estilo del apostolado propios de cada carisma» (DC 308 b).

Aunque, obviamente, la realidad de la parroquia no está solo circunscrita a un contexto urbano, es muy oportuno recoger la enseñanza del *Directorio para la catequesis* a la hora de constatar las implicaciones del contexto urbano en el que en muchas ocasiones ha de desarrollarse la catequesis:

Proponer creativamente una catequesis inspirada el catecumenado, capaz de ofrecer contextos comunitarios de fe en los que, superado el anonimato, se reconozca el valor de cada persona y se ofrezca a todos el bálsamo de la fe pascual para aliviar sus heridas. En el contexto del proceso de catequesis, se pueden «imaginar espacios de oración y de comunión con características novedosas, más atractivas y significativas para los habitantes urbanos» (EG 73), con la creación, por ejemplo, de signos e historias que reconstruyan ese sentido de pertenencia a la comunidad que fácilmente puede faltar en la ciudad. Una catequesis

urbana de inspiración catecumenal puede transformar la parroquia en una comunidad de comunidades que, al hacer experimentar una verdadera cercanía fraterna, revela la maternidad de la Iglesia y ofrece un testimonio concreto de misericordia y ternura, que genera orientación y significado para la vida misma de la ciudad (DC 328).

Cuestión esencial en esta reflexión sería el delinear desde la enseñanza del *Directorio para la catequesis* la identidad y misión de aquellos que han de hacer suyas las palabras de san Anselmo de Canterbury: «No soy yo el que te llevo, sino aquel de quien hablamos, sin el cual nada podemos, él es quien nos lleva por doquiera en el camino de la verdad»³⁹. Por tanto, en lo que atañe a los catequistas, es esencial tener claro en todo momento la importancia de que «los catequistas adultos sean elegidos con cuidado y estén cualificados para ejercer este delicado ministerio por medio de una formación específica» (DC 263). La figura del catequista, acompañante y educador, es decisiva en la catequesis de adultos (cf. DC 263) para facilitar «una relación adulta con el Señor, unas relaciones eclesiales significativas y unas opciones de testimonio cristiano en el mundo» (DC 263) fomentando en todo momento la asunción de la responsabilidad en el propio camino de la fe (Cf. DC 263).

Hay dos principios especialmente determinantes en la delineación de la formación del catequista por parte del *Directorio para la catequesis*. En primer lugar, es bueno no perder nunca de vista que «la formación de los catequistas requiere una atención especial porque la calidad de las propuestas pastorales está estrechamente ligada a las personas que las ponen en práctica» (DC 130). En segundo lugar, es también muy oportuno considerar en todo momento que la formación del catequista tiene como «finalidad hacer que los catequistas tomen conciencia, como bautizados, para ser verdaderos discípulos misioneros» (DC 132).

Esencialmente esta formación se entiende como «un proceso permanente que, bajo la guía del Espíritu y en el seno vivo de la comunidad cristiana, ayuda al bautizado a tomar forma, es decir a desvelar

³⁹ SAN ANSELMO DE CANTERBURY, *Por qué Dios se hizo hombre*, en *Obras completas de san Anselmo* I 843 (II, 9).

su identidad más profunda que es la de ser hijo de Dios en íntima comunión con los demás hermanos» (DC 131); «una sabia tarea de apertura al Espíritu de Dios» (DC 131). Es por tanto «un proceso que, al tener lugar en lo más íntimo del catequista, incide profundamente en su libertad y no puede reducirse únicamente a la instrucción, a la exhortación moral o a la actualización de técnicas pastorales» (DC 131); «actúa a modo de transformación de la persona, que interioriza existencialmente el mensaje evangélico, para que este se convierta en luz y en orientación de su vida y de misión eclesial» (DC 131).

De forma más concreta el *Directorio* invita a percibir el modo en el que «la escucha de las necesidades de las personas, el discernimiento pastoral, la preparación concreta, la realización y la evaluación de los itinerarios de fe constituyen los momentos de un laboratorio formativo permanente para cada uno» (DC 134). Resuena aquí la hondura de la enseñanza de Orígenes: «Toda tierra contiene aguas, pero el que es filisteo no aprecia más que las cosas terrenas: no sabe encontrar agua en todas las tierras, no sabe encontrar el sentido espiritual y la imagen de Dios en todas las almas»⁴⁰.

6. Conclusión

La reflexión pretendida no ha tenido otra inspiración que la que viene dada por el acento kerigmático y «una pedagogía de iniciación inspirada en el itinerario catecumenal» y no ha tenido otro propósito que la búsqueda de la «sabiduría pastoral» (DC 65), a la que nos llama el *Directorio para la catequesis*, aplicada al ámbito de aquellos que han recibido la gracia de retomar el camino de la fe. Cuatro convicciones, finalizado el recorrido, afloran con fuerza. Una se muestra como un reto aunque podría pasar por una queja: «La comunidad cristiana no siempre es capaz de ser significativa para aquellos cristianos que, teniendo poca fe, necesitan más cuidados y acompañamiento y acaban encontrando la satisfacción de sus necesidades en los nuevos movimientos»

⁴⁰ ORÍGENES, *Homilías sobre el Génesis* (Madrid 1999), 270 (XIII, 3).

(DC 352)⁴¹. La segunda convicción especifica a la primera: «La dinámica de la conversión misionera implica que la parroquia se cuestione el tipo de catequesis que propone» (DC 302). La tercera indica la idoneidad y trascendencia de un quehacer para esta catequesis: «Los itinerarios de catequesis y los propios catecismos locales son un signo de ese fructuoso proceso de inculturación» (DC 394). Y, finalmente, la cuarta establece una clara referencialidad:

La catequesis de adultos, al ir dirigida a personas capaces de una adhesión plenamente responsable, debe ser considerada como la forma principal de catequesis, a la que todas las demás, siempre ciertamente necesarias, de alguna manera se ordenan. Esto implica que la catequesis de las otras edades debe tenerla como punto de referencia (DGC 59) (DC 77).

Retomando la enseñanza siempre permanente de la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*⁴² propone el *Directorio para la catequesis*:

«Las Iglesias particulares profundamente amalgamadas, no solo con las personas, sino también con las aspiraciones, las riquezas y límites, las maneras de orar, de amar, de considerar la vida y el mundo que distinguen a tal o cual conjunto humano, tienen la función de asimilar lo esencial del mensaje, al lenguaje que esos hombres comprenden, y, después anunciarlo en ese mismo lenguaje» (EN 63) (DC 394).

Esta noble tarea no crecerá en una realización verdadera si no se tiene presente lo esencial que para toda Iglesia diocesana es una pastoral orgánica y coordinada por la que exista una genuina orientación de la iniciación a la vida cristiana, «tanto en la forma de catecumenado para los no bautizados como de inspiración catecumenal de la catequesis para los bautizados» (DC 421). No sería en ningún caso un asunto menor el que las diferentes propuestas pastorales en una diócesis tuviesen

⁴¹ Recientemente se preguntaba Andrea Riccardi: «La pregunta es ¿cómo la parroquia, comunidad de generalizada presencia de la Iglesia en el territorio, puede superarse a sí misma en un impulso misionero?» (A. RICCARDI, *ibid.*, 96).

⁴² «En una peregrinación desde Brescia en el 50.º aniversario de la elección de Montini, Francisco afirmó el 22 de junio de 2013 que la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (1975) «es el mayor documento pastoral que se ha escrito hasta la fecha», y señala la invitación a «anunciar el evangelio al hombre de hoy, con misericordia, con paciencia, con valentía, con alegría» (L. ACCATTOLI, «Che prende Bergoglio da Montini?», en *Il Regno*, 20 [2014]).

la misma inspiración de fondo (cf. DC 421): «La acción evangelizadora debe estar bien coordinada porque toda ella apunta a la unidad de la fe que sostiene todas las acciones de la Iglesia» (DGC 72). De ahí la importancia del cuidado de «la coordinación de la catequesis con los adultos, especialmente con la pastoral familiar y juvenil, y con las demás dimensiones de la vida de fe» (DC 262e).

De igual modo, un aspecto importante que se debe tener en cuenta es el de la formación catequética de los candidatos a los órdenes sagrados⁴³. El *Directorio para la catequesis* indica, entre otras, una condición propia clave: «Se cree conciencia de espíritu misionero en los candidatos, a través de la formación espiritual, que les impulse a anunciar explícitamente el evangelio a los que no lo conocen y a no descuidar la educación en la fe de cada bautizado» (DC 152a).

Hay una expresión que se puede leer en Orígenes y san Agustín⁴⁴ —«Hay muchos fuera que parecen estar dentro, y muchos dentro que

⁴³ Una atinada y vigente descripción de Mons. Estepa Llaurens, allá por el año 1991, ofrece un sugestivo comentario a la cuestión de la formación catequética de sacerdotes y candidatos al sacerdocio: «La acción catequética todavía es considerada por muchos cristianos como algo propio de la infancia, o como un requisito que hay que cumplir para recibir los sacramentos. Por otra parte, para algunos sacerdotes la acción catequética parece algo que pertenece al mundo de lo “ya sabido” y “rutinario”, sin capacidad de estimular ningún impulso renovador. Por todo esto, es necesario prestigiar esta acción tan fundamental en la vida y misión del sacerdote, pues a través de la educación de la fe, y de forma particular de la catequesis sistemática, se construye la personalidad de los bautizados y la vida misma de la Iglesia. En esta línea, urge promover una corriente de opinión que ponga de manifiesto el valor fundamental de la catequesis en la comunidad cristiana. Para esto el sacerdote deberá procurar informar a toda la comunidad sobre el significado de la catequesis en las diferentes etapas de la vida, a fin de ayudar a superar la visión tan pobre que circula entre muchos cristianos. Sin embargo, será el modo como el sacerdote desarrolle su responsabilidad catequética, su propia dedicación personal, la mejor forma de prestigiar esta tarea fundamental. A su vez esto depende, en gran medida, de la visión que se tenga de la catequesis en el conjunto de la acción pastoral. A veces una visión pobre de la catequesis lleva al sacerdote a concebir su tarea catequética como algo meramente organizativo, o como una cosa más de las muchas que hay que hacer» (J. M. ESTEPA LLAURENS, *et al.*, «La responsabilidad y tareas del sacerdote en la acción catequética», en: SECRETARIADO NACIONAL DE CATEQUESIS, *El sacerdote y la catequesis. XXV Jornadas nacionales de delegados de catequesis* [Edice, Madrid 1992], 150-151).

⁴⁴ Cf. H. DE LUBAC, *Oeuvres complètes XVI. Histoire et Esprit. L'intelligence de l'Écriture d'après Origène* (Paris 2002) 158-159; SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Tratado sobre el bautismo*, en *Obras de san Agustín XXXII. Escritos antidonatistas (1.º)* (Madrid 1988), 614: «Muchos que parecen estar fuera, están en realidad dentro, y otros muchos, que parecen estar dentro, se encuentran fuera». Con un lenguaje más directo y actual podría recogerse aquí la provocación de un pensador como Fabrice Hadjadj: «Hay alguien aún más sordo que el

parecen estar fuera»— que no ha perdido su actualidad. La urgencia del acompañamiento con respecto a aquellos que han recibido la llamada a retomar el camino del seguimiento de Cristo necesariamente habrá de ser un estímulo acerca de la calidad de vida cristiana de nuestras comunidades para que la expresión citada no sea un permanente motivo de sonrojo. La amenaza del «gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad»⁴⁵ está ahí. La experiencia de aquellos que han redescubierto la fe y la experiencia de una Iglesia gozosa en su acompañamiento harán posible el cambio de la tonalidad.

des cristianizado. Es el mismo cristiano. Quiero decir, el que se adorna con ese nombre, el que cree en sí mismo por creer en Dios y ser suficientemente humilde. Ese cristiano, de nombre, pero no de alma, es el que seguramente se imaginará que hubo un tiempo en que era más fácil hablar de Dios» (F. HADJADI, ¿Cómo hablar de Dios hoy? Antimanual de evangelización [Granada 2013], 30).

⁴⁵ J. RATZINGER, *Situación actual de la fe y la teología*. *Ibidem*. Cf. V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE, *ibid.*, 12.

La catequesis de adultos, un camino para la conversión pastoral

Francisco Julián Romero Galván

Director de la Comisión para la Evangelización, Catequesis y Catecumenado

La Comisión Episcopal para la Evangelización, Catequesis y Catecumenado, en sus áreas de catecumenado e iniciación cristiana, desea promover la catequesis de adultos en la Iglesia de España, animando a todas las diócesis para que sus parroquias instituyan este camino de iniciación cristiana como vehículo para la conversión pastoral y la renovación de la comunidad cristiana.

¿De dónde partimos?

La Iglesia es misionera por mandato del Maestro (Cf. Mt 28,18-20). Hoy está embarcada en una nueva evangelización con nuevos métodos, nuevo lenguaje y nuevo ardor¹. Sale al mundo a anunciar a Jesucristo muerto y resucitado². En el ejercicio de esta misión aparece en primer lugar un grupo de personas que ya están bautizadas y solicitan a la Iglesia la ayuda para reiniciarse en su vida de fe. A algunas les falta completar los sacramentos de la iniciación cristiana. Otras, sin embargo, aunque ya poseen la gracia sacramental, quieren reemprender el camino hacia Dios por diferentes motivos.

En la proclamación del evangelio con la Palabra y el testimonio de vida, la comunidad de fieles está realizando un primer o segundo

¹ Cf. JUAN PABLO II, *Discurso a la Asamblea del CELAM* (9 de marzo de 1983).

² EG 24.

anuncio del kerigma central de la fe. El primer o el segundo anuncio está permitiendo que algunos redescubran la belleza de la vida cristiana y, si en otro tiempo dieron la espalda a Dios y a su compromiso eclesial, ahora, por medio de experiencias vitales significativas, desean emprender un nuevo camino hacia Dios y aprender a ser discípulos de Cristo. Ese deseo suscitado por el Espíritu pide buscar los medios para poner los sólidos fundamentos de la vida creyente y ser acompañados por la comunidad de discípulos. Los que pretenden reemprender la vida cristiana están llamando a la Iglesia para que les ofrezca el camino de iniciación cristiana que los lleve a la madurez de la fe.

Por otra parte, y como complemento a lo que acabamos de decir, hemos de reconocer, no sin dolor, que bastantes bautizados viven al margen de la fe. Unos se alejaron de Dios y de la vida cristiana sin mala voluntad. Lo fueron haciendo poco a poco, posibilitando el enfriamiento de la fe, viviendo de espaldas a Dios y organizando la vida sin referencias al Señor. Otros se fueron decepcionados por experiencias vividas en torno a la comunidad eclesial. Otro grupo decidieron por convicción que la vida cristiana no respondía a sus aspiraciones más profundas, no les convenía la vida de los cristianos.

Toda esta realidad plantea a la Iglesia que peregrina en España la necesidad de llegar a todos estos bautizados que no practican su fe o viven al margen de ella³. Desea impulsar un anuncio de Jesucristo sin miedos ni complejos. Y lo quiere hacer en primer lugar acercándose a

³ «En lo que se refiere a la edad adulta, en muchas diócesis se tienen experiencias de catequesis de adultos, de reiniciación, pero no generalizadas, sino que todo depende del dinamismo pastoral de las parroquias. Aunque hubo una época, por los años 90 del siglo xx, en la que la catequesis de adultos se promovió desde la subcomisión episcopal de catequesis, sin embargo, el seguimiento no llegó a todas las diócesis españolas y en este momento no está realmente floreciente, aunque no faltan iniciativas. [...] Como síntesis, tenemos que decir que muchos no acaban de tomarse en serio este medio extraordinario de catequesis de adultos como servicio de renovación de la vida cristiana de nuestras comunidades. No acaba de verse la necesidad de dicha catequesis como referencia para las de las otras edades por su valor paradigmático y ejemplar. Algunas diócesis, como ya se ha dicho, sí que han hecho experiencias dignas de tener en cuenta. No obstante, aún queda un largo camino por recorrer y es mucho lo que hay que cambiar, sobre todo de mentalidad en obispos, sacerdotes, catequistas y de los mismos fieles». CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *Plan de acción de la subcomisión episcopal de catequesis 2016-2020* (Edice), 40-41.

los hombres de su tiempo, compartiendo su vida, y en esa vida compartida, sembrar la semilla de la Palabra que le viene dada por su Señor. La Iglesia está empeñada en el primer o segundo anuncio. Quiere despertar de nuevo la fe de cuantos se han marchado. Desea llevar a Cristo a los que buscan la verdad y desean encontrar un sentido profundo para vivir. Quiere empeñarse para que Cristo sea conocido, amado e imitado por el hombre de nuestro tiempo.

Pero esta tarea misionera que se realiza con acierto no puede quedarse solamente en despertar la fe o suscitar una inquietud por Cristo. Es necesario que haya una continuidad para quienes se han encontrado con el Señor y desean emprender el camino cristiano. Esta continuidad demanda la oferta de un camino de catequesis de adultos bien diseñado que posibilite reemprender el proceso hacia la madurez de la fe, que proporcione una buena iniciación cristiana. La semilla que se anuncia no puede caer al borde del camino, ni entre pedregal o zarzas, sino que más bien debe hacerlo en tierra buena para que produzca fruto. La misión que la Iglesia realiza está necesitada, por tanto, de la oferta de una catequesis de adultos adecuada a los destinatarios.

Propuestas de la Iglesia en España y de la Iglesia universal

Pero no partimos de la nada. Hay un recorrido al que nos debemos unir y seguir avanzando. Me refiero a todo el impulso que la Iglesia española ha dado a la catequesis de adultos desde los años ochenta. Desde entonces la Conferencia Episcopal ha ofrecido ricos documentos que animaban y ofrecían pautas en este sentido. Quisiera destacar el documento sobre la catequesis de adultos que se publicó en el año 1990⁴. Este documento impulsó la puesta en marcha de la catequesis de adultos en muchas parroquias. Los procesos que se emprendieron dieron mucho fruto. Muchos se encontraron de nuevo con Dios y maduraron su fe y su conversión, hoy siguen participando con gozo de la vida cristiana.

⁴ Cf. COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *Catequesis de adultos. Orientaciones pastorales* (diciembre de 1990).

Por otra parte, desde el 6 de enero de 1972, disponemos del *Ritual para la iniciación cristiana de adultos*, en el que si bien lo que desarrolla es el itinerario para la iniciación cristiana de los adultos no bautizados, abre su estructura y recorrido para otros que, habiendo sido bautizados no fueron suficientemente evangelizados, no recibieron todos los sacramentos de la iniciación cristiana. Así nos lo hace evidente en el capítulo cuarto: «Preparación para la confirmación y la eucaristía de los adultos bautizados en la primera infancia y que no han recibido catequesis»⁵. En este capítulo encontramos las orientaciones pastorales precisas para la puesta en marcha de la catequesis de adultos en las comunidades cristianas.

Recientemente el nuevo *Directorio para la catequesis*⁶ habla específicamente de la catequesis de adultos y anima a las Iglesias particulares a poner en valor en cada comunidad cristiana esta forma de catequesis, «institucionalizándola» en cada parroquia. Atina el *Directorio* en afirmar de modo muy desmenuzado todos los destinatarios de este modo de catequesis desde la realidad que hoy tiene que afrontar la Iglesia⁷.

En estos documentos descritos, y en otros muchos que podríamos señalar, encontramos el deseo de la Iglesia de implantar la catequesis de adultos. De manera sinodal así se está proponiendo. Puede ser la catequesis de adultos una riqueza que permita a cada comunidad eclesial renovarse, incorporar a nuevos miembros, convertirse pastoralmente.

Metas a las que queremos llegar

Teniendo en cuenta el contexto sociocultural en el que estamos junto con la realidad eclesial en la que vivimos, acogiendo la propuesta evangelizadora de los adultos que la Iglesia nos ha hecho, después de un tiempo de discernimiento, creo que es necesario que nos pongamos en

⁵ Cf. SAGRADA CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO, *Ritual para la iniciación cristiana de adultos* (6 de enero de 1972), 295-313.

⁶ Cf. PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Directorio para la catequesis* (23 de marzo de 2020), 257-265.

⁷ Cf. *Ibid.*, 258.

camino para ofrecer itinerarios que permitan una maduración en la fe de aquellos adultos que, estando bautizados, desean reemprender la fe o completar los sacramentos de la iniciación cristiana. Esto nos obliga a trabajar con un renovado ardor, con la certeza de que es el Señor el que construye la casa y que nosotros debemos trabajar a su servicio sin descanso. Queremos invitar a todas la Iglesias particulares a abrir cauces para poner en marcha la catequesis de adultos en cada parroquia. Lo mismo que no entendemos hoy una parroquia que no ofrezca la catequesis de niños y de adolescentes, de la misma manera queremos trabajar para que se descubra la necesidad de la catequesis de adultos y se puede instituir en cada comunidad.

Estamos convencidos de que esta forma de catequesis hará mucho bien a los que quieran una reiniciación cristiana, al tiempo que renovará la vida de las comunidades cristianas tantas veces envejecidas, con nuevos miembros.

La Iglesia existe para evangelizar⁸. El mandato misionero (Mt 28,18-20) así nos lo deja claro. Pongamos punto y seguido a este camino de reiniciación cristiana. Que la ilusión evangelizadora nos ponga a trabajar para que Cristo llegue al corazón y a la vida de nuestros contemporáneos.

8 Cf. EN 15.



EXPERIENCIAS

Acción Católica General, un proyecto renovado,
al servicio de la reevangelización

119

Effatá/60. Primer anuncio «solo por hoy»
Guillermo Buzzo

133

Algunos elementos para comprender la reiniciación cristiana
de adultos en Chile
Jorge Barros Bascuñan

145

Testimonio de una confirmada de la diócesis de Lleida
Carolina Voltes

155

«Ser catequista es serlo todo el día y a todas horas»
Teresa Abad

157

El catequista ante los retos de la evangelización
Viki, catequista de Zaragoza

159

Acción Católica General, un proyecto renovado, al servicio de la reevangelización

La Acción Católica General (ACG) es una realidad eclesial que propone un cauce estable para la vivencia y el desarrollo integral de la fe cristiana de todo el laicado, es decir, para aquellas personas que ya participan de alguna forma en la vida de la comunidad parroquial y también para todas las personas a las que debemos llegar con el mensaje de Jesucristo. La Acción Católica General nace y vive en la Iglesia, al servicio de su misión apostólica; por tanto, no es para sí y no tiene sentido en sí misma.

Este proyecto tiene como cimientos las cuatro notas del Concilio Vaticano II para la Acción Católica reflejadas en el decreto para el apostolado de los laicos, *Apostolicam actuositatem*¹; el fin apostólico, la dirección seglar, la organización y la vinculación con la jerarquía.

La Acción Católica no es una asociación más, sino que en sus diversas realizaciones —aunque pueda ser sin estas siglas concretas— tiene vocación de manifestar la forma habitual apostólica de los laicos de la diócesis, como organismo que articula a los laicos de forma estable y asociada en el dinamismo de la pastoral diocesana. Pablo VI inicialmente, y últimamente y con frecuencia Juan Pablo II han calificado a la AC como «una singular forma de ministerialidad»².

Los tiempos han cambiado, las personas miran las cosas de otra manera, sienten de otra manera, se expresan, se comunican de una manera

¹ CONCILIO VATICANO II, *Apostolicam actuositatem*, 20 (1965).

² CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Cristianos laicos. Iglesia en el mundo* (1992), 96.

diferente de la de hace unos años. Las experiencias de fe también son muy diferentes y también menos frecuentes. Reconocemos que estamos siendo testigos de un cambio paradigmático de la Iglesia el cual se convierte en un desafío, en un reto que abordar con esperanza y pasión.

¿Qué podemos hacer? Pues en primer lugar debemos creer, tener confianza en que esto es de Dios, que vamos de su mano y nos empuja y sostiene. Nosotros, los discípulos de Jesús, no evangelizamos en función de la necesidad. Evangelizamos porque no sabemos vivir de otra manera y porque estamos cumpliendo con el mandato que él nos hace antes de ascender al cielo: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándolos a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,19-20).

En segundo lugar, si lo de siempre da el mismo resultado y ese resultado no es el deseado, debemos dejar de hacer lo de siempre. Y esto supone repensarnos, reinventarnos, ser osados. Debemos ser audaces en un mundo que gira con rapidez. Tenemos que ser creativos al igual que aquellos hombres que buscaron la manera de presentar al paralítico a Jesús, si no podemos entrar por la puerta... lo intentaremos por el techo (Mc 2,1-12).

La ACG ha venido elaborando durante los últimos años una propuesta que da una respuesta actualizada a las necesidades que hoy podemos tener en una parroquia a la hora de la reevangelización, incluso de configurar la comunidad parroquial. Generar las condiciones más favorables para que cada persona, desde su libertad, ponga a Dios en el centro de su vida es su intención.

El proyecto de ACG aporta perspectiva para articular la parroquia

El espacio donde se inserta el proyecto de la ACG es la parroquia. Este ha sido concebido para colaborar en la dinamización de la vida de la comunidad parroquial y para revitalizar la dimensión misionera de esta.

En el contexto de la invitación que el papa Francisco, en continuidad con sus predecesores, nos hace en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, es motivo de gran alegría que la ACG nos ofrezca este proyecto a toda la Iglesia en España como instrumento al servicio de su misión evangelizadora, tomando, como natural referencia, a la diócesis, y siempre al servicio del plan pastoral de esta.

Nos vamos a situar en el comienzo de curso en muchas de nuestras parroquias; se necesitan nuevos catequistas. A partir de ese momento comienza una búsqueda «desesperada» de esas personas que nos permitan que todos los grupos de la parroquia puedan cubrir sus necesidades. Si logramos encontrar a estas personas que, con toda la buena voluntad, se ofrecen para lo que la parroquia les pide, pasan a formar parte del equipo de catequistas de la parroquia. Esta es la forma habitual que tenemos de resolver nuestras necesidades pastorales y otros servicios, ya que podemos encontrarnos con la misma situación con Cáritas o con el equipo de pastoral de la salud...

Este modelo de parroquia funciona habitualmente cuando hay un volumen de miembros de los que se puede tirar para comprometerse. Lo que ocurre es que ahora eso ya no es así en muchas de nuestras parroquias y no es fácil encontrar a esas personas que puedan animarse a colaborar en algunas de esas tareas. Y cuando las encontramos, estas personas en la mayoría de las ocasiones no tienen la formación necesaria o apenas las conocemos y comienzan a llevar a cabo una tarea en la parroquia que no están preparadas para hacer solas.

Pero ¿se pueden hacer las cosas de otra manera? Pues sí, pero hay que ponerse manos a la obra, hacer una apuesta de conversión pastoral, aun sabiendo que no obtendremos resultados inmediatos. En primer lugar, debemos dejar de buscar a las personas porque las necesitamos para «tapar un agujero». No queremos a las personas porque las necesitamos para hacer algo, sino que nos acercamos porque queremos ofrecerles que vivan una experiencia de fe y se encuentren con Jesucristo, para que transforme sus vidas. Así, esta búsqueda no es puntual, sino una actitud permanente de anuncio, de permanente propuesta del evangelio.

Y ¿qué les podemos proponer a estas personas que se acercan a la parroquia? Debemos ofrecerles la posibilidad de ir creciendo en la fe junto con otras personas, en un equipo de vida. Estos equipos no tienen una tarea específica, como por ejemplo el equipo de catequesis. Son grupos estables, que permanecen en el tiempo, en los que ir creciendo en la vida orante y celebrativa, en el conocimiento de la fe a través de la formación cristiana y en los que poder compartir con el resto del grupo lo que nos va pasando en la vida y lo que sucede en el mundo. Con el tiempo y con la ayuda de los sacerdotes de la parroquia, de su grupo y de toda la comunidad cristiana, irán madurando en la fe y se los irá animando a implicarse en alguna de las tareas que lleva a cabo la parroquia y con un claro testimonio en el ambiente en el que se mueven y asumiendo, en algunos casos, responsabilidades sociales en el mundo de la política, la cultura, la sanidad, la familia... siempre desde una propuesta vocacional: ¿Señor, qué quieres de mí, a qué me llamas, en qué puedo servir? De esta forma, una persona siempre tendrá como referencia su equipo de vida (que no está vinculado a una función específica en la parroquia) y podrá participar en diversas tareas en distintos momentos vitales. Si estos cambian o su tiempo o disponibilidad lo hacen, no dejará su pequeña comunidad de referencia inserta en la parroquia. Es una propuesta de pasar de la pertenencia a la parroquia «por lo que haces» a «por lo que eres» y compartir y hacer crecer con los miembros de tu grupo.

Necesitamos laicos que anuncien y convoquen, que salgan y sean Iglesia en los lugares en los que viven y se desarrollan, pero no podemos evangelizar en solitario, necesitamos ir de la mano con otros laicos y con los pastores. Por eso hoy es especialmente necesario que el laicado se congregue en torno a equipos de vida, grupos de parroquias, pequeñas comunidades en las que puedan formarse, orar y llevar la vida a la oración y lo orado a la vida, que ayude a hacer realidad la integración del binomio fe-vida en la cotidianidad de las personas. Es decir, una propuesta concreta en la que niños, jóvenes y adultos puedan tener un grupo de confianza en el que poder ir creciendo de forma gradual en todas las dimensiones de la fe y que nos permitirá también que los laicos podamos actuar de forma organizada, en red, para poder multiplicar la eficacia de nuestras acciones.

Escuela discipular

Como nos dice insistentemente el papa Francisco, no se puede separar nuestra condición de bautizado de la dimensión misionera³. «Históricamente la Acción Católica ha tenido la misión de formar laicos que asuman su responsabilidad en el mundo: hoy, concretamente es la formación de discípulos misioneros»⁴. La ACG, a través de sus procesos, educa, forma a niños, jóvenes y adultos a ser testigos del amor de Dios a los demás. «La fe permite un saber auténtico sobre Dios: es un “saber”, esto es, un conocer que da sabor a la vida, un gusto nuevo de existir, un modo alegre de estar en el mundo»⁵.

La metodología del ver-juzgar-actuar nos hace estar muy pegados a la realidad donde descubrimos las llamadas de Dios y nos anima incesantemente al compromiso cristiano respondiendo, generosamente, a esas llamadas. Un método que parte de la vida del hombre para que, tras ser iluminado por la Palabra, vuelva a la vida materializado en compromiso de entrega y servicio. «Puesto que la formación para el apostolado no puede consistir solo en la intuición teórica, desde el principio de su formación el laico debe aprender, gradual y paulatinamente, a mirar, juzgar y actuar a la luz de la fe; a formarse y perfeccionarse a sí mismo, junto con los otros, mediante la acción y a avanzar así en el servicio activo de la Iglesia»⁶.

Todo esto inserto en un itinerario formativo de inspiración catecumenal que se ofrece para el desarrollo en los equipos de vida, en los grupos de parroquia. El papa Francisco nos pide: «Formen ofreciendo un proceso de crecimiento en la fe, un itinerario catequético permanente orientado a la misión, adecuado a cada realidad, apoyados en la Palabra de Dios, para animar una feliz amistad con Jesús y la experiencia de amor fraterno»⁷.

³ Cf. FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 120 (noviembre de 2013).

⁴ FRANCISCO, *Discurso a los participantes en el II Congreso Internacional del FIAC* (abril de 2017).

⁵ ACCIÓN CATÓLICA GENERAL, *La vida en el Espíritu. Guía de espiritualidad laical* (Madrid 2019), 63.

⁶ CONCILIO VATICANO II, *Apostolicam actuositatem*, 29.

⁷ FRANCISCO, *Discurso a los participantes en el II Congreso Internacional del FIAC*.

No solo debemos promover el testimonio personal de cada uno de los creyentes. La presencia organizada, articulada, de los laicos en el mundo es claramente necesaria en estos tiempos. Por eso la ACG ayuda a trazar líneas comunitarias para la misión en el ámbito parroquial y diocesano, animando a que las parroquias promuevan ámbitos de comunión y participación, tanto en el seno de la comunidad parroquial como en conexión de unas parroquias con otras.

La parroquia debe generar espacios de calidad donde comenzar a caminar en la experiencia de fe, con aquellas personas que por circunstancias diversas no habían comenzado, o espacios donde aquellos que ya habían iniciado este recorrido puedan «regenerar» la propia fe en Jesús crucificado y resucitado, donde compartir las propias preguntas más profundas y las preocupaciones cotidianas, donde discernir en profundidad con criterios evangélicos sobre la propia existencia y experiencia, con la finalidad de orientar al bien y a la belleza las propias elecciones individuales y sociales⁸.

Un proceso para toda la vida

Esta es una de las características fundamentales. La ACG es una realidad con personas de todas las edades. Es posible crear estos espacios intergeneracionales donde podamos servir de referentes unos para con los otros. Los jóvenes para los niños, los adultos para los jóvenes y que ellos a su vez nos transmitan su frescura y dinamismo a los adultos.

En definitiva, se ha articulado un proceso para toda la vida⁹. Cualquier persona de cualquier edad y en cualquier momento de la vida puede formar parte de un equipo de vida en una parroquia en el que poder vivir y profundizar en su fe. Proceso que puede comenzar con el primer anuncio de la fe (primer anuncio o propuesta de reevangelización) y que durará toda la vida del creyente. También para este momento inicial, la ACG tiene un proyecto que puede ayudar a todos a unir la experiencia fundante y el proceso formativo, son los Encuen-

⁸ FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 77.

⁹ Cf. ACCIÓN CATÓLICA GENERAL, *ibidem*, 159.

tros Cuatro⁴⁰. El papa nos recuerda: «Cualquier proyecto formativo ha de estar centrado en dos ejes: la profundización en el kerigma, la experiencia fundante del encuentro con Dios a través de Cristo muerto y resucitado. El otro es el crecimiento en el amor fraterno, en la vida comunitaria, en el servicio»¹⁰.

También es muy interesante este proceso, adaptado a todas las edades, para que la familia al completo pueda participar de forma natural en la vida de la parroquia, cada miembro debe encontrar su espacio propio. Muchas veces centramos nuestras fuerzas en el acompañamiento de niños y jóvenes, respondiendo a un modelo pastoral del pasado en el que se da por supuesta la fe de los adultos, de ahí la importancia de poner el foco en la reevangelización de los bautizados. Hoy en día es prioritaria la pastoral de adultos en la parroquia y en la Iglesia, es imprescindible que existan procesos formativos que realmente configuren una escuela discipular.

La vivencia de la fe

Es necesario cultivar todas las dimensiones de la fe, buscando un equilibrio entre todas ellas, cuidando que el creyente se pueda desarrollar de forma plena.

Comenzando por el anuncio de la fe. Es vital que podamos compartir con nuestro entorno cercano lo que hacemos en la parroquia o las experiencias de fe que tenemos, lo que hace Dios en nuestra vida, en definitiva, la transformación que ha supuesto. Jesús nos invita a llevar el anuncio misionero allá donde estemos¹¹.

El equipo de vida puede ser un elemento que nos anime a ser más naturales, más valientes y auténticos para que los demás vean que la fe es algo que nos hace mucho bien y pueda despertar en otras personas el interés por conocer a Jesús. También comunitariamente debemos tener este ámbito contemplado, no solo llevar a cabo el anuncio desde el

¹⁰ FRANCISCO, exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*, 213 (marzo de 2019).

¹¹ Cf. FRANCISCO, exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*, 177.

valiosísimo tú a tú sino a través de instrumentos que nos ayuden a ello como pueden ser los «Encuentros Cuatro40», que además favorecerán la inserción de las personas en la comunidad si así lo desean.

También es necesario que dediquemos tiempo a conocer nuestra fe, las buenas intenciones no son suficientes para dar testimonio hoy en día. Necesitamos profundizar en qué creemos, cual es nuestra fe. Sin formación cristiana no hay evangelizadores consistentes, maduros. No podemos vivir en una eterna adolescencia en lo que respecta a ella.

La formación está orientada a buscar el logro progresivo de un modo de ser, de pensar, de sentir, de actuar y de vivir profundamente cristiano. Conseguir la unidad entre la fe y la vida, a fin de que el anuncio explícito de Cristo vaya unido al testimonio, la evangelización, a la promoción humana, al servicio de la profecía, a la acción misionera, a la oración contemplativa (CARDENAL PIRONIO, 1995 / Encuentro de sacerdotes).

Necesitamos evangelizadores que oren, que cultiven un espacio interior en el que encontrarse con ellos mismos y con el Padre, que dé sentido cristiano a todo lo que hacemos. Si la oración no es el motor de todo lo que hacemos, todo pierde sentido y aparece el cansancio y comenzamos a ser expertos en poner problemas y dificultades para cualquier reto pastoral. No podemos dar por supuestas cosas que ya no suceden de forma natural. El papa Francisco nos pide: «Recen en esa santa extroversión que pone el corazón en las necesidades del pueblo [...]; recen mirando a la misión»¹².

La oración debe ir acompañada de la celebración de la fe. Y la parroquia es el lugar preferente donde podemos vivir los momentos celebrativos fundamentales de nuestra vida cristiana. Es también una oportunidad de hacerlo de forma comunitaria con otros, donde también se manifiesta la grandeza de que personas diversas comparten un mismo Espíritu y por eso se reúnen, no por una afinidad personal, sino porque todos tienen un mismo Señor que los convoca asiduamente, teniendo como centro la eucaristía que los convoca, por ejemplo en torno a la eucaristía de manera asidua.

¹² FRANCISCO, *Discurso a los participantes en el II Congreso Internacional del FIAC*.

Otra de las dimensiones que hay que promover es que podamos compartir nuestra fe. «La Acción Católica General se inserta con fuerza en el compromiso de formar para vivir en clave asociativa y comunitaria».¹³ La promoción de equipos de vida en los que podamos orar juntos, formarnos y poner en común los hechos más importantes de nuestra vida a la luz de la fe es fundamental. El equipo de vida se convierte en una pequeña comunidad dentro de la parroquia, en un espacio de confianza que enriquece nuestra experiencia creyente, que posibilita que los laicos nos acompañemos unos a otros en las experiencias claves de nuestra vida y descubramos juntos nuestra vocación laical. Este acompañamiento es complementario al que ya llevan a cabo los párrocos.

Nuestra fe, que es un regalo de Dios, no se puede quedar en una dimensión privada de nuestra vida ni se puede quedar de las puertas de la parroquia hacia adentro. Debemos vivir cristianamente. Que podamos, de forma natural, dar testimonio de nuestra fe entre nuestros amigos, entre nuestros compañeros de trabajo, o en la universidad, en definitiva, en todas las circunstancias que nos toca vivir. Que nuestras decisiones, respuestas, acciones hablen de nuestra vida interior, del estilo de vida de la propuesta de Jesucristo, y nos hagan ser testigos en el mundo de lo que Dios hace en mi vida y a lo que me invita en corresponsabilidad con los otros. «Jesús quiere evangelizadores que anuncien la buena noticia no solo con palabras sino sobre todo con una vida que se ha transfigurado en la presencia de Dios»¹⁴.

Se propone una secuenciación lógica y equilibrada de sesiones, donde el acento se va situando periódicamente en conocer, orar-celebrar y vivir. Se trata de enfatizar cada día una de esas dimensiones y así poder dedicarle tiempo suficiente para su interiorización, pero sin perder de vista que todas están interrelacionadas y subordinadas al principio de unidad fe-vida. Escuchar la Palabra, meditar, contemplar, dialogar con Jesús provoca una interpelación que tiene que llevar a dar la vida por los demás; adentrarse en el conocimiento de lo que significa ser cristiano no

¹³ ACCIÓN CATÓLICA GENERAL, *A vino nuevo, odres nuevos* (EDICE, 2014), 28.

¹⁴ FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 259.

es un mero afán academicista, de eruditos, accesible para unos cuantos, sino dar fundamentación a un modo de actuar consecuente con la fe; revisar la vida es volver a mirarla para encontrar a Dios en ella y, con actitud orante, ponerse a su servicio para transformar la sociedad.

Para los contenidos formativos que conforman la dimensión del conocer, los distintos catecismos conforman la columna vertebral del itinerario formativo. Para la etapa de infancia, el catecismo *Jesús es el Señor* y posteriormente *Testigos del Señor* son los dos catecismos propuestos y elaborados por la Conferencia Episcopal Española sobre los cuales se llevan a dinamizar las sesiones donde se pone el acento en la dimensión del *conocer*, de la formación propiamente dicha. Adicionalmente y con el objetivo de ayudar a los catequistas y acompañantes en la tarea de desarrollar las reuniones con los grupos de niños, existen unos materiales auxiliares que junto con el catecismo para cada etapa y la guía del catecismo pueden ser de gran ayuda; esto facilita que la persona que acompaña al grupo pueda centrarse en lo que es su tarea de acompañar, que excede del momento de la reunión con los niños. La elaboración de estos materiales de apoyo se llevó a cabo en coordinación con la Subcomisión de Catequesis de la Conferencia Episcopal Española.

Posteriormente, para la etapa juvenil, el YouCat es el documento de referencia para la elaboración del Itinerario Formativo para Jóvenes que hemos desarrollado para las sesiones del conocer. Teniendo en cuenta que la etapa juvenil es muy amplia, ya que hay muchas diferencias entre un joven de 16 años y uno de 30, se han llevado a cabo adaptaciones del material teniendo en cuenta la edad con la que se comienza a trabajar en esta clave con un grupo de jóvenes.

Y para la etapa adulta es el *Itinerario de formación cristiana de adultos* (IFCA) el documento de referencia para las sesiones propias de formación, del conocer, con los grupos de adultos. También en esta etapa hay adaptaciones en función del recorrido de fe que tienen los componentes del grupo. Se tiene como propuesta un material previo, que lleva por nombre *Para empezar a caminar...* y que es gestado con el objetivo de ser instrumento adecuado para las personas adultas que comienzan a tener un primer acercamiento a la fe y una primera experiencia de

compartir la fe en grupo; a este, se le puede dar continuidad con los volúmenes del material *Haciendo camino*, que es toda una escuela discipular.

Otro de los rasgos fundamentales de este proyecto es que la propuesta vocacional que lleva a dar una respuesta explícita atraviesa todo el proceso formativo. La persona se sitúa en un proceso de conversión personal y de transformación de la realidad que la rodea para lo que se propone como herramienta el proyecto personal de vida cristiana. El papa Francisco nos pide: «No se olviden de plantear el tema vocacional con seriedad. Escuela de santidad que pasa necesariamente por descubrir la propia vocación [...]: ser un evangelizador»¹⁵.

Esta metodología favorece una experiencia centrada en la transformación de la persona al modo de Cristo y la inserción en los ámbitos de presencia pública. El valor de contar con «evangelizadores con Espíritu, que oren y trabajen, que cultiven un espacio interior que otorgue sentido cristiano al compromiso y a la actividad»¹⁶.

El papel del equipo de sacerdotes de la parroquia, los consiliarios naturales de estos grupos, es fundamental. Ellos deben ser los primeros promotores de esta propuesta, involucrando en ello a los laicos que ya participan de la vida de la comunidad parroquial. Y la coordinación de todos los sacerdotes de todas las parroquias involucradas en este proceso también es vital para que la propuesta no sea solo parroquial, sino diocesana.

El anuncio de Jesucristo como prioridad

Con anterioridad hemos hecho mención de la importancia del anuncio de la fe, también desde herramientas comunitarias que nos ayuden en esta tarea. Por ello la Acción Católica General está poniendo en marcha, como respuesta al desafío que hoy representa el primer anuncio y la reevangelización para la Iglesia, el proyecto «Cuatro40», que

¹⁵ Cf. FRANCISCO, *Discurso a los participantes en el II Congreso Internacional del FIAC*.

¹⁶ Cf. FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 262.

pretende ser un instrumento al servicio de las parroquias y las diócesis, para facilitar el encuentro o reencuentro con Cristo y la posterior inserción en un proceso de crecimiento en la fe, en la parroquia.

«Cuatro40» se desarrolla inicialmente durante un fin de semana, concretamente durante 40 horas, teniendo como referencia fundamental cuatro textos evangélicos. Podemos decir que el número 40 representa «cambio». Que es el tiempo de preparación de una persona o pueblo para dar un giro fundamental. Es el tiempo que precede a un acontecimiento especialmente significativo, como los cuarenta días que preceden a la cincuentena pascual. Además, hay un encuentro fundamental, que nos narra san Juan, de aquellos primeros discípulos que vieron dónde vivía Jesús y se quedaron con él, «serían las cuatro de la tarde (la hora décima)» (Jn 1,39).

Queremos que estos encuentros sean, sirviéndonos de estos cuatro textos evangélicos que proponemos, «las cuatro de la tarde» para muchos hombres y mujeres que deciden seguir a Jesús, ver dónde vive, quedarse con él para siempre y anunciarlo a los demás. Se trata de que se llegue a reproducir, en cada persona, la misma experiencia de las «cuatro de la tarde» que empujó a los primeros discípulos de Jesús a «ir, ver y permanecer».

Ciertamente es necesario tener esa experiencia fundante que mueva a la conversión, pero también es necesario un proceso, con un itinerario claro e instrumentos definidos, donde ahondar en el kerigma y, como escuela de discípulos misioneros, en clave catecumenal, hacer un camino de acompañamiento en la vida cristiana porque «la fe, de hecho, exige ser conocida, celebrada, y vivida»¹⁷, y así vivir la santidad a la que hemos sido llamados por el bautismo en un continuo camino de discernimiento vocacional para ir descubriendo lo que Dios quiere de cada uno de nosotros.

Por eso, tras la experiencia de fin de semana vivida, tendrán lugar siete momentos, uno por semana, en los que profundizaremos en siete

¹⁷ PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Directorio para la catequesis* (EDICE, Madrid 2020), 79.

encuentros de Jesús con distintas personas, y, así, de una manera dinámica y profunda, ahondar en el kerigma, acabando con la experiencia de acogida por parte de la comunidad parroquial y desde ahí comenzar los itinerarios de formación de adultos propuestos por la ACG.

En resumen, la ACG ofrece a todas las parroquias y diócesis un proceso integral de maduración de la fe cristiana, dirigido a todas las personas de cualquier edad, con el objetivo de configurar en las parroquias un laicado estable, formado y articulado para que, acompañados por los sacerdotes, puedan llevar a cabo la tarea evangelizadora. No se trata de que haya personas que se incorporen a la ACG propiamente dicha, sino que este proyecto se ofrece para prestar un servicio a todas las diócesis y parroquias en todo lo relacionado con el crecimiento en la fe de los laicos. Los equipos de vida deben ser abiertos y participativos, en ellos debemos construir parroquia fomentando la comunión y la corresponsabilidad. Deben ser grupos implicados en la planificación, marcha y revisión de los planes pastorales y miembros activos e involucrados en el consejo parroquial. Este cambio de perspectiva requiere tiempo y paciencia, pero ayudará a caminar hacia comunidades más vivas y misioneras que viven la corresponsabilidad desde un planteamiento vocacional.

Effatá/60. Primer anuncio

«solo por hoy»

Guillermo Buzzo

Presbítero

Los caminos de la fe son únicos e irrepetibles. La certera poesía de León Felipe da testimonio de esto cuando dice:

Nadie fue ayer,
ni va hoy,
ni irá mañana
hacia Dios
por este mismo camino
que yo voy.
Para cada hombre guarda
un rayo nuevo de luz el sol...
y un camino virgen
Dios.

Es así. Cada testimonio de encuentro con Dios pone en evidencia un nuevo modo por el que el Señor nos seduce y se deja encontrar por nosotros.

Esta humilde verdad espiritual parece echar por tierra todas nuestras ordenadas pretensiones de estandarizar procesos; Dios «parece negarse a hacernos caso», y regala la fe y la conversión cuando quiere, como quiere y a quien quiere.

Es verdad que estoy exagerando un poco; pero no tanto... Somos servidores del Señor y de su evangelio, no sus contratistas. Oímos con devoción y proclamamos con humildad la Palabra de Dios, pero no tenemos derecho a adueñarnos de ella. No debemos olvidar que Dios es Dios; nosotros, en cambio, no.

Habiendo aclarado esto, es justo decir también que la Iglesia ha ido descubriendo, con el paso de los siglos y de los santos, un cierto orden o proceso común en la forma como el Señor conduce libremente las almas hacia él. No negamos que hay casos extraordinarios, pero para aceptar eso es necesario aceptar también que existe un estilo, un modo habitual de recorrer ese camino.

Todos los caminos de fe son únicos, pero en algún lugar comienzan, por algún lado transcurren y a alguna meta conducen.

Del recorrido y de la meta se deben preocupar la catequesis de iniciación y la acción pastoral, respectivamente. De hecho, en general, lo hacen: quien quiere seguir al Señor y ser su discípulo encontrará seguramente algún grupo de catequesis con el cual recorrer ese camino. Quien quiera crecer en la fe ya recibida y formada, hallará en la vida misma de la comunidad, y en diversas iniciativas de formación permanente, el alimento necesario que lo ayude a perseverar.

Pero ¿quiénes son los que nos invitan a dar el primer paso? ¿Dónde, en la Iglesia, encontramos ese llamado que nos desafía a caminar? En síntesis: ¿cómo se hace ese primer anuncio?

Algunas peculiaridades uruguayas

Uruguay posee algunas características peculiares que lo distinguen del conjunto de los países latinoamericanos. La participación religiosa de su gente no guarda relación con lo que sucede en otros países de este continente donde aún hoy se evidencia una fuerte matriz católica.

En Uruguay, según señala un estudio reciente¹ el 20 % se define como ateo o agnóstico, el 38 % se declara católico (aunque solo el 15 % de ellos participa de alguna celebración al año, es decir un 5,7 % de la población general). De los demás, al menos un 24 % declara creer en algo, pero sin ninguna afiliación religiosa (este es el grupo que registra

¹ Cf. PASTORINO, «Miguel», en J. L. PÉREZ GUADALUPE (ed.), *Pastores y políticos* (Lima 2022), 412.

mayor crecimiento, al punto que algunos ubican el porcentaje en un 35 %), el 10 % son evangélicos, el 5 % pertenecen a cultos afrobrasileños, sobre todo la umbanda. Y las demás religiones no representan más de un 1 % de la población.

Esta base social se explica y sostiene en un proceso de secularización también único, que se inicia en la segunda mitad del siglo XIX, donde se prepara la separación de la Iglesia y el Estado ratificada formalmente en la Constitución de 1919. La dimensión legal fue acompañada además de otra más importante en sus efectos, que fue la cultural, fortaleciendo en el pueblo la identidad laicista y la consiguiente reclusión de lo religioso al ámbito privado.

Expresión de esto es la secularización de las fiestas religiosas (la Semana Santa pasó a llamarse «Semana de turismo», por ejemplo), y el cambio de los nombres de muchas ciudades y pueblos que llevaban nombres de santos².

Estas características han propiciado en algunos ambientes un marcado anticlericalismo y han sido responsables de la ignorancia religiosa general. La experiencia, sin embargo, indica que quienes procuran despojar la cultura de su dimensión religiosa no consiguen suprimir esa dimensión en las personas. No obstante, en lugar de un cultivo sano de este aspecto esencial, se terminan promoviendo expresiones culturales que pueden considerarse sucedáneas de lo religioso y que intentan llenar ese vacío existencial: en Uruguay, ese lugar, en muchos casos, lo usurpa el fútbol.

Las preguntas existenciales profundas no se anulan jamás, porque ningún paliativo que se proponga termina de saciar el alma humana. Es desde allí, desde las cuestiones más centrales que habitan en el corazón humano, desde donde nos planteamos el punto de partida de la evangelización primera. No desde la doctrina, ni desde la Sagrada Escritura como argumento de autoridad. Tampoco apelando a una pretendida autoridad religiosa que muchos no reconocen ya en la Iglesia.

² Cf. *Ibid.*, 411.

Es desde la búsqueda universal de plenitud desde donde compartimos con todas las personas. Esta búsqueda nos ubica en una situación de igualdad con aquellos a quienes pretendemos evangelizar y nos desafía a brindar un testimonio humilde y sincero frente a nuestros semejantes.

Punto de partida: una realidad que demanda

Como sacerdote me encontré muchas veces con situaciones similares a las siguientes:

- Una persona joven o adulta, que quiere celebrar algún sacramento, pero no visualiza la conexión que ese sacramento tiene con la comunidad cristiana, ni ve la necesidad o utilidad de una catequesis que lo prepare. Desea simplemente recibir el sacramento.
- Alguien que se acerca a la parroquia porque será padrino o madrina de un bebé, o porque planea contraer matrimonio cristiano, pero que no tiene casi noción de la fe cristiana.
- Alguien que pide conversar con el cura, pero no necesariamente por un tema de fe, estrictamente hablando, sino simplemente porque necesita ser escuchado y consolado.
- Alguien que siente deseos de aprender a rezar o a leer la Biblia; tanto si se trata de personas medianamente integradas en la comunidad cristiana como aquellas que lo piden como búsqueda espiritual personal.
- Alguien que responde a una invitación recibida en alguna misión o como fruto de alguna convocatoria puntual.

Algunos ensayos de respuesta

¿Qué podríamos proponerles a estas personas? ¿En qué espacio o grupo parroquial sería posible integrarlos? Aquí surgen varias posibles respuestas. Escuchemos:

1. «Que empiece a venir a misa» dirá alguno... Pero ¡no! La misa requiere o reclama una iniciación previa. Y quien no la ha recibido difícilmente logrará participar activamente de la celebración.
2. «Que se integre a un grupo de catequesis» sugerirá otro... ¡Tampoco! La catequesis supone ya una primera adhesión de fe, de una conversión inicial y un deseo explícito de seguir a Jesús. La catequesis consiste en formar y dar profundidad a esa conversión inicial ya verificada.
3. «Que se involucre en alguna tarea pastoral o de promoción social en la parroquia» propondrá un tercero... ¡Menos! El compromiso cristiano es un fruto del encuentro con el Señor. De lo contrario no pasa de ser filantropía.
4. «Que vaya a hablar con el sacerdote». No es mala idea, pero algunos pueden sentirse intimidados. A los que sí vayan, de todas maneras, habrá que ofrecerles igual algún espacio donde integrarse más tarde... La charla con el sacerdote, muchas veces, pospone un poco la respuesta, simplemente.

¿Qué dejaban en evidencia estas situaciones? Que en nuestra parroquia faltaba promover —como impulsa el *Directorio para la catequesis*— espacios y propuestas concretas para el primer anuncio³. En otras palabras, nos vimos en la necesidad de crear un espacio donde las personas que se acercaban con los planteos que ejemplificamos antes y otros equivalentes pudieran encontrar una propuesta acorde. Así comenzó a surgir esta propuesta que llamamos Effatá/60.

Qué es Effatá/60 y cómo surge

Effatá/60 es una modalidad de primer anuncio pensada especialmente para aquellos que no se reconocen como miembros de la Iglesia, o que forman parte de sus actividades, pero su afiliación es solo formal o por mera tradición. Cobró vida en los últimos meses del año 2012 en

³ Cf. DC 297.

una parroquia de Salto y otra de Montevideo, simultáneamente; con el tiempo se fue replicando en parroquias de otras diócesis del Uruguay, e incluso en algunas comunidades de Andalucía, España, por vínculos de amistad que teníamos con evangelizadores de aquellas latitudes.

Effatá es la palabra que pronunció Jesús cuando sanó al sordo-tartamudo (Cf. Mc 7,34). Significa «¡ábretel!», y es eso precisamente lo que se busca en este espacio evangelizador: que el Señor pronuncie su palabra sobre nosotros y nos abra a la verdadera vida en el Espíritu. Se completa el nombre con el número 60 porque se prevé que dure 60 minutos.

El paso a paso de un Effatá/60

Effatá/60 no es un grupo ni un proceso sino una reunión única, unitaria. Se lleva adelante a través de un evangelizador que anima un encuentro para el cual no es necesario ningún requisito previo. Puede participar el que quiera. En ese encuentro, que se abre con un diálogo ameno, se abordan experiencias antropológicas profundas; llamamos así a aquellas vivencias en las que todo ser humano puede descubrirse reflejado, porque forman parte de la vida de los hombres y mujeres de todos los tiempos, culturas, y edades; experiencias profundas que viven ricos y pobres, lo que son más y los que son menos instruidos, religiosos o indiferentes. Entre estas experiencias están los miedos, la culpa, la soledad, el gozo, los distintos anhelos del corazón, el amor, etc.; «sacar a flote» esas vivencias desde la profundidad del corazón es una tarea equivalente al laboreo que tradicionalmente se realizaba en la tierra para poder sembrarla.

Evocar una experiencia antropológica profunda, es mucho más que solo enunciarla o señalarla. Es una tarea laboriosa, una labor de artesanos capaces de entretejer con calidez y sentido común un clima de confianza y apertura. Metodológicamente, estas experiencias profundas son más fácil de verlas en los otros, en primer lugar: opinar con libertad sobre esa realidad como si fuera ajena a nosotros, habilita luego a considerarla como parte de nuestra propia vida. Desde ese punto

de partida —que puede ser muy variado, pero que en cualquier caso es externo a nosotros—, el evangelizador deberá ayudar a los presentes a interiorizar y personalizar la experiencia o, mejor aún, ayudar a descubrir que esa experiencia es también la nuestra.

Esta primera parte es vital en el Effatá/60, y por eso se emplean normalmente tres cuartas partes del tiempo disponible para realizarla. No sirve ponerse ansioso, ni forzar los pasos. En esta primera parte, es preciso aplacar prejuicios, ayudar a abrir el corazón al anuncio. El material utilizado se fue elaborando lentamente. Incluye un amplio arco de propuestas desde el humor hasta la tragedia: viñetas varias (recopiladas de los grandes del humor gráfico), o noticias insólitas, como, por ejemplo: una mujer perdida en Europa siguiendo su GPS, un talentoso violinista ignorado por los usuarios del metro de Washington mientras toca su Stradivarius tasado en tres millones de euros, una mujer que les pone el mismo nombre a sus quince hijos. Todos los materiales son llamativos y sirven para abrir un diálogo, que paulatinamente se va haciendo más profundo.

Después de ese laboreo de la tierra llega el momento de soltar la semilla; tampoco aquí existe una manera única de hacerlo. Hay elementos fundamentales que se combinan de diversa manera: no puede faltar la Palabra de Dios, pero esto no significa que se proclame un texto bíblico sino que a veces será narrado, o incluso aludido a propósito de una historia personal; es necesario también el carácter testimonial, pero no significa que el evangelizador tendrá que brindar un testimonio personal siempre; es vital el cuidado del lenguaje, que necesariamente se ajustará de acuerdo con las circunstancias; y en la cumbre del encuentro, el anuncio kerigmático debe ser y sonar como una buena noticia; y cuanto más breve y concreta, mejor. No se trata solo ni principalmente de transmitir un contenido, o un conjunto de nociones y doctrinas. El evangelio no debe ser reducido a pura moral. Los participantes valoran mucho que en esos encuentros son escuchados y se llevan a casa una buena noticia que los desafía y cuestiona.

Se cierra el encuentro con un espacio propicio para la oración. No se cierra con una oración, sino con un espacio propicio para que

esa oración brote; no es adecuado proponer una oración para quien aún no tiene un vínculo con el Señor. Pero al mismo tiempo, ese momento final es una oportunidad para sondear hasta qué punto la gracia va tocando los corazones y estos van respondiendo.

Simplemente, se invita a unos instantes de silencio para repasar en el corazón lo vivido; se motiva a que cada uno —el que quiera, sepa y pueda— le hable a Dios desde el silencio de su corazón. Y también, si alguien lo desea, puede hacerlo en voz alta. De esta manera, aquellos días cuando nadie habla, no se experimenta ese silencio de manera incómoda, porque se entiende que allí cada uno puede estar hablando con Dios desde su interior. Es significativo ver cómo personas que comienzan tímidamente a participar del Effatá/60 pasan a ser muy perseverantes en la asistencia y lentamente comienzan a dirigirle su oración a Dios. Ese paso de comenzar a orar —especialmente cuando se comienza a orar en voz alta— lo hemos tenido siempre como un valioso signo de conversión inicial.

Después de unos momentos de silencio, el evangelizador cierra el encuentro con una oración personal, y una despedida sencilla donde se agradece la presencia y se informa que, en ese horario, las veces que quieran habrá cada semana una propuesta similar.

Effatá/60 es una tarea muy exigente para los evangelizadores (tanto laicos como sacerdotes) y muy reconfortante a la vez. No se da por supuesto nada (mucho menos la fe), y eso trae consecuencias.

Por ejemplo, a alguien que no cree, no se le puede decir: «Esto es así, la Biblia lo dice», porque quizás para esa persona la Biblia todavía no tiene la autoridad que un creyente le reconoce.

Y lo mismo vale también para la Iglesia, la enseñanza del papa, etc. El evangelizador se constituye en el gran testigo del mensaje que da.

Los que guían el Effatá/60 se sorprenden a menudo por la alegría profunda que despiertan estos encuentros; nos comparten testimonios muy emocionantes, y se confirma que a través de esta herramienta el Señor va haciendo cosas grandes por ellos y por todos. Permanente-

mente vemos la necesidad de revisar nuestra apertura y el modo como preparamos cada encuentro.

Solo por hoy

La convocatoria es simple: se invita a participar de un solo encuentro, que dura 60 minutos. Nada más. Se trata siempre de una reunión independiente de las otras. El lema es «Solo por hoy». Si la semana que viene la persona vuelve, encontrará otra reunión distinta, también única. Pero también podrá encontrar nuevas personas en la rueda o incluso otro evangelizador. Si falta dos meses y vuelve, no pasa nada: ese día también será «solo por hoy». Por lo tanto, nunca oírás decir: «Como dijimos la semana pasada...». Cada día, podemos decir, empieza de cero.

Se utiliza un salón sencillo, sin elementos institucionales, de fácil acceso, donde formamos una rueda de sillas, sin mesa, y con una vela al centro que encendemos sin explicar nada en el momento final del encuentro, cuando se invita a unos instantes de silencio.

La eficacia de Effatá/60 va de la mano de lo simple de sus recursos, lo concreto del mensaje, y sobre todo de la confianza que el evangelizador pone en la gracia de Dios, que es la única capaz de mover el corazón. Effatá/60 es simple en su presentación. Desafía con preguntas simples, a buscar en lo profundo. Invita al silencio, a la oración, sea privada o en voz alta. No tiene como meta tratar de convencer a nadie, ni se propone que todos los que pasen por allí salgan devotos. La única preocupación es hacer lo mejor posible la parte que nos toca a nosotros y pedirle con fe a Dios que haga lo suyo, como solo él sabe y puede hacerlo.

En resumen, en esos 60 minutos, el evangelizador, movido por la gracia de Dios, tiene la misión de acompañar a cada uno de los presentes a lo largo de un camino que se inicia con una conversación trivial (desencadenada por el recurso que sea) y que lentamente va alcanzando lo profundo de la existencia humana. Una vez allí, y solo cuando ha logrado penetrar la superficie de lo anecdótico para tocar la profundidad de lo humano, solo en ese caso, realiza el anuncio kerigmático haciendo

pie en esa experiencia humana profunda que ha evocado. Si ese laboreo no se realiza, la semilla correrá la misma suerte que aquella que cae sobre el camino y es comida por los pájaros (Cf. Mc 4,4.15).

Perfil de un/a effatero/a

«No todos servimos para todo, pero todos servimos para algo», nos recuerdan a cada rato en la Iglesia. ¿Quiénes son buenos en esta labor? En la práctica, los evangelizadores que mejor se han desempeñado en esta tarea han sido personas que han recibido la fe siendo ya adultos, por la frescura de su experiencia de encuentro con el Señor; personas a quienes su oficio o profesión las obliga a estar permanentemente en contacto con gente, porque poseen un lenguaje llano, común, no eclesiástico; cristianos con grandes dotes en el campo de las relaciones públicas, naturalmente simpáticos, ya que es un aspecto que colabora notablemente con el clima de acogida que debe reinar en estos encuentros; y personas laboralmente activas, por la autoridad que les da estar metidas en el mundo del trabajo. En ocasiones puede ser una desventaja que sea o haya sido catequista, a no ser que comprenda muy bien la diferencia con esa tarea. Por último, vicios propios de profesiones vinculadas con la enseñanza pueden terminar siendo un obstáculo, también.

Algunos frutos cosechados

La aplicación de esta metodología ha tenido muchos frutos que se pueden destacar:

- Ha propiciado en los evangelizadores que la asumen una renovada atención a la dimensión testimonial de su fe.
- Ha ayudado a los evangelizadores a tener un mayor cuidado con el lenguaje que se utiliza al momento de anunciar el evangelio.
- Ha generado un reconocimiento de la necesidad de un espacio de primer anuncio, diferente del de la catequesis, y complementario con ella.

- Ha permitido contar con un espacio que hace las veces de «pista de aterrizaje» o «puerta de ingreso» para personas que, de otra forma, no llegarían fácilmente a integrar la comunidad cristiana: invitar, por ejemplo, a participar de la eucaristía al que se encuentra alejado o se considera ajeno a la iglesia supone desconocer la iniciación previa requerida para una vivencia fructuosa de los sacramentos; incluso se presenta como un escalón demasiado alto para estas personas, la integración a un proceso catecumenal, ya que para hacerlo se requiere también una conversión inicial o, al menos, el deseo más o menos explícito de conocer a Jesús, y seguir sus huellas.
- Por último, el esfuerzo por generar un ambiente de acogida, de libertad y contención ha impulsado la conversión pastoral, entendida simultáneamente como movimiento de salida de las propias estructuras y como cultivo de actitudes de escucha y empatía para con aquellos que no forman parte de nuestras asambleas, ni se expresan con nuestras categorías.

Al final, nuestra oración

Concluyo esta presentación compartiendo una oración con la que el evangelizador que guía el Effatá/60 se prepara antes de cada encuentro. Esta oración transforma en súplica las actitudes y disposiciones fundamentales que buscamos promover en los responsables del primer anuncio:

Dios Padre bondadoso,
 que nos manifestaste tu gran misericordia
 a través de las palabras y obras de tu Hijo, Jesucristo,
 y que nos enviaste tu Espíritu Santo, Señor y dador de vida,
 para que nos conduzca hacia ti,
 recibe mi vida, humilde ofrenda,
 y haz de ella un instrumento dócil en tus manos.
 Señor Jesús,
 que recuerde que hoy no he venido a enseñar, sino a aprender;
 que no he sido enviado a juzgar, sino a anunciar tu misericordia;

que no me has llamado por mis cualidades,
sino por el gran amor que me tienes.
Necesitamos que tus labios pronuncien de nuevo: «¡Effatá!»
para que nuestros oídos se abran a tu Palabra,
y nuestra boca anuncie tus maravillas.
Amén.

Algunos elementos para comprender la reiniciación cristiana de adultos en Chile

Jorge Barros Bascuñan

Presbítero

Sin duda la iniciación cristiana de adultos se ha convertido, desde hace algunas décadas, en una de las grandes oportunidades junto con un gran desafío para la evangelización y la catequesis en las Iglesias particulares. En la práctica esta forma de catequesis concretada de variadas formas según las diócesis y contextos culturales está actuando como un camino expedito para que personas de las más diferentes edades en la etapa considerada adulta para la reflexión catequética de la Iglesia en torno a los veinte años de vida puedan reiniciarse en la fe que han profesado en diferentes grados a lo largo de su existencia.

En el caso de la Iglesia que peregrina en Chile, uno de los principales caminos que ha hecho posible este caminar desde hace más de cincuenta años, ha sido la introducción, desarrollo y consolidación de la catequesis familiar de iniciación a la vida eucarística y también de la catequesis de iniciación cristiana para adultos desde hace aproximadamente tres décadas en sus diferentes propuestas catequísticas y ediciones.

En el presente artículo, quisiera presentar como ambas catequesis se han transformado con el paso del tiempo en los grandes vehículos catequísticos actuales en Chile para hacer posible el anhelado proceso de reiniciación en la fe, cuando esta misma por diferentes circunstancias de la vida se ha enfriado y alejado de una práctica más constante y consecuente.

1. La llamada *catequesis familiar*

La *catequesis familiar* nació en Santiago de Chile hacia fines de la década de los sesenta como fruto de la renovación teológico-pastoral realizada por la Iglesia católica a partir de la celebración del Concilio Vaticano II y las primeras conferencias del Episcopado Latinoamericano¹. Estos importantes acontecimientos eclesiales despertaron una mayor toma de conciencia acerca del papel de la catequesis como un proceso dinámico de educación en la fe para los cristianos.

Esta catequesis para la familia ha sido, durante más de cincuenta años, el camino a través del cual un gran número de niños se han preparado para celebrar el sacramento de la eucaristía y de la reconciliación. A través de este mismo camino, también un número incontable de padres y madres de familia se han reencontrado con su propia vocación bautismal y matrimonial recibiendo o completando la iniciación cristiana. Al mismo tiempo han tomado conciencia, en diversos grados, del papel fundamental e irremplazable que tienen en la transmisión de la fe para sus hijos.

De esta manera una multitud difícil de dimensionar ha visto renacer su propia vida cristiana, desarrollando una amistad con Jesucristo en sintonía con la vida sacramental. Esta catequesis ha sido el espacio donde redescubrieron a Cristo y a la Iglesia, despertándose en ellos una auténtica vocación de servicio a la comunidad cristiana y a la sociedad.

La implementación de la *catequesis familiar* a pesar de todas sus naturales limitaciones, porque no hay una catequesis perfecta, ha probado desde la práctica pastoral que el sacramento de la eucaristía puede convertirse en «fuente y cumbre de toda la vida cristiana» (LG 11). Ha sido muy consolador y alentador poder constatar y evaluar como las comunidades que implementaron esta forma de catequesis se renovaron incorporando a una gran cantidad de familias en la vida de

¹ Hasta ese entonces se habían realizado las conferencias de Río de Janeiro (1955) y Medellín (1968).

la Iglesia junto con el surgimiento de una gran variedad de servicios pastorales de la más variada índole.

La incorporación de los padres de familia a la catequesis de sus hijos ha permitido darle un carácter muy novedoso al proceso catequístico y ha constituido uno de sus principales aportes. La participación de los padres se ha presentado y justificado como una excelente oportunidad para que estos cumplieran el compromiso bautismal de educar en la fe cristiana de sus hijos. Reflexionar con ellos acerca de diversas temáticas de la vida cristiana, de una manera ordenada y periódica, ha constituido una experiencia absolutamente inédita para la historia catequística de nuestro país. A esto, se agrega que el hogar encontró con esta forma de catequesis un elemento relevante para convertirse en una «Iglesia doméstica». Es decir, un lugar de transmisión de la fe, de lectura de la Palabra de Dios, de invitación a celebrar la eucaristía, orar en familia y un lugar de compromiso con la vida de la Iglesia con una mayor comunicación entre sus miembros y de estos con la comunidad local.

La *catequesis familiar* se limitó en un primer momento a enseñar a los padres un método para entregar determinadas verdades de fe a sus hijos. Pronto se constató que muchos de ellos no habían vivido una experiencia personal de encuentro con Jesucristo, de conversión ni de instrucción religiosa, por lo cual no se los podía convertir en «maestros o comunicadores de la fe» de sus hijos. Efectivamente, la mayoría de esos padres de familia no habían aceptado a Jesucristo, ni a la Iglesia en sus corazones con un relativo nivel de compromiso. No había un conocimiento ni una experiencia de fe real. Fue entonces evidente que no podrían guiar a sus hijos por el camino del discipulado cristiano si ellos mismos no lo habían iniciado o era todavía muy incipiente.

Como consecuencia de esta situación, la *catequesis familiar* de iniciación a la vida eucarística, que nació como un instrumento al servicio de la educación de la fe de los niños, fue transformándose paulatinamente en uno de los medios de evangelización para adultos más eficientes de los últimos tiempos. De hecho, muchos padres de familia que eran

catequizados con este método se fueron incorporando gradualmente a la vida de la Iglesia, lo que ha constituido por décadas, en las diversas iglesias particulares, una fuente de renovación para la vida parroquial y eclesial en su conjunto.

Por otra parte, los catequistas descubrieron una nueva vocación pastoral: la de invitar a otros adultos, como son sus catequizandos, a convertirse en discípulos de Jesucristo. Esta labor adquirió un carácter muy peculiar y favorable por el hecho de realizarse en el corazón de pequeños grupos de adultos, que se reúnen semanalmente, en un ambiente de oración y confianza, lo que ha posibilitado el intercambio de la fe y de la vida junto con la participación gradual de los miembros de la familia en la vida de la Iglesia.

En las últimas décadas, la *catequesis familiar* con su última edición, *El Señor sale a nuestro encuentro*, ha dejado de ser una experiencia exclusivamente latinoamericana, encontrando también sus propios caminos de realización en Europa, África, Norteamérica y Asia. Actualmente está presente en algunas diócesis de algunos países de diversos continentes entregando evidentes frutos de evangelización para la vida de la Iglesia.

Agradecemos al Señor el don de la *catequesis familiar* y valoramos sus grandes aportes, hasta ahora plenamente vigentes y en pleno desarrollo a pesar de los grandes cambios experimentados por la sociedad global en la que vivimos, las circunstancias que enfrentamos como una larga pandemia y la grave situación eclesial de los últimos tiempos a raíz del escándalo de los abusos de poder, sexuales y de autoridad experimentados por personas de diversas edades y situaciones.

En esta línea los principales aportes a modo de síntesis de este camino catequístico han sido:

- El descubrimiento de la familia como agente de evangelización.
- La mejoría y composición de las relaciones familiares.
- La promoción humana y social de las familias catequizadas.

- La evangelización del ambiente familiar.
- Los progresos que se constatan en la educación religiosa e iniciación cristiana de los niños y de sus padres.
- La iniciación en la vida litúrgica y sacramental de la Iglesia para las familias.
- El nacimiento de nuevas comunidades cristianas.
- La incorporación de numerosos jóvenes a la tarea evangelizadora de la Iglesia.
- La renovación eclesial a nivel parroquial y diocesano, con vocaciones para el servicio pastoral y eclesial, como el diaconado permanente y el servicio de la catequesis.
- La promoción e inserción de los adultos en la comunidad cristiana.
- El espacio donde los laicos han aprendido a reconocer la responsabilidad eclesial y su misión en la sociedad.
- Una mayor comprensión y vivencia del sacramento de la reconciliación, de la eucaristía y su participación en la construcción de una sociedad más cristiana.

2. La catequesis de iniciación cristiana para adultos

Esta catequesis específica, en las tres ediciones realizadas durante más de treinta años en la arquidiócesis de Santiago de Chile y extendida en la mayoría de las 27 diócesis del país, sin duda ha constituido un valioso instrumento catequístico para hacer posible y concreta la reiniciación cristiana para los adultos de la nación y más allá de sus fronteras.

Este programa, que guarda una continuidad histórica con dos propuestas catequísticas anteriores que dependieron del Instituto de Catequesis de la arquidiócesis de Santiago, sirvió a generaciones de catecúmenos,

pero al mismo tiempo dio un salto cualitativo al colocarse en sintonía con el contexto más amplio de la acción pastoral actual de la Iglesia en los nuevos contextos socioculturales que vivimos.

El desarrollo de la última edición y programa formativo para los catequistas sigue, en lo fundamental, las directrices formuladas por el *Ritual de iniciación cristiana de adultos* (RICA) y asume las tareas fundamentales para la educación de la fe señaladas en el *Directorio general para la catequesis* del año 1997². Siguiendo el espíritu del Concilio, este renovado Ritual recupera con mucha fuerza el catecumenado antiguo y sus diversas etapas, «aunque nuestra práctica bautismal sea casi exclusivamente con niños recién nacidos y el bautismo de adultos apenas tenga lugar en nuestra tarea pastoral»³.

La catequesis de iniciación cristiana de adultos, *El Señor nos llama a vivir con él*, es, ante todo, un *itinerario de fe* que tiene como finalidad el encuentro con Jesucristo, la inserción en su misterio pascual y en la vida de la Iglesia. Esta enseñanza se realiza mediante la proclamación de la Palabra, la llamada a la fe y a la conversión, la celebración de los sacramentos de iniciación y la incorporación en la comunidad cristiana. Es un camino de discipulado y misión vivido en la Iglesia en sus dimensiones profética, litúrgica, comunitaria y del servicio. Se trata de un proceso gradual y sistemático y, a la vez personal y comunitario, en el que se encuentra la oferta salvadora de Dios nuestro Padre que sale al encuentro del hombre en la persona de Jesucristo. Lo realiza por medio de la Iglesia y la libertad de la persona, que está invitada a acoger esta oferta de salvación. Cuando lo hace, es haciéndose cargo de su propia historia personal, su cultura, sus preguntas y búsquedas, encontrando en Jesús de Nazaret y su mensaje una orientación decisiva que le puede cambiar la vida.

En este sentido, el marco teológico-bíblico que ha inspirado el programa catequístico para esta catequesis particular está dado por la categoría del reino de Dios, proclamado e inaugurado por Jesucristo.

² DGC, 85-86. 2007.

³ ARZOBISPADO DE SANTIAGO, *Ritual de la iniciación cristiana de adultos* (Santiago 2000); NARCISO CARD. JUBANY ARNAU, *Presentación de la versión castellana del Ritual de la iniciación cristiana de adultos* (Madrid 1976).

Se espera que los catecúmenos se inicien a la vida cristiana acogiendo a Dios Padre como Señor de sus vidas y orientados por los criterios del reino tal como lo anunció Jesús de Nazaret y lo continúa haciendo la Iglesia por su mandato para que así puedan vivir su vida y la fe en la Iglesia y en la sociedad. En este marco general se presentan los contenidos fundamentales de la fe cristiana junto con elementos espirituales y doctrinales propios de la iniciación cristiana.

Los obispos de Chile desde hace un largo tiempo han hablado de un rápido proceso de cambio cultural, de malestar social, clamor por mayor justicia social, crisis de fe, de identidad y de sentido junto con un profundo anhelo de familia, conciencia del valor del respeto a la creación y de la dignidad de la vida entre otros temas relevantes. Por otra parte, los cristianos siempre hemos necesitado recomenzar desde Cristo, pues en él «la cultura puede volver a encontrar su centro y su profundidad, desde donde se puede mirar la realidad en el conjunto de todos sus factores, discerniéndolos a la luz del evangelio y dando a cada uno su sitio y su dimensión adecuada»⁴.

Este ha sido el propósito del programa catequístico de iniciación cristiana de adultos elaborado por la arquidiócesis de Santiago de Chile, *El Señor nos llama a vivir con él*, el cual ha buscado iniciar a las personas adultas en el encuentro con Jesucristo, conocido, amado, seguido, celebrado y testimoniado en la Iglesia con la firme convicción de que con él es posible la vida plena que ellas buscan en medio de las vicisitudes históricas propias de nuestro tiempo.

Esta catequesis para adultos ha querido generar también en los catecúmenos una mirada de discípulos que les permita ver con ojos de creyentes toda la realidad, reconociendo el paso de Dios por su historia, e impulsándolos a responder fielmente a su vocación. Esta mirada creyente les ha permitido ver y entender con mayor hondura las dinámicas profundas de la realidad y acoger con alegría la presencia salvadora de Jesucristo, reconocido como camino, verdad y vida.

⁴ Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL DE CHILE, *Orientaciones pastorales 2014-2020. Una Iglesia que escucha, anuncia y sirve* (Santiago 2014).

En el marco de este propósito, han surgido algunos retos particularmente importantes que este programa procura asumir, para expresar la vitalidad y eficacia de la catequesis en el contexto actual, fiel a las orientaciones catequéticas actuales de la Iglesia. De esta manera el proceso catequístico incorpora las siguientes dimensiones:

- Considera las situaciones propias de la vida adulta, de acuerdo con las actuales circunstancias socioculturales y religiosas, utilizando un lenguaje actualizado y una simbología propia para la etapa adulta de la vida humana.
- Se ofrece como un servicio fundamental a la evangelización de la Iglesia, como parte estructurante de la pastoral destinada al encuentro con Jesucristo y con un acentuado carácter misionero.
- Anuncia los misterios esenciales del cristianismo, promoviendo la experiencia trinitaria de la vida en Cristo, como centro de la vida de fe.
- Se sitúa en línea con la más rica tradición de la catequesis patristica, favoreciendo la formación de la personalidad creyente como una verdadera escuela de pedagogía cristiana.
- Considera como tarea prioritaria la preparación y formación de catequistas dotados de una fe auténtica y de un alto compromiso eclesial.

En este contexto el gran objetivo que esta catequesis de reiniciación cristiana se propuso desarrollar fue un proceso catequístico para adultos que favoreciera un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, de adhesión personal con la fe recibida, la celebración de los sacramentos de iniciación y la inserción en la Iglesia como discípulos misioneros del Señor al servicio del reinado de Dios en la sociedad en la cual vivimos.

Los principales destinatarios considerando la preocupación de la Iglesia por aquellas personas que no han celebrado los sacramentos de iniciación o que, habiendo celebrado alguno o todos ellos, no están suficientemente evangelizadas, son los siguientes:

- Adultos que no se han incorporado plenamente en la vida sacramental de la Iglesia.
- Adultos bautizados que han sido evangelizados, pero que no han recibido los sacramentos de la confirmación o la eucaristía.
- Adultos que, habiendo recibido los sacramentos de iniciación, no están suficientemente evangelizados.

3. Realización y proyecciones

Damos gracias al Espíritu del Señor que ha suscitado en la arquidiócesis de Santiago de Chile caminos catequísticos que ha permitido la evangelización de un número incontable de personas y familias que han visto renacer su fe y prolongarla hacia estadios de la vida cristiana superiores junto con la satisfacción de encontrar métodos o caminos para la evangelización de la familia y de los adultos.

En esta línea no deja de sorprender que el primer método catequístico de la catequesis familiar haya sido motivo de estudio a través de congresos, seminarios y presentaciones, pero sobre todo se haya logrado adaptar para incorporarse a la tradición y trabajo catequístico de una innumerable cantidad de diócesis repartidas por el mundo que de una u otra manera lograron tomar contacto con esta propuesta catequética.

En mi experiencia como formador de catequistas en numerosas diócesis de América Latina y el Caribe durante los últimos diez años no deja de admirarme como ambas propuestas catequísticas por una parte han encontrado un nicho de propuestas casi vacío. En ella pastores, catequistas y catequizandos han descubierto felizmente una respuesta a sus anhelos para una mejor transmisión y formación del pueblo de Dios en las circunstancias culturales que vivimos.

Queda por delante en un futuro próximo el gran desafío de la renovación de ambas catequesis de iniciación cristiana. Los grandes aportes entregados por la reflexión catequética especialmente materializada

en el *Directorio para la catequesis* (2020), junto con otros importantes documentos y textos de reflexión elaborados por universidades en revistas especializadas, delegaciones nacionales y diocesanas, seminarios y congresos internacionales y nacionales, sin duda marcarán la pauta para una adecuada actualización y avances catequísticos para dos instrumentos que han sido imprescindibles en la acción evangelizadora y catequística de nuestra arquidiócesis, nación y para algunas diócesis esparcidas en diferentes puntos de la tierra.

Testimonio de una confirmada de la diócesis de Lleida

Carolina Voltes

En nombre de los siete jóvenes confirmados el pasado 18 de junio en la parroquia del Pilar

Hoy me dirijo con un corazón lleno de alegría y gratitud para compartirte mi testimonio de la confirmación. Esta experiencia ha sido un momento significativo en mi vida, y sé que marcará un antes y un después en mi camino personal y espiritual.



Durante el proceso de preparación para la confirmación, he aprendido mucho sobre mi fe y la relación con Dios. He estado acompañada por personas maravillosas que me han guiado y animado en este viaje. He aprendido a comprender mejor los valores fundamentales del cristianismo y profundizar en mi comprensión de la Biblia y de las enseñanzas de Jesucristo.

La confirmación no es tan solo una ceremonia, sino un compromiso personal con mi fe y la comunidad cristiana. A partir de ahora, quiero vivir mi vida de manera coherente con las enseñanzas de Jesús, buscando siempre la justicia, el amor y la compasión en todo lo que haga.

Me comprometo a ser un testigo activo de mi fe, no solo con las palabras, sino también con mis acciones cotidianas. Quiero extender una

mano amiga a los necesitados, defender los derechos de los más vulnerables y fomentar la paz y la armonía en el mundo que me rodea.

Soy consciente de que la vida puede presentar desafíos y momentos de duda, pero la confirmación me ha dotado de las herramientas espirituales y de la comunidad para afrontarlos. Con la gracia de Dios, estoy preparada para crecer en mi fe, afrontar los obstáculos y vivir una vida plena de significado y propósito.

Quiero dar las gracias a Dios por esta oportunidad de confirmación, y también a todos aquellos que han sido parte de esta experiencia en mi vida. El apoyo, el amor y las enseñanzas recibidas han sido inestimables.

Ahora me pongo en manos de Dios y me comprometo a caminar con fe, esperanza y amor en este nuevo capítulo de mi vida. Que la confirmación es solamente el principio de una vida llena de crecimiento espiritual y servicio a los demás.

26 de junio de 2023

«Ser catequista es serlo todo el día y a todas horas»

Teresa Abad

Delegación de catequesis de Madrid

Compartimos con vosotros el testimonio de cómo surgió la vocación de ser catequista de Rosa María Abad León, primera ministra de la catequesis en España, coordinadora de catequistas de la Vicaría VII y miembro del Equipo de Expertos de la Delegación de Catequesis de la archidiócesis de Madrid. Este artículo ha sido publicado en la revista *Galilea 153*.

Todo comenzó el día que me acerqué a mi parroquia para preguntar: «¿Dónde puedo ayudar?». La respuesta del párroco fue: «Siendo catequista».

Con mucha ilusión y un poco de incertidumbre me preparé unas oraciones y me dirigí hacia la sala donde me esperaba un grupo de niñas que, cuando les dije que Dios es nuestro Padre y que nos quiere mucho, una de ellas me interrumpió diciendo que a ella su padre le había quemado con cigarros.

Cerré el catecismo porque vi claro que, si quería que Dios entrase en sus vidas, tenía que ser a través de sus corazones.

Y allí, con estas niñas que procedían de un mundo muy complicado, entendí que ese era mi lugar. Con el paso de los años he sido consciente de que ser catequista no es cuestión de estar en un sitio, un día determinado a una hora fija. Ser catequista es serlo cada día y a todas horas.

La tarde que me propusieron el ministerio del catequista, a mi cabeza vinieron dos imágenes: por un lado, el texto del evangelio del joven

rico que cuando Jesús le pide un poco más, él le dice «no» y, por otro, María con su «sí» incondicional.

Dije sí, con miedos, con incertidumbre, con responsabilidad, pero, sobre todo, con agradecimiento hacia Dios por haberse fijado en mí.

26 de junio de 2023

El catequista ante los retos de la evangelización

Viki

Catequista de Zaragoza



El pasado fin de semana tuvo lugar en Peralta de la Sal la Escuela de Catequistas. Espacio donde cada verano podemos encontrarnos todos los catequistas de Aragón que queremos disfrutar de unos días de oración, formación, cultura y cohesión. En la Escuela se cuidan estos momentos:

- La eucaristía por las mañanas, la oración personal y comunitaria en el templo o disfrutando de los jardines que rodean la casa.
- La formación. Durante varias sesiones, José María Pérez, hermano de La Salle y experto en catequética con experiencia, utilizó el hilo conductor de la nueva evangelización, tan necesaria como retadora, para plantearnos posibilidades llenas de Espíritu que siempre parten de una espiritualidad cuidada y fortalecida del catequista; reforzar metodologías y estrategias que ya estamos

desarrollando; animar a innovar y huir de «lo de siempre» permaneciendo en salida hacia la otra orilla; recordar la inmensa importancia de la catequesis en la Iglesia de Jesús y como base de la evangelización.

En la tarde del sábado, llegamos hasta el santuario de Torreciudad, donde participamos de novedosas y sugerentes experiencias de fe que acercan al mensaje de amor de Dios a través de *video-mapping* en el retablo del templo, realidad virtual y hologramas.

- Para conocer el entorno cultural, visitamos la Bodega Pirineos, recorrimos sus instalaciones y disfrutamos de la cata de algunos de sus caldos más especiales. Igualmente, al caer la noche, disfrutamos tomando un refresco y dando un paseo mientras nos conocimos un poco más y mejor.

Contamos con la compañía de monseñor Julián y monseñor Ángel, obispos de Huesca y de Jaca y de Barbastro-Monzón, y los miembros de casi todas las delegaciones de Catequesis de Aragón.



Ha sido una experiencia estupenda para finalizar el curso, con la que poder cerrar y plantear posibilidades nuevas para septiembre. ¡Nos quedamos con ganas de repetir la experiencia de nuevo el curso próximo y desde aquí animamos con ilusión a todos los compañeros a venir con nosotros!

Escuela de Verano, Peralta 2023

INFORMACIONES

Celebración de la entrega de la cruz	163
Yincana de catequesis en Huétor Tájar de la diócesis de Granada	164
Primer anuncio: una tarea que «debe emocionarnos»	165
La diócesis de Asidonia-Jerez vive el primer rito de entrada de catecúmenos	167
Encuentro diocesano de Evangelización en Orihuela-Alicante	169
La Escuela Bíblica Lux Mundi se afianza y ya prepara el nuevo curso en la diócesis de Plasencia	171
Catequesis de familia de Santa Catalina Thomàs en Establiments de la diócesis de Mallorca	173
Los obispos del sur de España publican la carta pastoral <i>María, Estrella de la Evangelización. La fuerza evangelizadora de la piedad popular</i>	175
Catequetas de la península ibérica reunidos en Alfragide	180
La diócesis de Albacete pone en marcha un plan de formación para el acceso a los ministerios laicales	182
Encuentro de catequistas del Marquesado para terminar el curso en la diócesis de Guadix	183

Celebración de la entrega de la cruz

Se ha confeccionado este material para que los niños que empiezan la catequesis de la primera comunión también puedan jalonar su proceso con una celebración, a la que están invitados también sus padres, hermanos, abuelos...: toda la familia.

Al comienzo del catecumenado, los que querían ser bautizados y tenían buenas intenciones y disposiciones para ello, eran admitidos al mismo con una celebración: el rito de entrada en el catecumenado. Los interesados eran recibidos en la puerta del templo y se les hacía la señal de la cruz, la señal de nuestra salvación.

Por eso, siguiendo estas consideraciones, presentamos el misterio de la cruz a los niños que se preparan en vistas a la eucaristía, para que sigan a Cristo en el amor a los demás, para que poco a poco vayan abrazando el camino del Señor convirtiéndose a él.

Quizás el tiempo de Pascua sea perfecto para esta celebración (aunque también puede dejarse para Cuaresma u otro tiempo que parezca más oportuno).

*Delegación de Catequesis de la diócesis de Cartagena,
17 de mayo de 2023*

Yincana de catequesis en Huétor Tájar de la diócesis de Granada

Cuando el curso 2022-2023 llega a su fin, un año más, la parroquia de Santa Isabel, en Huétor Tájar, puso en marcha su yincana catequética, una iniciativa divertida en la que participan los niños de catequesis para poner en práctica lo aprendido durante el año.

Los más pequeños participaron durante dos horas en un conjunto de juegos —hasta 12 en total—, organizados por los catequistas, sobre los temas que se han tratado durante todo el curso en la parroquia.

«Los niños lo agradecen mucho. Todos se quieren hacer presentes en este momento lúdico», explica su párroco don José Carlos Isla, quien recuerda que es una iniciativa que va dirigida a los niños de catequesis, pero también participan otros niños, como amigos y familiares de los pequeños que se preparan para la primera comunión.

Organizados por grupos, la yincana comienza con la elección de un nombre bíblico con el que se designará el grupo al que se pertenece, y con el que se presentan ante el resto de participantes. «La idea es que todos sean protagonistas y que no haya uno solo que lleve la voz cantante, sino que todos se ayuden mutuamente a sacar adelante ese juego, de forma que puedan poner en práctica ese arte de amar que Jesús nos enseña», explica el párroco.

Después de los juegos, los niños disfrutaron de una merienda hecha por los catequistas, con frutas, zumos, dulces, «para que también sea una fiesta y puedan compartir ese momento con todos ellos».

Diócesis de Granada, 26 de mayo de 2023

Primer anuncio: una tarea que «debe emocionarnos»

Antes, la fe se engendraba y transmitía en la familia, en la escuela y la sociedad en general. La Iglesia, en ese ambiente de cristiandad, se dedicaba, «simplemente», a «cuidarla y alimentarla». Ahora, sin embargo, los tiempos han cambiado y esas estructuras transmiten hoy en día una cultura distinta, mientras la Iglesia sigue haciendo lo mismo que en épocas pasadas: alimentar una fe que hoy no ha sido engendada. «Es como cultivar sin haber plantado». De ahí que la promoción del «primer anuncio» se ha convertido en una urgencia en la vida de la Iglesia y cada vez se pongan más esfuerzos por lograr que sea efectiva.

En ello está trabajando el equipo diocesano de primer anuncio, que hoy ha marcado el encuentro sinodal celebrado en la archidiócesis. Una jornada de formación y convivencia en torno a Pentecostés nacida como una de las propuestas de la última Asamblea Diocesana y que ha contado con trabajo en talleres (sobre niños, jóvenes, Cáritas, parroquias misioneras y equipos parroquiales de primer anuncio) y un panel de experiencias donde se han expuesto algunas de las iniciativas puestas en marcha en la Iglesia burgalesa a raíz del proceso sinodal. Entre ellas, el desarrollo de Alpha para novios, el curso de ecología integral implantado en la Facultad de Teología, celebraciones en espera del presbítero en la Ribera y tareas de comunicación en los arciprestazgos. También ha habido tiempo para una animada velada después de la comida y una vigilia de oración.

«Evangelizar es la tarea y vocación propia de la Iglesia», ha subrayado el coordinador de este nuevo equipo diocesano, Julián Palencia. Para él, evangelizar es «suscitar el interés por Jesucristo y generar un movimiento de la persona hacia la fe inicial». Es, en definitiva, «proponer el mensaje nuclear del evangelio» a través de elementos variados y

complementarios, como el testimonio, el anuncio explícito, la acogida, la catequesis y la celebración de los sacramentos de iniciación cristiana. Una tarea que debe «emocionarnos» y alentar una nueva manera de ser Iglesia.

«Es necesario tener una estrategia, un plan», ha explicado. El suyo, transmitir a toda la archidiócesis la conciencia de un cambio de paradigma, dar a conocer qué es y supone el primer anuncio, iniciar procesos en torno a esta realidad, animar equipos por zonas, parroquias y organismos diocesanos, organizar encuentros sobre esta temática y crear una red de oración. «Frente al lamento y resignación de no hacer nada tenemos que lograr lo imposible con la ayuda del Espíritu», ha señalado Luis Daniel Rodríguez, del equipo diocesano.

Enviados a la misión

La jornada ha concluido con la celebración de la vigilia de Pentecostés. El arzobispo ha enviado a cumplir con su misión evangelizadora a algunas personas que realizan alguna misión pastoral específica: en el trabajo con niños y jóvenes; en torno a las familias; en el campo de la ciencia, la cultura y la universidad; en el trabajo y el mundo de la economía; en la cultura de la salud, la comunicación, la política y el primer anuncio.

«Evangelizar no es vender un producto», ha señalado don Mario Iceta, sino «llevar al Señor a una sociedad que muere de sed». «Hemos de ser personas cántaro para que el Señor resucitado se haga presente como luz en las oscuridades». Para ello, ha explicado, es necesario cumplir una serie de pasos, como la escucha —«para no dar una respuesta a un interrogante que nadie se ha hecho»—, dedicar «tiempo de calidad» y «de persona a persona» —«se ha terminado el tiempo de las grandes convocatorias»— e «invitando a la conversión»: «No es pedir que Dios bendiga nuestro estilo de vida, sino ser cristificados, santificados con su gracia». Así, ha dicho, «Jesús comenzará a ser luz en la oscuridad de nuestro mundo».

Archidiócesis de Burgos, 27 de mayo de 2023

La diócesis de Asidonia-Jerez vive el primer rito de entrada de catecúmenos

En la jornada del sábado 3 de junio, el primer templo de la diócesis vivía un hecho histórico. Se trataba de la primera vez que se llevaba a cabo el rito de entrada de catecumenados. Once personas que a través de una serie de signos eran acogidos en la Iglesia



para comenzar así un proceso formativo y espiritual. Este provocará que el corazón de cada uno de ellos se vaya transformando para mirar hacia Cristo y así poder llevar a cabo su misión. Cabe destacar la presencia de la Delegación que se encarga de esta tarea, hablamos de la Delegación de Iniciación Cristiana, cuyo delegado diocesano es el sacerdote José Arjona, y cuya subdelegada es Carmen Andrades. Esta última, cuya responsabilidad es el catecumenado bautismal, ha sido la encargada, junto a otros sacerdotes y miembros de la vida consagrada, de acompañar a estas once personas que han sentido la llamada del Señor y quieren comenzar a seguirlo.

En la homilía, el señor obispo de Asidonia-Jerez recordó que todo lo que la Iglesia quiere transmitir en esta celebración está resumido en el evangelio, en concreto se atestigua que esta celebración se llevaba a cabo a finales del siglo II, cuando aquellos que habían recibido el don de la fe y tenían inquietud por conocer a Cristo eran recibidos por la

Iglesia. Asimismo, ha explicado cada signo, comenzando desde el principio donde se inicia fuera de la santa iglesia catedral, mostrando así que la Iglesia no es un edificio sino una comunidad que acoge.

Por otro lado, ha mencionado el diálogo que tienen Andrés y Juan cuando vieron a Jesús y comenzaron a seguirlo. Ya que este momento explica, como destaca monseñor Rico Pavés, lo que les pide la Iglesia a estos once catecúmenos, que se dejen guiar y pongan su corazón en Cristo. Igualmente, otro de los momentos que subrayar es cuando reciben la cruz, la cual se ha realizado como señal en la frente, para que Cristo los acompañe en sus pensamientos, en los oídos, para que se dispongan a escuchar la Palabra de Dios, en los labios, para que sus palabras sean respuesta coherente a lo que el Señor les pide, en el pecho, para que sus decisiones se dejen tocar por el amor del Señor, y por la espalda, para que lo que les pase puedan vivirlo desde él.

En otro orden de ideas, ha recordado que al entrar en la Iglesia reciben la luz de Cristo, la que va a orientar sus pasos. Del mismo modo han comenzado un camino, el cual se avanza respondiendo a las distintas inquietudes que Cristo irá haciendo surgir en el corazón de cada uno, y para ello deben ayudarse del acompañamiento de catequistas, sacerdotes o de miembros de la vida consagrada.

Por último, monseñor Rico Pavés mencionó la importancia de saber que cada momento que la liturgia nos trae tiene su significado, recordando que se les hará entrega de la Biblia, ya que esta es luz para los pasos de cada uno y con ella sabrán lo que Cristo les pide en cada momento. Asimismo, ha subrayado que confíen en el Señor, ya que a partir de ahora comienzan el camino que los llevará hasta recibir los sacramentos de la iniciación cristiana.

Diócesis de Jerez de la Frontera, 5 de junio de 2023

Encuentro diocesano de Evangelización en Orihuela-Alicante

Un salón de actos del obispado lleno hasta la bandera acogió el pasado sábado 3 de junio el tradicional Encuentro diocesano de Evangelización con el lema «¡Es la hora! Hacia una renovación misionera de nuestras comunidades». En esta asamblea se suele hacer memoria del trabajo diocesano del curso que culmina y se presentan los objetivos pastorales para el curso siguiente. En esta ocasión se ofreció un primer avance del que será el nuevo Proyecto diocesano de Evangelización para los años 2023-2029, fruto de todo un curso de discernimiento en torno a la oración del padrenuestro y del trabajo del equipo que conforma la recientemente creada vicaría de evangelización.

Estuvo presidido por el obispo diocesano, monseñor José Ignacio Munilla, dando comienzo a las nueve y media de la mañana y culminando en torno al mediodía. Se proyectó un vídeo con la memoria audiovisual de los momentos, proyectos e iniciativas más destacados del curso y se presentó el nuevo logo para la diócesis de Orihuela-Alicante.

Se contó además con la ponencia de José Santiago Pons, decano de la Facultad de Teología San Vicente Ferrer de Valencia, con el título: «Hacia la renovación misionera de las comunidades».

Este es un momento importante para todos los miembros de la Diócesis ya que se presentan las principales líneas que marcarán la vida diocesana en los próximos años.

Convocatoria del señor obispo, monseñor José Ignacio Munilla

Durante este curso, hemos puesto a toda nuestra Iglesia diocesana a discernir qué es lo que el Señor quiere de nosotros. Hemos pedido al Espíritu Santo que nos guíe en este discernimiento pastoral, para proyectar los próximos seis años de nuestra Iglesia diocesana. Para ello, nos hemos sentado a orar, con la oración del padrenuestro, buscando la voluntad de Dios, nos hemos juntado a reflexionar y hemos escuchado cómo el Espíritu habla a su Iglesia. Ha sido un trabajo sinodal, en el que todos hemos sido y nos hemos sentido corresponsables de la misión de la Iglesia. De esta manera, surge el Proyecto diocesano de Evangelización para los años 2023-2029.

Para darlo a conocer, os convoco a todos, sacerdotes, diáconos, religiosos, consagrados, laicos, delegaciones y secretariados diocesanos, movimientos y asociaciones que trabajáis pastoralmente en nuestra Iglesia, consejos de pastoral de las parroquias, agentes de pastoral de cualquier área, en definitiva a todos los cristianos que de una forma u otra estáis bregando en estas aguas diocesanas, al próximo Encuentro diocesano de Evangelización que tendrá lugar el día 3 de junio a las 10 h. en el salón de actos del obispado. Presentaremos el Proyecto diocesano de Evangelización precedido por la ponencia de don José Santiago Pons Domenech, decano de la Universidad Católica de Valencia. Él ha sido el promotor del congreso recientemente celebrado en Valencia sobre buenas prácticas parroquiales. Él nos alentará a tomar nuevos caminos, a echar las redes en el nombre del Señor, donde él hoy quiere llegar.

Hoy vuelve a resonar en nuestro corazón la invitación del Señor: «Rema mar a dentro», y yo os invito a imitar la docilidad de los apóstoles y responder: «En tu nombre, echaremos las redes».

Diócesis de Orihuela-Alicante, 5 de junio de 2023

La Escuela Bíblica Lux Mundi se afianza y ya prepara el nuevo curso en la diócesis de Plasencia



Después de la enorme aceptación que tuvo en su primer curso, en el segundo, la Escuela Bíblica Lux Mundi, aun sin llegar a las cifras del año anterior, parece consolidarse en el trabajo y en las prácticas diarias de la diócesis. El pasado 25 de mayo, su consejo asesor mantuvo una reunión para hacer repaso del curso pastoral que está a punto de concluir y para planificar el desarrollo del próximo. La valoración fue totalmente positiva, a pesar de no llegar a las cifras anteriores. En total, están en funcionamiento unos cuarenta grupos en las parroquias, que engloban a cuatrocientos alumnos, aproximadamente.

En la citada reunión, también se establecieron los cauces necesarios para una mayor cohesión entre los responsables de la escuela y los animadores/guías de los diversos lugares. Para ello, se ha procedido a realizar una labor conjunta y se ha programado ya un encuentro

de animadores para el próximo 14 de octubre, una vez que finalice el verano y arranque el nuevo curso. El objetivo es ayudar y animar a los responsables de los grupos en esta tarea de dinamización bíblica, que se sientan acompañados. En su tercer año, la Escuela Bíblica trabajará materiales preparados que nos introducirán en el Antiguo Testamento, concretamente en el libro del Éxodo. Desde el consejo asesor se anima a todas las personas, especialmente a sacerdotes y laicos comprometidos con la pastoral bíblica, a difundir y desarrollar los grupos de escucha de la Palabra.

Diócesis de Plasencia, 13 de junio de 2023

Catequesis de familia de Santa Catalina Thomàs en Establiments de la diócesis de Mallorca



Coincidiendo con el día del Corpus, solemnidad del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, los grupos de catequesis de familia tuvieron una mañana de convivencia en Establiments en la casa de espiritualidad de las Misioneras del Verbum Dei. Tanto los niños y las niñas como los padres, con dinámicas simultáneas, prepararon la celebración de la eucaristía. Moisés, en la primera lectura de la misa, invitaba al pueblo de Israel a recordar las maravillas que Dios había hecho a su favor y a dar gracias. También los padres y los pequeños, en un clima de oración,

hicieron memoria de las maravillas que Dios ha ido haciendo en sus vidas, y prepararon peticiones, ofrendas y acciones de gracias que entonces se llevaron a la misa que se celebró en final de la mañana. El almuerzo y una larga sobremesa coronaron la jornada.

A primera hora del atardecer, allí mismo, hubo una reunión del párroco con los nuevos responsables de la «Movida con Jesús». Este movimiento infantil y juvenil está encaminado sobre todo a poder ofrecer a quienes ahora van realizando la primera comunión la posibilidad de continuar vinculados a la parroquia para seguir creciendo en la fe.

Diócesis de Mallorca, 14 de junio de 2023

Los obispos del sur de España publican la carta pastoral *María, Estrella de la Evangelización.*

La fuerza evangelizadora de la piedad popular



Coincidiendo con los días en los que se cumple el XXX aniversario del cuarto viaje apostólico de san Juan Pablo II a España, realizado del 12 al 17 de junio de 1993, los obispos del Sur de España han publicado la carta pastoral *María, Estrella de la evangelización. La fuerza evangelizadora de la piedad popular*. Recuperan algunas de las enseñanzas que el santo padre nos dejó, que son estímulo para el tiempo presente y

que manifiestan la fuerza evangelizadora que tiene la piedad popular. En aquel viaje apostólico, el papa san Juan Pablo II visitó Sevilla para clausurar el XLV Congreso Eucarístico Internacional, y Huelva, donde visitó el santuario de Nuestra Señora de la Cinta y el monasterio de la Rábida y, como romero, peregrinó al santuario de Nuestra Señora del Rocío.

En esos lugares marianos, san Juan Pablo II llamó a María Santísima «Estrella de la Evangelización» y reclamó una nueva evangelización, frente al secularismo y la descristianización que iban creciendo en la sociedad. Pasados treinta años, los obispos constatan que esos fenómenos de secularismo y descristianización afectan también gravemente a realidades y expresiones vinculadas a la piedad popular. Por ello, con esta carta pastoral, quieren de nuevo volver la mirada al hermoso patrimonio eclesial de la piedad popular a fin de ofrecer orientaciones que «ayuden a mostrar su fuerza evangelizadora y favorezcan su purificación, siempre necesaria».

Comienza la carta pastoral presentando cómo se integra la piedad popular en la vida del cristiano, que cree, celebra, se compromete y ora desde la fe en Jesucristo y en comunión con la Iglesia.

La piedad popular, cuando es genuina, tiene como fuente la fe, vivida con autenticidad y coherencia: carece de sentido profesar con los labios el *Credo* y vivir de manera contraria a la fe y moral de la Iglesia.

Los obispos también recuerdan la importancia de la liturgia, como la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia. Así, se debe dar preeminencia a la participación en la misa dominical, al sacramento de la penitencia, a la oración litúrgica y al año litúrgico sobre cualquier manifestación devocional. Igualmente, es importante, dicen, que las prácticas devocionales no alteren las celebraciones litúrgicas.

Recuerdan los obispos en su carta que el compromiso nacido de la caridad es constitutivo de la vida cristiana y que la promoción de la justicia, la preocupación por los más necesitados o la defensa de la dignidad humana no son tareas opcionales para el seguidor de Jesucristo.

Así, una vida de fe que no se traduzca en obras concretas de caridad no es auténtica. La piedad popular se presenta como escuela de compromiso cristiano.

También la oración es constitutiva del cristiano y, por tanto, lo ha de ser en la piedad popular, que nace de la oración y conduce a ella. Así, las hermandades están llamadas a ser talleres de santidad.

En la segunda parte de su carta pastoral, los obispos recuerdan cómo en la última visita *ad limina* de los obispos españoles celebrada en enero de 2022, durante el encuentro con los obispos de Andalucía, Extremadura, Murcia e islas canarias, el papa Francisco les pidió expresamente estar cerca de las hermandades y cofradías, reconociendo su aportación importantísima a la piedad popular. Atendiendo a esa llamada, los obispos recorren los rasgos de la identidad católica de las hermandades y su contribución específica a la evangelización.

Tanto san Juan Pablo II como Benedicto XVI han hablado de la importancia de la piedad popular y de las hermandades en la tarea de la nueva evangelización. Francisco, además, ha invitado a las hermandades a celebrar el jubileo de 2025, dejándose animar por el Espíritu Santo. Para ello, deben recorrer el camino de la «evangelicidad», es decir, caminar tras las huellas de Cristo, en la escucha cotidiana de la Palabra de Dios; de la «eclesialidad», entendida como caminar juntos, recuperado su sinodalidad y proponiendo proyectos comunitarios de formación, discernimiento y deliberación en contacto vivo con la Iglesia local, los obispos y las diócesis; y de la «misionariedad», o sea, caminar anunciando el evangelio, testimoniando la fe y cuidando especialmente a quienes padecen las nuevas pobreza de nuestro tiempo.

Sobre la identidad católica de las hermandades, los obispos recuerdan cómo, aunque nacieron en el siglo *xi*, hoy siguen manteniendo sus mismos fines, que son formación, culto y acción caritativa. Sin embargo, la llamada de los últimos papas a impulsar una nueva etapa evangelizadora hace ver la necesidad de añadir un cuarto fin: la participación activa en la misión evangelizadora de la Iglesia.

Y sobre la tarea evangelizadora de las hermandades, recuerdan que, si la Iglesia existe para evangelizar, las hermandades que sean auténticamente eclesiales existirán también para evangelizar. La primera preocupación de una junta de gobierno no ha de ser tanto el cuidado del patrimonio material cuanto llevar el evangelio a todos sus miembros.

Así, las hermandades pueden contribuir decisivamente a la tarea evangelizadora si contribuyen a la transmisión de la fe, se comprometen en la práctica de las obras de misericordia y son portadoras de esperanza para nuestro mundo.

En la transmisión de la fe, las hermandades están llamadas a ser escuelas de vida cristiana. Parroquias, movimientos y colegios pueden encontrar en las hermandades, cuando cuidan su identidad eclesial, un entorno complementario de fe, donde desarrollar de manera completa los itinerarios de iniciación cristiana. Es recomendable que, junto a las vocalías de infancia y juventud, en las juntas de gobierno de las hermandades exista también una vocalía de iniciación cristiana, que, de acuerdo con las directrices diocesanas y de la propia parroquia, ofrezca los recursos para que niños, jóvenes y adultos puedan completar su iniciación cristiana, catequética y sacramentalmente. Se entiende así que solo pueden formar parte de una junta de gobierno quienes hayan completado su iniciación, habiendo recibido los sacramentos del bautismo, confirmación y eucaristía, junto con el hábito de la confesión sacramental. Otra tarea que las hermandades pueden aportar en la misión evangelizadora es ser refugios de misericordia, donde se ofrece el consuelo de la misericordia divina a tantas personas heridas, pero también, como recuerda el papa Francisco, saliendo al encuentro de las heridas de nuestros contemporáneos y haciendo de la Iglesia un «hospital de campaña».

Finalmente, dicen los obispos, las hermandades contribuirán a la evangelización si son portadoras de esperanza. Las hermandades, a través de la devoción a sus titulares, están llamadas a dar testimonio de Cristo resucitado mediante el acompañamiento en el duelo y las prácticas de la piedad popular que ayudan a mantener encendida la llama de la esperanza.

También son evangelización las hermandades por el camino de la belleza, con la veneración de las imágenes —sabiendo que no se veneran por ellas mismas, sino por lo que representan— y las procesiones, que han de cuidarse para que sean auténticas manifestaciones de fe.

La carta está firmada el 14 de junio de 2023, coincidiendo con el 30.º aniversario de la visita de san Juan Pablo II al santuario de Nuestra Señora del Rocío.

Diócesis de Córdoba, 19 de junio de 2023

Catequetas de la península ibérica reunidos en Alfragide



«El ministerio del catequista en la Iglesia local» fue el tema del encuentro de catequistas luso-hispano que tuvo lugar en Lisboa este pasado fin de semana. «Con este encuentro queremos ayudar a crear una base de reflexión para que los tomadores de decisiones puedan decidir de la mejor manera posible sobre un ministerio importante en y para la Iglesia», explica a EDUCRIS el canónigo Luís Miguel Figueiredo Rodrigues, de la organización.

La idea de reunir a expertos en el tema de ambos lados de la frontera nació «de la cercanía que se generó en la reflexión sobre estos temas» y de una «conciencia de la necesidad de generar sinergias y fortalecer relaciones» sobre «una realidad que es la catequesis y que es común a las dos iglesias locales». «No queremos, de ninguna manera, que estos encuentros [n. d. r.: el primer encuentro tuvo lugar en Braga, en 2019], salgan con pautas de lo que es, pero que permitan profundizar en un camino que hay que recorrer».

Publicada en 2021 con el título *Antiquum ministerium*, la carta apostólica del papa Francisco abrió la posibilidad de que el servicio del catequista se convierta en un ministerio laico en la Iglesia.

«Este ministerio no es algo que se obtiene al final de un curso. Se trata más bien de reconocer una práctica en alguien en una determinada realidad diocesana», aboga el sacerdote de Braga.

La reflexión de los catequistas de ambos países se centró en «la oportunidad de la institución, las dificultades y claves para su puesta en marcha y, por supuesto, los desafíos por afrontar», completa.

Para Fernando Moita, director de la Secretaría Nacional de Educación Cristiana (SNEC), este encuentro «entre catequistas portugueses y españoles» es un signo de su interés común por «encontrar respuestas a los desafíos de la transmisión de la fe». «En 2019 colaboramos con el encuentro que reúne a los catequistas portugueses y la Asociación Española de Catequistas. Es una oportunidad para aprender, compartir experiencias y reflexionar sobre los desafíos que enfrenta la catequesis para que podamos encontrar respuestas concretas a la transmisión de la fe en las Iglesias locales, en un momento en que el papa Francisco nos interpela con esta propuesta, que es el ministerio del catequista», asume EDUCRIS.

Para la funcionaria, «la SNEC como servicio de la Comisión Episcopal para la Educación Cristiana y la Doctrina de la Fe (CEECDf), y su presidente don António Moiteiro, expresan gran interés en esta reflexión conjunta de dos países hermanos». La iniciativa tuvo lugar en el seminario Nossa Senhora de Fátima de Alfragide.

Archidiócesis de Madrid, 19 de junio de 2023

La diócesis de Albacete pone en marcha un plan de formación para el acceso a los ministerios laicales

El Instituto Teológico Diocesano, la Delegación de Liturgia y la Delegación de Catequesis ofrecen un plan de formación para el acceso a los ministerios laicales: catequista, lector y acólito. Este curso ha sido diseñado siguiendo las orientaciones trazadas por la Conferencia Episcopal Española.

El objetivo del curso es proporcionar una formación sólida sobre los núcleos fundamentales de la fe cristiana; orientar y acompañar para realizar un discernimiento dentro de los distintos ministerios. Este plan formativo quiere capacitar a laicos, religiosas y religiosos para el ejercicio de los distintos ministerios laicales. Para ello se va a realizar una formación teológico-didáctica, donde las sesiones tendrán una parte teórica y otra práctica a través de talleres.

El curso se puede realizar presencial o telemáticamente durante dos años. La matrícula estará abierta del 1 al 30 de septiembre. Las clases comenzarán el 3 de octubre.

Diócesis de Albacete, 25 de junio de 2023

Encuentro de catequistas del Marquesado para terminar el curso en la diócesis de Guadix



Los catequistas del arciprestazgo del Marquesado se reunieron, el pasado 23 de junio, en un encuentro de fin de curso, para revisar lo vivido durante el año y, sobre todo, para poner la mirada en el curso que viene. Bajo el lema «Vosotros sois la sal del mundo», el encuentro tuvo lugar en el salón parroquia de Jerez del Marquesado y al mismo asistieron catequistas de las parroquias de La Huertezuela, Huéneja, Dólar, Alquife, La Calahorra, Aldeire, Cogollos, Alcudia de Guadix, Charches y Jerez del Marquesado, que hicieron de anfitriones.

Los catequistas se dieron cita ese viernes 23 por la tarde. El encuentro comenzó con una oración y un canto de bienvenida, a los que siguió una charla de formación impartida por José Antonio Robles, arcipreste y párroco de Jerez, que habló sobre el sentido de la misión

en el papa Francisco, que invita a estar siempre «en salida». Se trata este de un concepto clave en las enseñanzas del papa Francisco que habla de disposición, de testimonio, de capacidad de arriesgar e innovar, de querer llegar a más y más lejos, de huir de la comodidad, de no replegarse, de no olvidar que la misión es parte esencial de la Iglesia. Y la catequesis en la parroquia es, sin duda, misión e Iglesia en salida.

Tras los contenidos formativos vino un tiempo de convivencia, en el que, además, se compartieron algunos dulces llevados por las parroquias.

Al encuentro asistieron todos los sacerdotes del Marquesado y, con él, se puso fin a un curso de catequesis en las parroquias, que ha preparado a chicos y jóvenes para los sacramentos de la iniciación cristiana. Por supuesto, también se pensó en el nuevo curso que tendrá que comenzar a la vuelta del verano. Pero ahora toca descansar.

ANTONIO GÓMEZ

Delegado diocesano de MCS de Guadix, 27 de junio de 2023

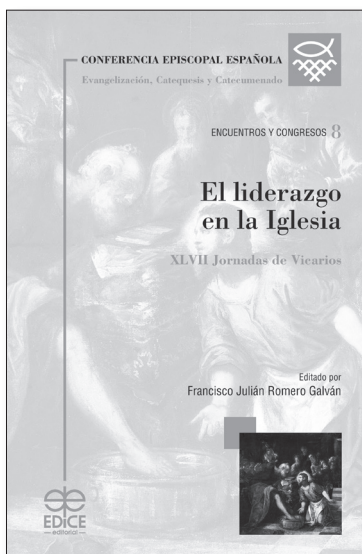


LIBROS

El liderazgo en la Iglesia. XLVII Jornadas de Vicarios	187
Orientaciones sobre la institución de los ministerios de lector, acólito y catequista. <i>Ad experimentum</i> por cinco años	192
El catequista narrador 1	194
Catequesis de iniciación. Introducir en el discipulado de Jesús	196
La sabiduría de las parábolas	197
Catequética. Manual de catequética fundamental	198

El liderazgo en la Iglesia. XLVII Jornadas de Vicarios

Editado por Francisco Julián Romero Galván



Sinopsis

En este volumen se recogen las ponencias de las Jornadas de Vicarios celebradas en Santiago de Compostela los días 4 y 5 de mayo de 2022. El jesuita don Francisco José Ruiz Pérez aborda con realismo y sensatez un tema de importancia para el ejercicio del servicio pastoral en la Iglesia. Nos estamos refiriendo al liderazgo en la Iglesia. En este momento, ¿hay crisis de líderes? ¿Cómo ejercer el liderazgo desde las claves de Cristo?... Nuestro autor aborda el tema abiertamente partiendo

de un planteamiento: «Cuando hablamos de liderazgo, ¿a qué nos estamos refiriendo?». Nos da pautas y pistas a este respecto que nos permiten entender la responsabilidad como servicio y entrega, como Cristo lo hizo. Al mismo tiempo, profundiza en cómo ejercer «El liderazgo en la Iglesia hoy» para ser cauces de un auténtico servicio de evangelización. Por último, nos señala el autor las «Dificultades y retos en el ejercicio del liderazgo». La lectura y estudio de estas ponencias puede ayudar a los que ejercen un servicio en la Iglesia desde qué claves entenderlo y vivirlo.

No somos los miembros de la comunidad de discípulos de Cristo agentes de una empresa, somos servidores del evangelio y las claves del liderazgo han de ir pautadas por el evangelio y la imitación de Cristo. La Iglesia precisa hoy de líderes que sepan discernir la voluntad de Dios para entregarse a ella sin fisuras ni componendas¹.

¹ Extracto de la presentación.

Introducción

Para muchos de nosotros el «liderazgo en la Iglesia» es un asunto de vital importancia. Sin duda lo es para los vicarios episcopales, que ocupan un lugar relevante en sus respectivas diócesis, pero también para cualquiera que desempeñe una responsabilidad en el pueblo de Dios.

Entendemos por «liderazgo» aquella cualidad que da a quien lo ostenta una fuerza, una capacidad de influencia tal que mueve a un grupo determinado de personas a actuar de acuerdo con sus fines. Aunque existen muy diversas opiniones sobre la naturaleza del liderazgo, esta definición genérica y formal nos sirve para entendernos ante el problema del liderazgo en la Iglesia. Se trata del peso, la relevancia, la efectividad que tiene un determinado impulso o movimiento, encarnado en un grupo, una persona, una idea, un sentimiento, en la comunidad eclesial.

¿En qué se basa este peso, esta capacidad de poner en marcha, influir, sintonizar, organizar, motivar y estimular a la comunidad?

A veces el liderazgo en la Iglesia ha surgido espontáneamente, como una gracia especial, un carisma que arrastra tras de sí muchos seguidores en sintonía con la forma de vivir la fe, el lenguaje, las maneras «del líder», como es el caso de los fundadores e iniciadores de movimientos. En este sentido, aunque solo indicara un aspecto de su persona y de su obra, Jesucristo sería el gran (único) líder.

Lo normal en la Iglesia es que el liderazgo se plantee como un reto en quienes reciben una misión, un encargo relevante. De alguna manera, tarde o temprano, tendrán que abordar grandes cuestiones: el nombramiento recibido, las normas que lo acompañan, la autoridad que lo otorga; dicen que a partir de ahora se ocupa un puesto específico ante el pueblo de Dios. Sabemos que este encargo es un servicio y comporta una responsabilidad ante los demás, de forma que las palabras, los gestos, las acciones dejan de ser exclusivamente individuales, para constituir una comunicación «cualificada» por la misión recibida.

En esta circunstancia uno, para lograr que su trabajo sea eficaz, puede hacer valer su «autoridad», se puede refugiar en el cargo, en el nombramiento recibido y en el poder que las leyes otorgan a este.

Sin embargo, sabe que esta vía, aunque alguna vez resulte efectiva, no es suficiente.

Tampoco sería suficiente, en un correcto concepto de la relación entre naturaleza y gracia, entender la misión desde una perspectiva providencialista, sostenida unívocamente en la acción de Dios, sin concurrencia de la libertad y el entendimiento humanos. Pues también es gracia de Dios disponer de los recursos que aportan los conocimientos y recursos humanos para mejorar el desempeño de la misión. En nuestro caso, disponer de las aportaciones de la sociología y de estudios en general sobre el liderazgo humano.

En definitiva, siempre tendremos que discernir y adaptar estos recursos a las exigencias de la misión eclesial. Como se explicará en este trabajo, tendremos que precisar cuáles son las características específicas del liderazgo eclesial, asumirlas y dilucidar sus exigencias prácticas. Estas características dimanarán, en primer lugar, de la revelación, especialmente de Jesús y del modelo apostólico. También de los conocimientos humanos sobre el liderazgo social. Y no podremos olvidar la situación presente, donde se ejerce el liderazgo eclesial. En definitiva, el estudio del liderazgo eclesial nos aboca al trabajo de discernimiento en el Espíritu. Un discernimiento que tratará de responder a la cuestión fundamental: qué forma de actuar y de servir en la Iglesia nos está pidiendo el Espíritu.

En la ponencia que aquí se ofrece podemos hallar un modo de liderazgo en el Espíritu, ajustado al momento presente e inspirado fundamentalmente en la espiritualidad ignaciana. De él podemos extraer muchas consecuencias prácticas, oportunas y convenientes para el ejercicio del ministerio en la Iglesia. Quizá conviene subrayar que la buena práctica de un verdadero liderazgo forma parte de la misión recibida y que lo único que garantiza la eficacia pastoral de nuestro ministerio seguirá siendo el Espíritu Santo, que nos mueve, llama, inspira y acompaña.

✠ AGUSTÍN CORTÉS SORIANO. OBISPO DE SANT FELIU DE LLOBREGAT.
*Obispo miembro de la Comisión Episcopal para la Evangelización,
Catequesis y Catecumenado*

Presentación

El mandato misionero de Jesús (cf. Mt 28,18-20) nos avisa que estamos llamados a evangelizar, a hacer discípulos, y que el Señor estará con nosotros todos los días hasta el final de los tiempos, asistiéndonos y acompañándonos en la misión. La Iglesia, como nos decía san Pablo VI en *Evangelii nuntiandi*, «existe para evangelizar».

En este empeño evangelizador nos situamos en medio de un contexto secularizado que nos plantea nuevos retos y que nos abre caminos inéditos en la tarea encomendada. Llamada a una nueva evangelización, la Iglesia quiere buscar los nuevos lenguajes y métodos para que el ardor misionero se encauce y pueda dar frutos.

Para esta misión evangelizadora siempre, también hoy, se necesitan servidores que, desde la humildad del último puesto, sean líderes como Jesucristo para el anuncio de su evangelio. El servicio nos debe caracterizar. El liderazgo en clave de servicio es uno de los retos de los evangelizadores de nuestro tiempo.

Para dar respuesta a esta realidad, la Comisión para la Evangelización, Catequesis y Catecumenado de la Conferencia Episcopal Española, en su área de vicarios, abordó el tema del liderazgo en la Iglesia en las Jornadas de Vicarios. Nos reunimos más de setenta vicarios de las diferentes diócesis españolas en Santiago de Compostela en los días 3 y 4 de mayo de 2022. Guiados por la sabiduría y el buen hacer del padre Francisco José Ruiz Pérez, J. S., decano de la Facultad de Teología de Deusto y estudioso del tema del liderazgo en la Iglesia, con una rica experiencia personal en el ejercicio de este, planteó el recorrido de las Jornadas en tres ponencias, las cuales recogemos en las páginas de este libro. En la primera de ellas quería clarificar conceptos y aclarar que cuando hablamos de liderazgo, ¿a qué nos estamos refiriendo? Respondiendo a esta pregunta llevó a los participantes a adentrarse en esta realidad que es tan suya y de tanta importancia para ellos como colaboradores inmediatos de los obispos en sus diócesis. Le siguió otra ponencia que llevaba por título «El liderazgo en la Iglesia hoy». No somos los miembros de la comunidad de discípulos de Cristo agentes de una empresa, somos servidores del evangelio y las claves del liderazgo han de ir pautadas por el evangelio y a imitación de Cristo. La Iglesia precisa hoy de líderes que sepan discernir la voluntad de Dios para entregarse a ella sin fisuras ni componendas. El recorrido de las ponencias en las Jornadas finaliza

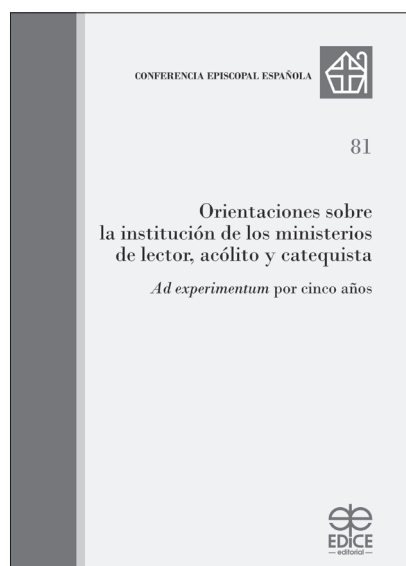
enfrentándose don Francisco José a las dificultades y retos en el ejercicio del liderazgo. Ser conscientes de las dificultades que vivimos y de retos que se nos abren en el hoy de la Iglesia. Somos hombres y mujeres de esperanza. El Espíritu Santo nunca nos va a faltar.

La reflexión de nuestro ponente hizo posible un debate rico con los participantes en la búsqueda de un ejercicio eficiente de liderazgo en nuestros días en las Iglesias particulares. Ojalá que la publicación de estas ponencias sirva para una lectura y estudio sosegado que abra perspectivas de acción para todos los que en la Iglesia ostentan alguna responsabilidad significativa. Con ese fin la Comisión para la Evangelización, Catequesis y Catecumenado pide a EDICE publicar estos textos. Que su lectura nos siga alentando en la tarea evangelizadora para hacer de nuestras Iglesias comunidades vivas, abiertas y misioneras en las que se anuncie el evangelio con un fuerte ardor, se celebren los sacramentos y se haga presente el reino de Dios especialmente en el servicio a los que más lo necesiten.

FRANCISCO JULIÁN ROMERO GALVÁN
*Director de la Comisión para la Evangelización,
 Catequesis y Catecumenado de la CEE*

Orientaciones sobre la institución de los ministerios de lector, acólito y catequista. *Ad experimentum* por cinco años

Conferencia Episcopal Española



Los obispos españoles han firmado unas orientaciones sobre la institución de los ministerios laicales de lector, acólito y catequista, con el fin de ayudar a la reflexión e ir marcando unas directrices comunes a todas las diócesis españolas.

Se han elaborado en conjunto por la Comisión de Liturgia y nuestra Comisión.

En este documento se responde a y se reflexiona sobre las posibles preguntas como: ¿qué son los ministerios en la Iglesia?, ¿cuáles son

las novedades recientes en el tema de la ministerialidad?, ¿qué compete a cada uno de estos ministerios?, ¿quién podría recibirlos?, etc. Termina en el apéndice con una propuesta de formación, en primer lugar, de manera conjunta para los tres ministerios, y después desarrolla otro apartado para una formación específica.

Conocer, estudiar y profundizar en este documento es de debido cumplimiento para los delegados de catequesis y de liturgia de las diócesis, y poder así promover y suscitar la llamada a recibirlos. Todo candidato, como nos dice el documento, tendrá un proceso de discernimiento que lo ayudará personalmente, y también al obispo, y en definitiva a la Iglesia, a saber si Dios lo ha elegido para ese servicio.

El catequista narrador 1

Secretariado de Catequesis de Galicia



El Secretariado de Catequesis de Galicia publica del segundo tomo del proyecto El Pozo de Sicar, el primero de los cuatro volúmenes que contiene este tomo: *El catequista narrador 1*.

La novedad de este material está en presentar una formación para los catequistas basada en la misma inspiración catecumenal que se le pide que tenga la catequesis; a la

vez que integra en ella el actual enfoque del aprendizaje basado en competencias. Ambas perspectivas se integran en este material para ponerse al servicio de la formación de los catequistas desde los nuevos parámetros marcados por el nuevo *Directorio* y convertirlos en auténticos discípulos-misioneros.

En el segundo tomo nos centramos en las «Competencias para la misión del catequista» para que pueda ejercer como tal. Se propone al catequista un camino que recorrer para adquirir progresivamente determinadas habilidades y destrezas. Estas habilidades y destrezas serán las que lo acrediten como competente para poder actuar como tal y para ejercer dignamente su ministerio catequético. En este camino formativo, paso a paso, el catequista tendrá la oportunidad de ejercitarse o entrenarse en las dimensiones formativas del «ser» y del «saber estar con», del «saber» y del «saber hacer».

Iniciamos en este primer volumen titulado *El catequista narrador*, que nos presenta la reflexión sobre el tipo de catequista que se requie-

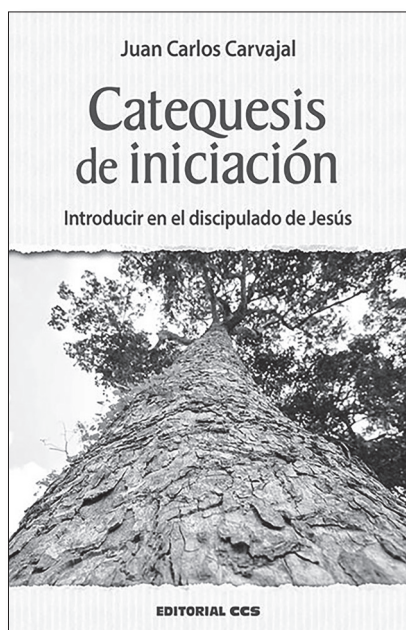
re para impulsar y animar las tareas descritas por el *Directorio para la catequesis* (DC 79-89). Dibujamos, en primer lugar, la figura ideal de la mente, el corazón y las habilidades prácticas de ese catequista y, en un segundo momento, concretamos el camino que seguir para equipar su mente con los conocimientos necesarios (el «saber») y su corazón con las actitudes básicas (el «ser»).

Estimados catequistas, aprovechen este verano para que por medio de la lectura de este y otros textos que se les han propuesto, fortalezcan su ser y quehacer de catequistas.

Web de catequesis de Galicia, 4 de julio de 2023

Catequesis de iniciación. Introducir en el discipulado de Jesús

Juan Carlos Carvajal

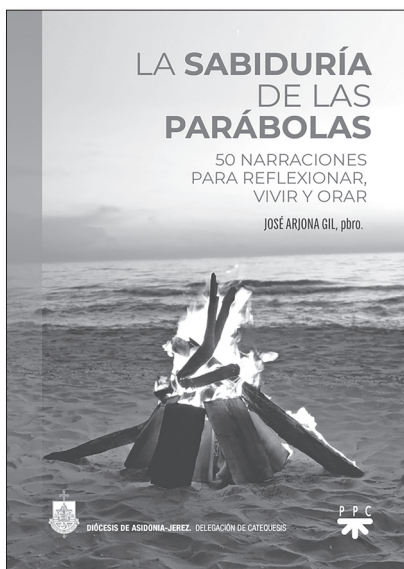


«No se nace cristiano, se hace». Esta afirmación de Tertuliano (siglos II-III) goza hoy de gran actualidad. Dado por finalizado el tiempo de cristiandad y consciente de las insuficiencias que existen en su práctica catequística, la Iglesia lleva largo tiempo promoviendo una catequesis que, en verdad, sea capaz de «hacer cristianos». La Iglesia es madre y maestra. Ella, por medio de la catequesis, introduce a sus hijos en los misterios de la fe y, así, al hacerlos partícipes por esta fe de los sacramentos de iniciación bautismo-confirmación-eucaristía, los engendra como hijos de Dios y

hace posible que experimenten la nueva vida de Jesucristo, al seguir sus huellas y tomando parte de su misión.

La sabiduría de las parábolas

José Arjona Gil

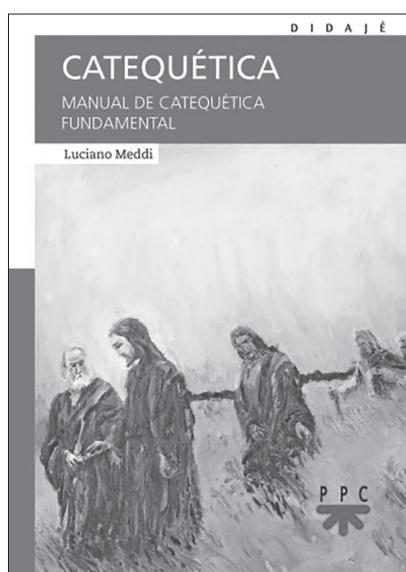


En este libro se recogen cincuenta narraciones que pueden ayudar a reflexionar sobre las cosas que acontecen en la vida, a orarlas a la luz de la Palabra de Dios y a vivirlas para ser un poco más feliz. Este contenido se puede utilizar para iniciar alguna reunión y ambientar su contenido, o bien como sesión de catequesis para descubrir y profundizar un valor evangélico. En el campo pedagógico, en el ámbito de la escuela católica, puede emplearse para iniciar la jornada lectiva con unos minutos de re-

flexión-oración que ayuden a crear, como si fuera una llovizna que cae con suavidad y que va calando en el interior de la tierra, un estilo propicio para que el educando asuma los valores humanos y cristianos. Las narraciones siempre han facilitado la comprensión de las ideas que se desea inculcar. Tienen la característica de mantener la atención y abrir la inteligencia y el interior de la persona. En el apéndice aparece un esquema de las parábolas de Jesús de los evangelios sinópticos, las que, por su interés, ayudan de manera especial en la enseñanza para la vida cristiana.

Catequética. Manual de catequética fundamental

Luciano Meddi



A lo largo del siglo xx, la catequesis y su reflexión científica —la catequética— han buscado los caminos más idóneos para colaborar en la conversión misionera. Una conversión exigida por la evidente transformación del papel de la religión en las culturas contemporáneas, especialmente en Europa.

En un principio, la catequesis evangelizadora se propuso con el fin de nutrir de nuevo la tradición y la vida de fe de las comunidades cristianas; posteriormente se prefirió un sistema misional encamina-

do a dar apoyo a la nueva evangelización para fortalecer la demanda del sacramento. Hoy buscamos una visión que se centre sobre todo en los procesos interiores y espirituales de la persona a la que se dirige el mensaje cristiano. En el presente libro, Luciano Meddi aborda este recorrido de manera didáctica y rigurosa.

Editorial EDICE
Conferencia Episcopal Española
Edificio «SEDES SAPIENTIAE»
c/ Manuel Uribe, 4 - 28033 Madrid
Tlf.: 91 171 73 99
edice@conferenciaepiscopal.es

Noverim me, noverim Te

